

CREACIÓN DE LA PEDAGOGÍA NACIONAL

Franz Tamayo

Tamayo, Franz

Creación de la pedagogía nacional

240p., 12,5 x 18,5 cm.

Ministerio de Culturas y Turismo. La Paz, 2014.

De esta edición:

© Franz Tamayo

© Ministerio de Culturas y Turismo, 2013

Equipo Proyecto “Biblioteca Plurinacional”:

Fernando Barrientos, Alfonso Hinojosa,
Marco Montellano, Martín Zelaya.

Diseño de portada y diagramación: José Manuel Zuleta

La Paz – Bolivia

Depósito Legal:

CREACIÓN DE LA PEDAGOGÍA NACIONAL

Franz Tamayo

Índice

**PRÓLOGO. El espíritu de Tamayo
por Juan Pablo Piñeiro / 11**

Advertencia / 20

Capítulo I / 22

Capítulo II / 25

Capítulo III / 28

Capítulo IV / 31

**Del bovarysno científico en materia
pedagógica**

Capítulo V / 36

Capítulo VI / 40

Capítulo VII / 43

Un paralelo
Capítulo VIII / 47

La raza
Capítulo IX / 51
Capítulo X / 55
Capítulo XI / 59
Capítulo XII / 63
Capítulo XIII / 67

Lo que se debe enseñar

Capítulo XIV / 71
Capítulo XV / 74
Capítulo XVI / 78
Capítulo XVII / 82
Capítulo XVIII / 86
Capítulo XIX / 90
Capítulo XX / 95
Capítulo XXI / 99

Capítulo XXII / 104
Capítulo XXIII / 108
Capítulo XXIV / 112

Cómo se debe enseñar
Capítulo XXV / 116
Capítulo XXVI / 119
Capítulo XXVII / 123
Capítulo XXVIII / 127
Capítulo XXIX / 131
Capítulo XXX / 135
Capítulo XXXI / 139
Capítulo XXXII / 143
Capítulo XXXIII / 147
Capítulo XXXIV / 151
Capítulo XXXV / 155
Capítulo XXXVI / 159
Capítulo XXXVII / 163
Capítulo XXXVIII / 167

Capítulo XXXIX / 171

Capítulo XL / 175

El carácter nacional

Capítulo XLI / 179

Capítulo XLII / 183

Capítulo XLIII / 187

Capítulo XLIV / 191

Capítulo XLV / 195

Capítulo XLVI / 199

Capítulo XLVII / 203

Capítulo XLVIII / 208

Capítulo XLIX / 213

Capítulo L / 217

Capítulo LI / 221

Capítulo LII / 225

Valor de la historia

Capítulo LIII / 229

Valor de la ciencia

Capítulo LIV / 233

La energía

Capítulo LV / 237

Prólogo

El espíritu de Tamayo

Por Juan Pablo Piñeiro

Dos semanas después de que las tropas chilenas tomaran Antofagasta en 1879, nació en La Paz Franz Tamayo Solares. Su padre fue don Isaac Tamayo un escritor, banquero, diplomático y ministro de Estado, quien era uno de los hombres más acaudalados de su época y poseía una gran cantidad de haciendas en el Altiplano. Su madre, de sangre indígena, se llamaba Francisca Solares. Según Fernando Diez de Medina, en su libro *El hechicero del Ande*, Isaac Tamayo estaba casado con una mujer que, como él, era de “la mejor sociedad”. Después de un corto tiempo de matrimonio tuvieron una diferencia menor que se acrecentó hasta convertirse en una verdadera pugna de orgullo y ego. Finalmente Isaac Tamayo “hizo algo jamás realizado por un miembro de la alta sociedad paceña” y se casó con una mujer indígena, teniendo varios hijos, siendo el mayor Franz Tamayo.

De Isaac Tamayo se puede decir muchas cosas, es un personaje importantísimo para entender el discurrir de nuestra historia. Era un hombre muy talentoso y escribió bajo el pseudónimo Thajmara, un sobrenombre aymara, uno de los libros más curiosos de nuestra literatura: *Habla Melgarejo*. En él se narra la historia de una sesión de espiritismo en la

que aparece el fantasma de Mariano Melgarejo, (que en vida había sido amigo del autor). La conversación con el más allá no gira tanto en torno a los misterios del cosmos y de la vida como a temas políticos y económicos del país. Es fascinante porque en el mundo de los fantasmas se habla del país. Isaac Tamayo a pesar de los complejos, atavismos y prejuicios que heredó de su época, era un visionario. El país que pensaba, el país que imaginaba, no se parecía en nada al que veían sus contemporáneos. Quizás por eso decidió llevar una vida retirada y solitaria, como protesta a la incomprensión e incapacidad de su “círculo” de mirar y pensar el país en el que estaban viviendo. Enrique Finot en su *Historia de la Literatura Boliviana* cita la siguiente frase de Isaac Tamayo: “[...] Sois un pueblo de indios, no lo neguéis, no os avergoncéis de ello; pero por esa misma razón sois en toda Sudamérica el único pueblo con carácter propio”. Uno se puede imaginar lo chocantes que habrán sido esa clase de ideas para aquellos tiempos, pero fueron las que forjaron el camino y el pensamiento de Franz Tamayo.

De doña Francisca Solares no se puede decir casi nada, su vida fue confinada a un obligado silencio. Seguramente Franz de niño sentía el peso invisible de la mirada de la sociedad y esto le provocaba sino un complejo, por lo menos una constante búsqueda de sí mismo y del lugar en el que le había tocado vivir. Cuenta Diez de Medina, que en verdad su nombre era Francisco pero que siendo niño pidió que se lo cambiaran a Franz. Este hecho alumbrado con una luz poética nos puede decir muchas cosas. En primer lugar su madre se llamaba Francisca y al cambiarse el nombre, o acortárselo, rompe simbólicamente con ese

vínculo o lo silencio. En segundo lugar Tamayo recibió una esmerada educación privada en la que su padre se aseguró de que aprendiera piano, alemán, francés, inglés, latín y griego, entre otras cosas. Además de introducirlo a la literatura y la filosofía universal, provocando en él una profusa admiración hacia el mundo helénico y el pensamiento alemán. Franz es un nombre alemán. Quizás la admiración que sentía por esas culturas era una manera de comprender por contraste el mundo que latía en su interior. Cuentan que Isaac Tamayo salía a pasear solamente con sus hijos, a doña Francisca no se la veía nunca.

Franz Tamayo se inició con la poesía, influenciado casi de entrada por los postulados del modernismo. Construyó la lejana fábula que soñaría desde su torre de marfil en el remoto universo helénico. Allí encontró no solamente las musas que lo inspiraban sino el pretexto para expresar cierto cinismo y pesimismo ante lo fatal de la vida. Lo mejor de su poesía nace cuando se permite olvidar las ideas y experimenta extravagante con la música. Como ejemplo podemos citar un fragmento de la *Prometheída*: “El cielo lila de la dulce Delos/ y el mar de múrce mugiente y mármol”. Sin embargo el modernismo, como muchas corrientes literarias que definen una época, envejeció mal. Por eso la poesía de Tamayo, a pesar de su gran calidad, no nos llega ni nos afecta hoy en día. Cuando uno lee sus versos descubre el gran talento y trabajo que utiliza para componerlos, por eso resulta paradójico el hecho de que lo único verdaderamente vigente que ha quedado de su obra sea un libro de ensayos que escribió, según cuenta en su prólogo, en cincuenta y cinco horas.

La Creación de la Pedagogía Nacional no es ni siquiera un libro de ensayos, es una recopilación de artículos publicados por Tamayo en el Diario de La Paz, entre julio y septiembre de 1910. Por lo mismo no está guiada por una estructura general, sino por pequeños capítulos conectados entre sí. Esto hace que muchas de las ideas se repitan y se reafirmen a lo largo del libro. La propuesta de Franz Tamayo generó mucha polémica de manera inmediata, por lo que muchos de éstos capítulos están destinados a responder las críticas de sus detractores.

Para entender a mayor cabalidad *La creación de la Pedagogía Nacional* es necesario comprender el contexto temporal en la que fue escrita, y evitar juzgar ciertas ideas que a la luz de nuestro tiempo podrían considerarse verdaderos exabruptos. Por eso si queremos traer a Tamayo hasta nuestro días debemos filtrar estas ideas, o por lo menos señalarlas como síntomas del contexto. Tamayo habla constantemente de “raza” y considera que la genética, la sangre, determina no solamente las costumbres de una nación sino incluso las capacidades y defectos del individuo que forma parte de esa nación. Por eso propone que los científicos estudien el cerebro del “indio” para determinar la capacidad que tiene de aprender. Estas ideas hoy en día pueden ser consideradas ridículas, o hasta peligrosas si hablamos de la noción “nación-raza”.

En 1910 los paradigmas eran otros. Bolivia todavía no podía considerarse un Estado y mucho menos una nación. El país y su gobierno estaban en manos de quienes lo heredaron en la Colonia para perpetrar el mismo

pensamiento. Una élite que siempre miró a Europa con admiración y al “indio” con desprecio. Habíamos perdido el litoral y se sentían recién las consecuencias económicas de la guerra. En Europa, por otro lado, la segunda mitad del siglo diecinueve significó la consolidación de la modernidad, amparada especialmente en las nociones de democracia y progreso. Fue también la época en que se reformuló la concepción de pedagogía en sintonía con los paradigmas ya citados. La educación primaria al generalizarse necesitaba una filosofía, un método y sobre todo una meta, el progreso. Con la llegada del siglo veinte se dejó de hablar de “pedagogía” y se comenzó a hablar de “pedagogías”. En aquel tiempo Franz Tamayo estaba estudiando en universidades europeas tan importantes como la Sorbona. El poeta paceño admiraba profundamente estas culturas aunque sostenía que el hombre blanco, al no tener nuestro continente en la sangre, llegaba aquí para degenerarse y convertirse en un parásito. Mientras el hombre blanco estuviera allá era un modelo a seguir. Por eso insistía tanto en contratar profesores europeos para que nos ayuden a crear nuestra pedagogía, después de estudiarnos. Uno se imagina que cuando Franz Tamayo llegó de Europa en 1908 después de haber estudiado estaría maravillado con la modernidad europea y el desarrollo del conocimiento científico y académico. Uno se puede dar el lujo de imaginar también, que fue su padre quién calibró nuevamente su mirada y engendró la motivación para reflexionar sobre el carácter nacional y proponer la creación de una pedagogía. Y si no fue su padre, seguramente fueron sus ideas.

En *La Creación de la Pedagogía Nacional* Tamayo parte señalando que todo lo que se enseña en Bolivia no es acorde con la realidad del país, él habla de nación. Propone reflexionar en la creación de una pedagogía propia que pueda representarnos y optimizar nuestras cualidades. Para Tamayo es necesario descifrar el carácter nacional, para poder crear su pedagogía. Este carácter nacional lo encuentra en el indio, en la energía del indio. Considera que es el que más aporta al país y el que menos recibe. Admira su vigor físico y su propensión natural al trabajo y encuentra en esta fuerza la razón de su moralidad. El carácter nacional es “la manifestación constante de una ley biológica, tratándose de una nación”. El indio entonces es el único sujeto que preserva la moral del país, esta moral viene de su cuerpo, de su trabajo, de su raza. Al mestizo lo considera un ser voluble que no tiene la capacidad ni la moral de enfocarse en algo, porque ha heredado una mente europea en un continente distinto. Y al cholo lo define como un parásito que resulta de la contaminación que sufre el indio cuando se acerca a la ciudad. Su cuerpo vigoroso se llena de grasa, y su virtud se convierte en vicio. Por eso para Tamayo el carácter nacional está en la energía del indio, y esa energía debía ser el fundamento esencial de nuestra pedagogía. Para el poeta ni los indios ni los cholos ni los mestizos podían recibir la misma educación, “el indio demanda una pedagogía de amor y de paciencia; el mestizo una pedagogía disciplinaria, regimentativa e intelectual”.

Para Tamayo es la élite del país quien está llamada a reflexionar sobre la creación de la pedagogía nacional. Es la élite la que debería beneficiarse de esta reflexión para llevar

las riendas del país aprovechando el carácter de su nación. Su propuesta es muy valiosa en este sentido, sin embargo lo que no parecía saber Tamayo es que paralelamente a la publicación de sus ideas, se estaba gestando en el Altiplano un proyecto clandestino de educación reflexionado desde la mirada indígena. Cuando Tamayo ponía sobre el tapete la problemática de la educación, personas como Avelino Siñani ya estaban enseñando a leer, y antes que él muchos otros. El objetivo era leer para ya no ser engañados. Los terratenientes aprovechaban el analfabetismo del pueblo para hacerles firmar contratos y arrebatarles las tierras. El estado oficial no les daba la posibilidad de aprender. La escuela vista desde el mundo indígena es un espacio de lucha y de reivindicación social. Un espacio que se debe conquistar. El mayor ejemplo, que incluso es avanzado para nuestra época actual, es la escuela de Warisata. En Warisata no solamente se diseñó una pedagogía orientada a la incorporación y valoración de los preceptos de la cultura andina en la educación, sino que se incluyó a la comunidad en la reflexión y sobre todo en la toma de decisiones de la misma escuela. Por eso a la escuela de Warisata se la conocía como la *Tayka*, es decir la madre, porque se convirtió en algo más que una institución de enseñanza. Fue un instrumento de liberación. La energía de Warisata fue tan contundente que afectó los intereses particulares de terratenientes y gobernantes, y por eso fue destruida sin piedad. La escuela de Warisata es un símbolo, un maravilloso símbolo, que hoy en día se encuentra abandonado y olvidado, como si no hubieran sido sus semillas las que sembraron el tiempo en que vivimos. Es muy llamativo por tanto que quienes han

brindado un mayor aporte a la búsqueda de una pedagogía nacional y quienes han tenido un mayor grado de reflexión sobre este tema en el siglo pasado hayan sido los pueblos indígenas. Franz Tamayo sentía la necesidad de crear una pedagogía que nos permita reconocernos y aprovechar nuestras cualidades, los pueblos indígenas sienten la necesidad de crear una pedagogía de liberación y lucha social. Hoy en día el ejemplo más significativo es la ley de educación que está escrita en nuestra constitución, puesto que ha sido formulada desde la reflexión indígena. Esta ley seguramente tiene muchos defectos, pero su mayor virtud es que nace de la necesidad de reflexionar el país y la pedagogía desde aquí. Me imagino que no podrá ser aplicada todavía a cabalidad puesto que la finalidad principal de toda esta lucha “pedagógica” no es la valoración de la cultura propia sino la reconfiguración territorial y simbólica de nuestro territorio, y eso toma tiempo. Tamayo no contaba con que fuera el “indio” quien iba a asumir la tarea que él le pedía a las clases “superiores”. Hoy en día nuestro país es otro, se ha transformado política y simbólicamente, sin embargo todavía no hemos creado nuestra pedagogía nacional, que en verdad debería ser plurinacional.

Franz Tamayo era uno de esos hombres en los que se puede percibir el alma de nuestro país. Además de ser filósofo y poeta, se dedicó también a la política. Ganó las elecciones presidenciales en la época de la guerra del Chaco, pero nunca fue posesionado debido a que su antecesor Salamanca fue derrocado en el llamado “corralito de Villamontes”. Años más tarde fue elegido para presidir la asamblea constituyente. La figura de Tamayo

siempre fue polémica. Fue admirado y defenestrado por sus contemporáneos. Al igual que su padre se refugió en el silencio de su búsqueda. Lo indiscutible es que Franz Tamayo, como Melgarejo, es uno de esos espíritus que deberíamos convocar en una sesión para hablar del país, porque en algún momento todos hemos sido Franz Tamayo.

Advertencia

si esta sincera inmodestia duele aún a alguno de los muchos detractores de “El Diario” en esta ya olvidada campaña pedagógica, mándese traducir este “Spruch” de Goethe: *Nur die Lumpe sind bescheiden.*

Franz Tamayo

Este, lector, es un doble libro.

Libro de batalla y libro de reflexión, no sé en qué medida esta doble intención dejará de dañar la obra. Bien habría deseado escribir un libro más sereno, pero ni los tiempos ni las gentes en medio de que vivimos lo han permitido. Visto está que ni los hombres ni los libros son libres de escoger su destino: *habent sua fata libelli*.

Además, esta reedición de los editoriales publicados en “El Diario” sobre Pedagogía Nacional, lleva consigo todos los inconvenientes de una producción periodística, rápida, sumaria y forzosamente desordenada, e incompleta. Los cincuenta y cinco presentes artículos no me han ocupado más de cincuenta y cinco horas para componerlos, y esta es la mejor excusa de mi libro. Con todo, a través del desorden aparente, hay una idea maestra, real y segura, que es como la médula del libro y que derrama en cada una de sus páginas todo el calor y la vida que extrañamente se ha transmutado en la gruesa polémica de prensa que todos conocen. Además, el libro tiene también el mérito de comportar otras y otras ideas, en una tierra en que ellas no existen en forma alguna que no sea grotesco plagio o adaptación simiesca; y

Capítulo I

Hemos seguido atentamente en los últimos diez años la evolución de la idea de instrucción en Bolivia, tanto en el pensamiento popular cuanto en la mente de sus directores y hemos llegado al convencimiento de que hasta ahora se parte de un concepto falso o de varios, si se quiere, y se navega sin brújula y sin oriente en esta materia.

Se cree en un hato de vulgaridades. Se ha creído y se cree en la eficacia absoluta de la instrucción. Se ha creído que un país y una raza nuevos, destituidos de una tradición de cultura y de todo elemento actual de la misma, puede transformarse en diez o veinte años y hacerse un país de tono y carácter europeo, por el solo hecho de crearse universidades y liceos, con planes, y programas plagiados de este sistema europeo o el otro. Se ha creído que la Pedagogía debía ir a estudiarse a Europa para aplicarla después en Bolivia, y tratándose del problema más esencialmente subjetivo, cual es el de la educación nacional, se ha ido a buscar el lado objetivo de las cosas, desconociendo así el único método posible, cual es el que hemos de indicar en el curso de este artículo.

Siguiendo estos criterios falsos y pueriles, la suprema aspiración de nuestros pedagogos sería hacer de nuestros nuevos países nuevas Francias y nuevas Alemanias, como

si esto fuera posible, y desconociendo una ley biológico-histórica, cual es la de que la historia no se repite jamás, ni en política ni en nada.

Hasta ahora esta ha sido una pedagogía facilísima, pues no ha habido otra labor que la de copia y de calco, y ni siquiera se ha plagiado un modelo único, sino que se ha tornado una idea en Francia o un programa en Alemania, o viceversa, sin darse siempre cuenta de las razones de ser de cada uno de esos países.

Entretanto, hemos gastado el dinero, y peor aún, el tiempo. Hemos hecho infinitos reglamentos y diversas fundaciones, y el magno problema mientras tanto queda intacto e irresuelto.

Nuestro problema pedagógico no debe ir a resolverse en Europa ni en parte alguna, sino en Bolivia. La cuestión de instrucción que supone antes la cuestión educativa (muy más trascendente) es sobre todo un problema de altísima psicología nacional.

Lo que hay que estudiar no son métodos extraños, trabajo compilatorio, sino el alma de nuestra raza, que es un trabajo de verdadera creación. Son los resortes íntimos de nuestra vida interior y de nuestra historia los que sobre todo el gran pedagogo debe tratar de descubrir. Es sobre la vida misma que debe operar, y no sobre papel impreso, y en este sentido es una pedagogía boliviana la que hay que crear, y no plagiar una pedagogía transatlántica cualquiera.

Ahora bien, en las pocas e insípidas páginas de que consta nuestra literatura pedagógica, ¿hay una sola línea

sobre psicología boliviana? ¿Hay una sola observación, una sola experiencia en este delicadísimo terreno? ¿Ha sorprendido el pedagogo algo de la finísima trama de que está tejida nuestra alma nacional? ¿Sabe ya cuáles son las diferenciales de nuestra raza respecto de otras, histórica o socialmente hablando? ¿O se ha contentado llanamente con hablarnos de un sistema bueno en cualquier país europeo, que es como hablarnos de la luna?

Hay un alma yanqui y un alma japonesa, que son cosa distinta de las europeas. Esa misma personalidad tenemos que buscar entre nosotros. Tratemos de formar bolivianos y no jímios franceses o alemanes: Tratemos de crear el carácter nacional que seguramente (podemos afirmarlo a priori) es del todo diferente del europeo. Es tan falsa nuestra orientación en este grave asunto, que las escasas observaciones sobre lo íntimo de la vida boliviana no están en libros bolivianos sino en páginas de extranjeros que nos han visto de paso.

Seguramente la labor que indicamos y pedimos es larga y pesada. Demanda una gran dedicación, un finísimo espíritu de observación, años de trabajo, y preparación. Pero es el solo camino de hacer obra seria y duradera.

Mañana tocaremos otros aspectos de la cuestión.

3 de julio de 1910.

Capítulo II

Decíamos que mucha gente, vulgo y no vulgo, confiaba a en el valor absoluto de la instrucción. Esto significaría a acción e influencia absolutas que la instrucción debería o podría tener sobre las condiciones totales de un pueblo y de un país.

Prejuicio es éste que entre otros hemos bebido en el siglo XVIII francés, sobre todo en medio de los sueños del ingrato Rousseau.

Digamos de una vez: el valor de la instrucción privada o pública es del todo relativo. Llevar una suma de conocimientos ordenados, por el método más breve y fácil al cerebro del niño o del joven — en esto consiste toda instrucción; y su solo enunciado acusa todo lo que hay de objetivo en ello, es decir, de intrascendente, en estas materias.

Seguramente esta necesidad de instruir o de instruirse es una de las cuestiones más importantes en los Estados y sociedades modernas. Y es problema que ha sido gloriosamente resuelto en muchos países del viejo y del nuevo mundo.

Pero por debajo de este problema hay otro subyacente muy más grave e importante y que tal vez obrando sabiamente es preciso presuponer a toda otra cuestión de carácter público o social. Este problema es la existencia o la formación del carácter nacional.

Esto es cosa mucho más seria. Ya no se trata de adquirir una suma de conocimientos útiles, como si dijésemos, una colección de instrumentos para mejorar las condiciones generales de la vida. Ya no se trata de armar o de ornar la inteligencia. Se trata de la materia misma de la vida de la energía hecha hombre, de ese *substratum* de todo edificio individual o colectivo.

La más viva y directa manifestación de esta región interior del hombre, no son las ideas ni los conocimientos; son las costumbres. Y las costumbres no son otra cosa que el régimen de la voluntad, la educación, el desarrollo, y en su caso, la creación de la voluntad.

He aquí cómo naturalmente llegan a oponerse dos órdenes de ideas, dos conceptos generales, el de educación e instrucción, que no se debe confundir jamás, representando como representan cosas tan diferentes de suyo.

Naciones enteras hay cultísimas e inteligentísimas, pero destruidas de buenas costumbres y descuidadas en su educación de la voluntad. Así es Polonia. Una lenta ruina es su destino.

Las costumbres son cosas tan importantes que son la materia misma de la historia. Extendiendo una frase y un juicio célebre, podríamos decir: el estilo es el hombre; pero

el carácter es la nación. El inglés o el japonés que emigra a un confín del mundo lleva consigo, por ignorante que sea, todas las fuerzas de la raza. Es una comunidad impalpable, y sin embargo real. ¿Quién habla de que Inglaterra es un país de grandes conocimientos? Pero se dice que es un país de grandes costumbres. Toda la ciencia inglesa puede perecer de súbito. Si el alma, si la voluntad británica queda en pie, nada se ha perdido.

Tengamos pues un concepto claro de las cosas, Seguramente necesitamos buenos maestros de escuela y buenos profesores; pero sobre todo necesitamos crear o mejorar nuestras costumbres. La ciencia se adquiere, la voluntad se cultiva; busquemos los medios de cultivarla y desarrollarla. No demos una excesiva importancia a la instrucción, descuidando por otra parte la educación del carácter nacional.

Muchos creen que la instrucción trae consigo también la educación del carácter y la adquisición de buenas costumbres, ¡Error gravísimo! Cuando no hay un fondo moral, la instrucción es un peligro, y la ciencia puede llegar a ser una plaga. El abogado de mala ley, el juez ímprobo, el sofista astuto, el periodista logrero, el político inconsecuente, etc., no son otra cosa que gente instruida, y a veces muy bien instruida, pero sin costumbres, o con malas costumbres, y con un carácter negativo, respecto de los intereses constantes y ulteriores de la vida.

5 de julio de 1910.

Capítulo III

Legamos a esta conclusión: Necesitamos disociar científicamente, y por medio de una crítica compresiva, todos los elementos raciales de que consta nuestra naturaleza de bolivianos, para deducir métodos y leyes integrales sobre qué fundar una pedagogía nacional y científica.

Ahora bien: ¿cuántos hombres en Bolivia estarían suficientemente preparados para emprender y dirigir un estudio y una fundación semejante? ¿Tenemos psicólogos y psiquiatras bastante experimentados para ello? ¿Hay un solo antropólogo que hubiese acumulado algún material para tales trabajos? ¿Tenemos una estadística, una demografía completas? Nada de esto existe, ni puede existir aún, ni hay tampoco razón para avergonzarse de ello. Somos una nación incipiente, comenzamos recién a darnos cuenta cabal de nosotros mismos; y estamos pasando por donde otros pasaron antes.

Pero si no tenemos sabios nacionales y los necesitamos urgentemente hay que buscarlos fuera.

La creación de la pedagogía nacional no puede menos que hacerse bajo la dirección de una eminencia científica europea; pues no hay que ilusionarse sobre un punto, y es que en Bolivia no existe la enseñanza ni elemental ni

superior. Fuera de las primeras letras, que es lo que realmente se aprende, el que algo sabe, o lo ha aprendido de su cuenta y solo, o es un educando de los europeos; pero nunca debe lo que sabe a la enseñanza boliviana.

¿Un ejemplo? Preguntad lo que cualquiera de nuestros bachilleres sabe de ciencias naturales, de matemáticas, de lenguas vivas y muertas... ¡Y esos bachilleres cuentan diez años de enseñanza, término medio! Es preciso haber visto a nuestros jóvenes en Europa, pretendiendo inscribirse en escuelas superiores, y haberlos visto sufriendo de más completa impreparación, y obligados a rehacer un aprendizaje incompleto o nulo.

Necesitamos, pues, crear la pedagogía nacional, es decir una pedagogía nuestra, medida a nuestras fuerzas, ¿de acuerdo con nuestras costumbres, conforme nuestras naturales tendencias y gustos y en armonía con nuestras condiciones físicas y morales. Pues no se crea que hay métodos absolutos. En Cambridge se trabaja de una manera, en la Politécnica de otra; y, por ejemplo, el libérrimo inglesito reventaría con los métodos franceses.

La cuestión sería, no mandar nuestros pedagogos (que no lo son) a Europa, sino traer sabios capaces de estudiar e investigar las bases de la pedagogía boliviana poniendo de su parte y a nuestro servicio, en estos estudios, todo el contingente científico europeo del que necesariamente carecemos nosotros y seguiremos careciendo indefinidamente.

El que esto escribe cree que el solo medio de apresurar la civilización de nuestros países nuevos es ponerlos en

inmediato contacto con el pensamiento y el esfuerzo europeos. Dos ejemplos diversos bastan para mostrarnos lo que el elemento extranjero significa en Bolivia y fuera de ella.

Lo poco que en el país existe de alto comercio está en manos de extranjeros; los pocos grandes establecimientos mineros están o poseídos o dirigidos por extranjeros; todas las construcciones ferroviarias hechas o por hacerse están en manos extranjeras; los pocos libros realmente científicos que existen sobre Bolivia están escritos por extranjeros. ¡Ved ahora lo que nos queda a los bolivianos de nacimiento! ¡Y con estos datos pretendes ahora pasarnos del elemento extranjero, tratándose de la más grave e importante de las cuestiones, cual es la de la instrucción pública, la de la creación de la pedagogía nacional!

Otro ejemplo. ¿Qué sería de la maravillosa república Argentina sin los extranjeros? Lo que fue antes, esto es, algo igual a Bolivia, y a veces inferior; y esto es tan cierto que en la Argentina, allá donde los extranjeros no han llegado aún, los argentinos se están como estamos nosotros.

Seguramente esto de traer sabios no es cosa fácil. Hay que escoger y hay que pagar; pero no por eso la necesidad deja de ser real. Por lo demás, si en Chile, Argentina y Brasil hay algún provecho alcanzado en este terreno por los estados, sabido es a quién se debe, y es también sabido el régimen que en la instrucción pública de esos países reina, tratándose de elemento extranjero.

6 de julio de 1910.

Capítulo IV

Que nos hemos contradicho?

No tal.

Antes de todo una observación. No se desconozca nunca la idea maestra de todas nuestras especulaciones sobre esta materia. Esta idea es gobernar, esto es, pedir de nuestra parte o indicar a quien gobierna no la necesidad' de hacerse diputado psicólogo o ministro pedagogo, sino otra primordial, si las hubo, y que en la especie significa orientar la instrucción pública hacia direcciones definitivas y con bases razonadas y para lo cual no es necesaria la ciencia especial y personal de quien gobierna, sino el uso del poder, en este sentido o el otro, en manos de quien lo ejerce. Siempre creímos que en esta materia de instrucción pública, lo consecutivo es enseñar o aprender; pero lo primordial y fundamental es gobernar, pues aceptamos que se enseña o se aprende según como se gobierna, en definitiva.

¡Esto!

Y volviendo a la cuestión discutida, deploramos no ser comprendidos. Cuando pedimos el contingente extranjero, no pedimos profesores que vengan a enseñar una ciencia, sino sabios que vengan a crear un método, en suma, nos

enseñen el arte de enseñar, el cual, tratándose de europeos u otros, existe, pero seguramente no existe tratándose de bolivianos. Digámoslo de una vez; en el porvenir del mejor maestro del boliviano tiene que ser el boliviano; hoy es el peor que puede darse, pues a priori podemos decir que no sabe enseñar; y en este sentido, cualquier extranjero, por ignorante del país que sea, por dispares que sean sus métodos, siempre llegará a resultados más proficuos que todos nuestros pedagogos, aunque no sea más que por su conocimiento de otras humanidades, de otros métodos.

Dos solas preguntas haríamos: una de orden general, otra de orden concreto. De todos los que oficial o extraoficialmente se ocupan de instrucción pública, ¿quién conoce el índice gráfico de la potencia o resistencia mental del niño boliviano, qué digo, del paceño, del cochabambino, u otro, que no todos son iguales? Y, sin embargo, este conocimiento es indispensable en una pedagogía de veras y no de burlas, y como éste, hay mil conocimientos y datos que nos faltan. ¿Quién ha de buscarlos y formularlos? ¿Nuestros profesores bolivianos que ni por juego han tenido jamás en la mano un instrumental completo de antropometría? ¿Entonces?

Entonces hay que recurrir a sabios extranjeros, no para enseñar esta ciencia o la otra, sino para crear los métodos de enseñarlas, cosa muy diferente.

Pregunta concreta: ¿se puede saber el resultado de las comisiones pedagógicas del gobierno boliviano en el exterior, sus resultados en materia reglamentaria general, o en su aplicación práctica? Sí, se puede saber que los reglamentos y distribuciones de instrucción han variado y

se han cambiado varias veces, cada vez obedeciendo a un distinto criterio, y probablemente según soplaban el viento de Alemania o de Suiza. Se puede saber también que se ha trasladado al país planes de planteles europeos (comercio, horarios, normalismo etc.) y que están en actual función. Se puede saber también que para la organización de esos nuevos planteles no se han hecho otra cosa que consultar los similares transatlánticos; aunque es verdad también que para hacer esos calcos hubiere bastado comprar los anuarios de instrucción europeos y los diferentes programas y horarios. Se puede saber también — retrospectivamente — que nuestras actuales universidades jurídicas, teológicas, farmacéuticas, médicas, etc., etc., no fueron ni son otra cosa que calcos de patrones europeos, lo mismo que los novísimos, y se puede saber también, si hay aún alguien que necesite saberlo, cómo se enseña el derecho, cómo la medicina y lo demás, en el seno de esas maravillas universitarias, como seguramente se enseñarán el comercio y demás novedades.

Y con esto poned aún en duda la necesidad de crear la pedagogía nacional, los métodos bolivianos, de enseñanza.

¡No se hable aquí de la manera cómo se han cumplido las comisiones a Europa! ¡Una de ellas ha residido en Londres durante meses, a pocas horas de Cambridge, y se ha vuelto de Londres sin conocer ni de vise Cambridge, simplemente la primera universidad del mundo!

¡Sigamos mandando comisionados a Europa!

¿Queréis que os hable de los pensionados? Sería cruel...

Antes de terminar hagamos una distinción que acabe de justificarnos de la acusación de propia contradicción, que es la sola objeción seria que hemos encontrado en los diarios de ayer.

Cuando hablarnos de contingente europeo para Bolivia hay que distinguir la introducción y aplicación de métodos europeos **hecha por bolivianos en Bolivia**, por una parte, y por otra el aporte de profesores europeos, que por mucho que estén destituidos de los elementos de una pedagogía nacional que aún no existe y por muchos que sean sus errores al aplicar a bolivianos sus métodos extraños, el resultado fino será siempre que enseñarán un poco más y un poco mejor que nuestros profesores.

Lo primero es lo que hemos hecho hasta ahora; lo segundo, lo que tal vez deberíamos hacer, a falta de algo más radical.

Nota:

Inesperadamente para nosotros, se han vuelto a producir objeciones de carácter reflexivo sobre más de una de nuestras ideas a propósito de instrucción pública.

Tuvimos pensado un momento que nuestra campaña sobre instrucción pública (campaña es) debía reducirse a marcar al presente los grandes lineamientos de la cuestión, y que ir más lejos y penetrar más al fondo habría sido tal vez buscar voluntariamente la general incomprensión de que nos hemos quejado otras veces.

Parece que no es así. Parece que hay gente que gustaría de discurrir seriamente sobre estos importantes asuntos. Es consolador.

Entretanto, ¿hay una verdadera y grave controversia de ideas? El Diario no puede estar ausente de ella ni puede faltar a la cita.

Queda reabierto el debate para la semana próxima.

15 de julio de 1910.

Del bovarysno científico en materia pedagógica

Capítulo V

Esto lector, si no lo sabes, significa un extraño vicio de la inteligencia y del carácter que se encuentra en todas partes, más o menos; pero sobre todo en nuestra América Meridional. Consistente en aparentar, respecto de sí mismo y de los demás, tal vez sinceramente —no se sabe—, una cosa que no es realmente, y es la simulación de todo: del talento, de la ciencia, de la energía, sin poseer naturalmente nada de ello.

En la materia que nos ocupa, se trata de la simulación de la ciencia pedagógica. Es lo que llamaría el excelente Gautier el **bovarysno pedagógico**.

Examinémoslo y hagamos un poco de psicología nacional.

Se trata de todo un arte. Los simuladores de la ciencia pedagógica en esta nuestra América, participan naturalmente del artista y del juglar. Del artista, porque se ocupan de cosas irreales y con apariencia de verdad; del juglar, Porque todo ello es, en el fondo, mezquino y despreciable.

Esto tratándose del lado objetivo de la cosa. ¿Qué pasa en su fondo subjetivo? ¿Qué hay en el alma de los simuladores de la ciencia pedagógica? Dos cosas características: una

pobreza radical y fundial de inteligencia científica, y por otra parte el apetito de vivir bien. Son inteligencias pobres y perezosas, incapaces de hacer un verdadero trabajo científico, que, como todo trabajo honesto, demanda un verdadero esfuerzo y no simples apariencias de esfuerzo. Su papel, tratándose de las ciencias, es completamente pasivo. Indudablemente, se ocupan de ciencia; pero las tareas están invertidas: son los libros que obran sobre las inteligencias, y no las inteligencias sobre los libros, sobre la vida y sobre todo. Ignoran la única cualidad y la única labor, que cuenta, tratándose de ciencia: crear. Pero poseen todos los demás talentos, sobre todo uno, el de calco y el de plagio, que son los talentos bovárycos por excelencia

¿Cómo proceden? Es muy llano y fácil.

Saben servirse admirablemente de las bibliotecas; y ellas mismos son bibliotecas semovientes y fáragos ambulantes de ideas ajenas. Pedid una idea propia, en la especie una idea luminosa y fecunda que hubiese brotado de la experiencia y de la observación, por ejemplo, sobre el niño boliviano; eso no lo encontraréis jamás, porque eso jamás ha existido. Entre tanto siguen procediendo en su labor de bovarysno pedagógico, y esto con un arte y una oportunidad admirables. La manera es citar en los discursos públicos, en los diarios, en los libros, en las academias y universidades, catálogos de nombres célebres, de sistemas educativos, de teorías pedagógicas, todo salpicado de términos técnicos y musicales. Os hablarán de batallones escolares, de gimnasia sueco, de polígonos de tiro, etc., etc. Figuraos por un momento un juglar que desde lo alto de una cátedra les

hablase gravemente y en el tono más patético y patriótico, de la duda metódica de Descartes, de las *Naturas naturada* y *naturante* de Spinoza, de las antinomias de la Razón Pura de Kant, de la tesis, la antítesis y la síntesis, dentro de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel: ¿no quedaríais asombrados y aplastados debajo de tanta y tamaña ciencia? ¿Cómo se puede no ser un sabio cuando gravemente, y sobre todo patrióticamente, se han pronunciado nombres y cosas tan sublimes y poco comunes?

Pero, lector, dirás tú ¡éste es un embuste y una mascarada!

Sí, para la gente seria que no vive de palabras, para la que aún cree en la ciencia honesta y legítima, que no consiste en copiar índices de libros científicos y citar nombres de autores; sí para los que tienen alguna experiencia en el manejo de los libros y de las ideas; para los que saben cuán relativo es el valor de éstas y de aquellos; para los que saben que la verdadera ciencia, pedagógica u otra, no es ni debe ser un objeto de lucro personal; para los que han visto de cerca pedagogos de veras y no de burlas, pedagogos que vivían en las escuelas y no en las bibliotecas; sí, para aquellos que no son pueblo ingenuo y contribuyente irresponsable que no distingue el gato de la liebre; sí, para aquellos que al criticar a los demás obreros por un mal trabajo, inhonesto o simulado, están en estado y en disposición de decir: mi trabajo es éste; comparadlo con el vuestro!

Se nos dirá: ¿Qué es lo que tenemos que hacer, entonces?

Dejar de simular; renunciar a la apariencia de las ciencias, y emprender a ciencia de las realidades; trabajar,

trabajar, trabajar, y en el caso concreto, cerrar los libros y abrir los ojos... sobre la vida.

Pero se dirá aún, como se nos ha dicho ya: ¡precisad, concretad, decid objetivamente lo que tenemos que hacer!

¿No lo habéis aprendido aún, señores pedagogos? ¿No lo sabéis?

Mañana os lo diremos.

19 de julio de 1910.

Capítulo VI

Cuando dentro de un cuadro de grandes y sintéticas líneas indicábamos una dirección total y una idea maestra que sirviesen de norma y base para la creación de la pedagogía nacional, temíamos de antemano que nuestras especulaciones y nuestras reglas de gobierno habrían de estrellarse contra una incomprensión e impreparación asombrosas, no ya de parte del público irresponsable y anónimo, sino de aquellos que por su estado y condición estarían llamados y obligados a tener mejor conocimiento de estas materias.

Habíamos hablado de la necesidad de crear la pedagogía nacional, es decir de una pedagogía nuestra, medida a nuestras fuerzas, de acuerdo con nuestras costumbres, conforme a nuestras naturales tendencias y gustos y en armonía con nuestras condiciones físicas y morales.

Nuestros sabios pedagogos encontrarían que una pedagogía así sería llanamente desastrosa. Afirman que no conocemos el aseo, que no gustamos del movimiento físico, tan proficuo a la salud; que tendemos a entregarnos a ejercicios piadosos, tendencia que acusaría un natural fanático; que somos alcohólicos, holgazanes, envidiosos, egoístas, mentirosos y, sobre todo, perversos. Que nuestra

música es quejumbrosa (¡oh Chopin!, ¡oh Beethoven!); que en pintura se prefiere los colores chillones y en poesía lo sentimental (¡oh Heine!, ¡oh Sófocles!).

Todo esto y otras cosas más son verdad; pero lo que no es verdad es que el alma de nuestra raza sólo conste, tratándose de costumbres y de tendencias, de aquellos elementos negativos y funestos. Esta es una calumnia que sólo el cretinismo pedagógico es capaz de lanzar contra toda una nación y una raza.

Esos son los vicios de la raza; pero de vicios no vive ni se engrandece una raza. Ahora bien, hacer una pedagogía según nuestra alma y nuestras costumbres, no quiere decir hacerla según nuestros vicios. Al revés, uno de los objetos de la pedagogía futura será justamente contribuir a curarlos o anularlos.

Pero ya lo sabemos, el bovarysismo pedagógico jamás crea nada. Habla con una asombrosa gravedad del alcoholismo, y clichés que están en boca de todos los filisteos del pensamiento boliviano, desde hace cincuenta años. Pero lo que los beocios de todos los tiempos no han soñado siquiera, ni nuestros actuales pedagogos, es el descubrimiento, el estudio de todas las virtudes y fuerzas de la raza, la investigación de todos sus elementos de vida psicológica, la misteriosa y divina trama de esfuerzos y actividades, de acciones y reacciones interiores que constituye la vida misma de la nación. Esto no lo han visto nunca. De esto no hablan jamás. Revolved las bibliotecas y archivos, oficiales y particulares: no encontraréis una sola línea sobre el mecanismo íntimo de nuestra vida de bolivianos.

De suerte que cuando el sabio extranjero viene y pregunta sobre los sentimientos afectivos, sobre las condiciones intelectuales, sobre los procesos comprensivos e intelectivos de nuestra raza; cuando pregunta si conocemos los infinitos resortes de vida que una raza se ofrece a sí misma, resortes que no pueden menos que ser particulares y propios a los bolivianos, en el caso; cuando pregunta de qué género de fuerzas se sirve la nación en la lucha por la vida, de preferencia a otras, a las inglesas, por ejemplo, entonces, todo hinchados de ciencia ajena, y sin haber creado una sola vírgula de ciencia boliviana, respondemos en globo, sin detalles, sin análisis, sin comentario: alcoholismo, fanatismo, egoísmo, etc., etc. Son los eternos lugares comunes, las ideas-comodines, los conceptos postizos, las muletillas doctrinarias con que llena sus programas en mal castellano, todo aspirante a diputado o a ministro. Y cuando no hablamos de estos, hablamos —siempre patrióticamente, siempre gravemente— de kindergarten, de gimnasios, de pedagogos europeos y de todo lo que hemos copiado de las ediciones de Brockhaus, de Tauchnitz, de la Insel-Verlag, y a veces apenas de Alcan y de la España Moderna.

Y sin embargo, la raza alcohólica, egoísta, perezosa fanática, es capaz de producir individuos como un Santa Cruz, y muchedumbres como las huestes del Pacífico.

¿Queréis comenzar a conocer siquiera de lejos la psicología boliviana, señores pedagogos que sólo sabéis de Europa de nuestros vicios? Tal vez el soldado chileno o el acreano puedan informaros de algo.

20 de julio de 1910.

Capítulo VII

Velay que comenzamos a tocar los contornos palpitantes y el punto candente de la cuestión pedagógica. Al fin, preciso era que justifiquemos el título de uno de nuestros primeros editoriales: *Las grandes orientaciones de la Instrucción Pública en Bolivia*.

En medio del grande aparato de métodos, de experiencias, de materiales de todo orden, de que es preciso rodearse y ocuparse cuando se afronta la cuestión de la instrucción pública de un país, existe algo cuya importancia está por encima de todas estas cosas, y las presupone y las condiciona exclusivamente, y que siendo como es, a un mismo tiempo, objeto y sujeto de toda pedagogía, pospone cualquier empeño, cualquier interés, cualquier consideración que no sea ello mismo: ese algo es el niño.

El niño escolar que un día será joven universitario, es y debe ser la materia prima y primordial de toda pedagogía. Toda tentativa, todo ensayo convergen hacia él; todo resultado, toda esperanza irradian de él. Todas las ciencias y artes pedagógicas no tienen más objeto que él, y él mismo es sujeto exclusivo de toda evolución, de todo fenómeno pedagógico. Todo por él y para él; nada fuera de él.

Se puede suponer la existencia de un pedagogo que ignore todos los métodos de enseñanza imaginables: si conoce la naturaleza íntima de su niño educando, ¡basta! Será el maestro ideal, irreemplazable, porque será el único capaz de servirse de todos los resortes y expedientes que pudiera ofrecer la naturaleza particular de aquel niño. Haced la experiencia contraria: dadnos el pedagogo en cuyo cerebro yazgan perfectamente catalogados y clasificados todos los métodos de enseñanza humanas y en cuyas manos pueda jugar libremente el ingente material educativo de que dispone nuestro mundo moderno: si ignora las facultades y modalidades de la naturaleza moral e intelectual del niño que debe enseñar, su labor será vana, cuando no nociva.

¡Imaginaos pues, ahora, lo que, tratándose de instrucción pública significa la investigación y estudio de la naturaleza del niño! ¡Y ved lo que para nosotros importa el estudio (si es que se lo ha hecho) de las pedagogías europea o americana; japonesa o manchega, junto a la total ignorancia del espíritu y del cuerpo del niño boliviano!

Ahora bien, ¿cuál será la utilidad del conocimiento de los métodos extraños creados especialmente para razas y países del todo dispares a nosotros? Seguramente tienen una utilidad relativa y secundaria la de armar al pedagogo boliviano de conocimientos generales y de experiencias ilustrativas de su inteligencia. Pero este conocimiento extraño no bastará jamás para hacer una verdadera pedagogía boliviana. El estudio hecho en Europa servirá en el mejor caso como trabajo preparatorio, pero nunca será trabajo definitivo. Este tiene que hacerse en Bolivia, primero, desenvolviéndose y

operando comprensiva y sintéticamente, dentro de la raza; segundo, aplicándose y objetivándose concretamente en el niño mismo. ¡Esta, y no otra, es la cuestión!

El material de nuestra pedagogía está vivo y palpitante en nuestras manos. Es el niño boliviano, la inteligencia, la voluntad, la moralidad bolivianas. Es la vida misma que modela nuestros dedos, y que, con todos sus misterios y sus sorpresas, se manifiesta a nuestros ojos, los cuales prefieren cerrarse a ella para sólo abrirse a un mundo exótico y extraño, que no debería interesarnos sino oblicuamente y a posteriori. En estas materias tenemos, como todo hombre, un campo propio que labrar; pero preferimos ir a labrar el ajeno. Nuestra psicología infantil está por hacerse; preferimos ir a averiguar lo que pasa en el alma del niño alemán o suizo. ¡Quién se cuida del niño aymara o del niño mestizo y puede decirnos media palabra de su naturaleza física o moral, fuera de los lugares comunes de fanatismo, alcoholismo, y demás chirigotas científicas! Lo único que se ha descubierto es que necesita el látigo para el niño boliviano, y esto es una gran conquista pedagógica. Es posible que así sea y que el látigo, sobre todo el de la verdad y el de la veracidad, sea lo que más falta hace en nuestro mundo pedagógico.

En malhora habíamos hablado de antropometría y de índices gráficos de resistencia, tratándose del niño boliviano. Se ha creído que no pedíamos más para dar por creada y fundada la pedagogía nacional. ¡*Sancta simplicitas*! Es así cómo se nos comprende y cómo se nos interpreta. Verdad es que tenemos que dirigirnos al universal personaje llamado por Remy de Gourmont: *celui-qui-ne-comprendpas*. No se

ha comprendido que esta necesidad que hemos apuntado es una entre mil de que sufre nuestra naciente pedagogía. No se ha comprendido que en la total ausencia de toda materia seriamente pedagógica en Bolivia, y en la total carencia de medios y hombres para el caso, hemos hecho una pregunta y hemos demostrado una deficiencia; y que si fuésemos a apuntar todas las deficiencias y vacíos, probablemente nos encontraríamos con que toda nuestra labor y obra pedagógica, desde hace cien años, es igual a nada, o poco menos.

Esto tendremos que mostrar gradualmente.

21 de julio de 1910.

Un paralelo

Capítulo VIII

Antes de afrontar finalmente nuestro problema pedagógico cuyo mal radical, según nosotros, reside más en la incomprensión e incapacidad de los hombres, que en la deficiencia de medios exteriores queremos servirnos de un paralelo, como morbo de estudio paralelo que sea experiencia irrecusable, ejemplo provechoso, y a la vez expediente que facilite la continuación de nuestros estudios en la materia. Tal es. A veces el hombre o el pueblo que se investiga, sale voluntariamente de sí mismo para contemplarse, como en un espejo, en otro hombre y en otro pueblo; y este método tiene la ventaja de, tomando por base un fondo común de humanidad, buscar las leyes de la vida en otro medio similar, cuando el propio no las manifiesta bastante claras.

Imaginad una nación que histórica, geográfica y étnicamente es el antípoda del mundo europeo. Su sangre, su pasado, su educación y su presente son totalmente diversos. Hay tal disparidad con el europeo, que éste la considera poco menos que salvaje, y le envía misioneros jesuitas, lo mismo que al Paraguay u otros bárbaros. He nombrado al Japón.

El Japón durante siglos, duerme estacionario e inactivo, respecto del grande movimiento occidental; y es preciso leer todo género de Cartas Edificantes para saber la idea que Europa se hace de él durante los siglos XVII y XVIII. Se juzga de él lo que hoy juzgamos de nuestros tobas, o pocos menos. Cómo ha de ser si apenas se le siente respirar en su extremo oriente.

Súbitamente he aquí que el Japón abre los ojos y levanta las manos, y empieza a devenir consciente y a obrar. Es un despertar. De lo primero que se apercibe es que lo que más intensamente vive sobre el globo es Europa: pues allá se dirige todo su empeño, ¿cómo?, emprendiendo el estudio de sus ciencias, de sus artes, procurando sorprender sus secretos de vida y de actividad, y poniéndose al acecho del mundo europeo, como al de una presa. El Japón en sesenta años adquiere cuanto se puede adquirir. ¿Y qué es lo que adquiere? Todo lo objetivo, todo lo exterior de la vida europea: las fórmulas y los procedimientos científicos, los medios externos y palpables para adquirir la riqueza, crear la industria o fomentar el comercio. Y el Japón evoluye y convoluye.

A la vuelta de algunas décadas, el Japón aparece a nuestros ojos totalmente cambiado. El japonés se viste a la europea, habla inglés, hace la química de Lavoisier y de Berthelot, aplica las finanzas occidentales, comenta la religión, la política, la diplomacia de los blancos, no ignora cuanto se ha impreso y fabricado en occidente, y la nación, por lo menos en el frontis de sus grandes puertos y ciudades, está tan mudada, que engaña a todos los miopes que se

ocupan de la historia y vida de las naciones. Y los necios y los ingenuos, hablan en Francia y en otras partes, de la europeización del Japón.

No, eso no existe ni ha existido jamás. Hablar de la europeización de Buenos Aires o de Nueva York; pero no de la del Japón. Y aquí se presenta una distinción de altísimo interés histórico: en el Japón hay una civilización europea; pero la cultura toda, es decir el alma y la médula, son japonesas. Lo que se importa de un continente a otro no puede ser sino cosa muerta en sí y no puede tener un valor real sino en cuanto el sujeto que ha de servirse de ello es realmente un elemento vivo y activo. Se puede importar de un lugar a otro todo género de cosas: métodos, fórmulas, utensilios, ideas y máquinas; pero lo que no se importará jamás a ningún país, es la energía, la voluntad, sin las que todo el resto no vale nada ni significa cosa alguna. Y lo que hay interesante y trascendente en el Japón, no es el barniz europeo ni la aplicación de ciencias y artes occidentales; es el alma japonesa, que ha devenido tan poco europea, que entre ambas hay cien veces mayor distancia que entre el alma yanqui y el alma italiana, por ejemplo. Pero para los que no tienen más fuerza ni más capacidad que para quedarse en la superficie de las cosas y en su apariencia; para los que no pueden penetrar en la medula de la vida, lo único que cuenta y que vale son las exterioridades, y atribuyen una virtud definitiva a los medios externos, y creen en la eficacia absoluta del dinero (¡oh el dinero!) para edificar esencias, instalar laboratorios y construir palestras, por la simple razón de que aparentemente Europa y el Japón deben su desarrollo vital a aquellos medios exteriores.

Y volviendo al Japón, os daremos un pequeño rasgo de alta psicología nacional, por el que se pueda apreciar todo lo que hay de permanente e inasimilado en el fondo del alma japonesa. Naturalmente, esto no está en los libros; pero está en la vida, y ha habido que abrir los ojos sobre ella para poder verlo.

Es la guerra. Un capitán japonés regla sobre un otero el fuego de su batería. Hay la coraza del cañón, o un árbol, o un muro detrás del que se podría ordenar muy bien la maniobra.

El japonés busca la mayor eminencia. Las granadas llueven a su rededor y abaten la mitad del pelotón. El capitán hace un cálculo trigonométrico en su carnet bajo el granizo de balas. Diréis: es el heroísmo inútil. Posible. ¿Qué dirá el francés? Fanfarronada; ¿qué dirá el inglés? *nonsense*, insensatez, cálculo falso. Y sin embargo el oficial francés y el inglés serán igualmente valientes y liarán lo mismo su deber de morir si acaso, pero lo harán cada uno según su propia alma, y lo harán de modo diferente al japonés. Este tiene necesidad de afirmarse a cada instante en su desprecio de la muerte y de todo lucro de la vida. Primero su ideal; después el resto.

Esto es lo que significa la voluntad y el alma raciales, y es así cómo se diversifican y especifican unas de otras.

Y con este paréntesis necesario, mañana a nuestro tema.

22 de julio de 1910.

La raza

Capítulo IX

Hemos necesitado comenzar por destruir para edificar. No hemos llegado a un campo vacío y fácil. La ciencia a medias y toda suerte de intereses inferiores usufructuaban ya de él. Había que denunciar el parasitismo científico y pedagógico que sólo vive de dos cosas: de difamar la raza y de despojar la ciencia europea. Para él no hay más que dos cosas: o nuestros vicios, o fórmulas secas y muertas de una ciencia ajena y lejana. Y esta es la primera grande orientación de la futura ciencia boliviana. Tratándose del conocimiento de nosotros mismos, no hay ciencia europea que valga; somos un algo vivo: descubrir nuestra ley de vida, que seguramente no es francesa ni otra sino boliviana. Ocuparse solamente de vicios propios y de fórmulas ajenas es procedimiento estéril y negativo. De él no brotará jamás ni la vida ni nada. Orientarse al revés: buscar nuestras energías latentes, y descubrir nuestras fuerzas vivas para hacerlas servir a una obra sólida y real. Este es el camino de los fuertes que no confían más que en la naturaleza y en la vida, fuente de toda ciencia y de toda energía. Ya lo hemos dicho: de vicios no vive ni se engrandece una raza, y sobre simples vicios no se funda pedagogía ni nada. ¿De qué estamos viviendo pues? Seguramente de algo que es

una fuerza y una ley de vida. Es esto que debemos buscar y descubrir. Llegados a este punto, lo primero que se nos presenta es la cuestión de raza. Comencemos a ver lo que es.

Se habla de conglomerados étnicos de que en orden a razas somos un conjunto de elementos heteróclitos, sin unidad histórica, ni de sangre, que nuestro fondo étnico es un crisol donde se ha fundido diversas humanidades, y se saca de esto la consecuencia -no sabemos con qué fundamento- de que no existe o no puede existir un carácter nacional, una ley biológica especial, lo que se llamaría un patrón, una medida y un molde raciales que sirviesen de base y de guía en estas especulaciones y exploraciones. Que, por consiguiente, son criterios europeos, procedimientos y conclusiones europeas las que hay que emplear, cuando se trata de nuestra raza y su evolución.

Aquí lo absurdo de cierta dialéctica salta a la vista. De la creencia en la necesidad de asimilar culturas europeas se ha deducido de hecho la asimilación de nuestras razas hispanoamericanas a las europeas.

Volvemos sobre este punto en artículo especial.

¿Por qué se afirma a priori y sin ulterior razón que por el solo hecho de que un grupo étnico es el producto de diferentes elementos étnicos no puede tener un carácter nacional y una ley biológica propia? Aquí viene decir que la incapacidad de ver una cosa es la única razón para negarla.

Comencemos por establecer que es ya lugar común y vulgar de estas ciencias, el aceptar que, históricamente, no existe sobre el globo raza absolutamente pura y sin mezcla

que los grupos humanos que mayor unidad acusan en su morfología total, no solo son combinados y complejos, sino que son tal vez los que mayores y más numerosas influencias y cambios étnicos han sufrido. Y aquí el lado puramente racial del problema, pierde grandemente de importancia. La cuestión, es seguramente el hombre hace la historia; pero ¿quién hace al hombre? El instante histórico y el medio ambiente. Bien está. Resultaría entonces que en el estudio de la cuestión, la parte estrictamente racial no representaría sino la tercera parte de los factores que componen el problema; y que por consiguiente el postulado de que por el hecho de que una raza no es históricamente pura, no tiene carácter nacional ni una ley biológica propia, es una simple petición de principio.

¿Ni cómo puede ser de otra manera? ¿Qué se entiende por carácter nacional? ¿Hay acaso un criterio fijo y definitivo que aplicar a las diferentes manifestaciones biológicas de un grupo étnico, y en virtud del cual se pueda decir: esto es carácter nacional, esto no?

Bien está hablar de carácter nacional; pero antes habría que entenderse para atribuirlo o rehusarlo a una raza, sin mayor control.

Lo cierto es que tratándose de conceptos generales y genéricos como el de la raza, ellos no resisten un análisis severo y estricto. Los conceptos generales las más de las veces no son sino como fachadas de papel tras de las cuales no existe una entidad físicamente real o lógicamente verdadera. En este punto, permítase al que esto escribe proponer una idea radical y trascendente. Allí donde existen

un padre y una madre que generan, allí existe ya una raza, es decir allí podéis buscar y comprobar ya una ley biológica, que como tal, estáis en el derecho de esperar que se repita y permanezca, tantas veces cuantas las condiciones que la han manifestado vuelvan a presentarse las mismas.

Antes de continuar, insistimos en el peligro que hay de jugar con los conceptos generales, casi siempre incompatibles con una disciplina mental rigurosa. Se acepta en conjunto una idea que las más veces no es más que un ente de razón; se discute, se polemiza, y solo al fin se cae en cuenta de que no se estaba de acuerdo sobre el valor y los límites reales del concepto.

23 de julio de 1910.

Capítulo X

No porque seamos un compuesto o un producto de diferentes elementos étnicos debemos o podemos aceptar que no existe, tratándose de nosotros, carácter nacional. Desde que hay nación, esto es, desde que hay un grupo humano que permanece en la historia y genera en la naturaleza, dentro de un marco de condiciones especiales, propias y permanentes, entonces hay raza, y entonces, hay carácter nacional.

¿Y qué es el carácter nacional, según esta manera de concebir las cosas?

Es la manifestación constante de una ley biológica, tratándose de una nación. ¿Y cómo se muestra y dónde se la encuentra? En todas partes y en todas manifestaciones de la nación: en la inteligencia, sobre todo en las costumbres, en los gustos y tendencias, en sus afinidades y repulsiones: es el genio de su historia y es como el tinte de que se matiza toda su actividad nacional. Puede a veces no ser suficientemente personal o típico; puede a veces poseer ciertas condiciones comunes con las de otros caracteres; puede a veces sufrir, a lo largo de la historia, depresiones bióticas considerables, o exaltaciones e intensificaciones inesperadas; un gran

ojo científico (Bacon, Darwin) será siempre capaz de sorprenderlo y descubrirlo, a través de todos sus eclipses y en sus momentos de mayor despersonalización.

Segunda grande orientación de la futura ciencia boliviana: existe el carácter nacional, y este carácter nacional debe ser la base y materia de toda evolución histórica.

¿En qué consiste? ¿Qué es? ¿Cómo es?

Esto es lo que el cretinismo pedagógico no nos dirá jamás, porque esto no está todavía en los libros ni hay cómo plagiarlo del primer *sorbonizante* trasatlántico; y es esto lo que diremos a su tiempo y que será otra de las grandes orientaciones de nuestra vida y de nuestra ciencia.

Continuemos.

El carácter nacional, tratándose de hombres como el *substratum* de toda vida. Es tan absurdo negar su existencia, no se diga ya en un grupo étnico como el nuestro, pero en la tribu más salvaje y primitiva, que se puede afirmar a priori que él existe lo mismo en una tribu hotentote que en una pelasga.

Pero haciendo nuestro papel de psicólogos, os hemos de decir por qué nuestros absurdos pedagogos, los negadores de la vida, los calumniadores de la raza, por qué niegan la existencia de un carácter, de una energía nacional.

Han leído del carácter nacional de las grandes naciones pasadas o presentes; han visto cómo esas naciones, gracias a su carácter nacional, han podido realizar en la historia cosas grandes e ilustres; a sus comentadores, al hablar

de las grandes historias, sólo han hablado de los grandes caracteres nacionales, y el resto del mundo ha quedado como en sombra. Esta fue razón suficiente para que nuestros pedantes sólo crean en la existencia de un carácter nacional tratándose de grandes naciones y grandes grupos étnicos. Mientras tanto, ¿las pequeñas naciones?, ¿las naciones ínfimas? ¿Cómo no se ha escrito ni hablado de ellas, como no se puede tomarlas por patrones y guías— se concluye llanamente que no tienen carácter nacional, y esto se llama lógica, y así se filosofa!

Sabed una cosa, una vez por todas: donde hay vida hay carácter. Toda la cuestión es saber medir la intensidad de esa vida para poder concluir la de su carácter. El que en este punto del globo o en este instante histórico se presente la vida en condiciones inferiores y pobres, paupérrimas tal vez, no significa otra cosa que su carácter se manifiesta igualmente inferior, pobre, paupérrimo, en su caso; pero no se puede concluir de esa pobreza la no existencia del carácter. Justamente os diremos, que uno de los signos de la gran depresión vital, de la pobreza interior de vida, es y ha sido siempre, una miopía intelectual en las razas o en sus representativos, que impedía una clara visión y una nítida conciencia de la propia vida individual o colectiva. Esa miopía puede llegar en casos hasta el extremo de negar y renegar los mismos y propios elementos de vida de que se vive sin embargo. Es nuestro caso.

Y no cabe dar la fórmula, que por esta vez no es nuestra.

Cuando el gran Goethe, el maestro de maestros, emprendía también en su país la misma campaña que hoy emprendernos

en el nuestro, y osaba demoler ídolos y decir la verdad, y desenmascarar simuladores, y osaba hablar en nombre de la energía a todos los encobardecidos, y desconfiando de las bibliotecas siempre estériles se entregaba a la naturaleza siempre fecunda; cuando sobre esas ruinas de prejuicios y absurdas creencias y sobre los restos de todos los profetas falsos, la élite de espíritus preguntó a Goethe: ¿en qué creer entonces? Goethe respondió:

—Glaube dem Leben!— que en buen tudesco quiere decir: ¡cree en la vida! , y lo que debe ser el evangelio de todo hombre y de toda nación dignos de ser y quedar nación y hombre.

24 de julio de 1910.

Capítulo XI

En verdad que tratándose de los intereses raciales de nación, no hay estado peor que aquel de inconsciencia de sí misma, y que en el terreno de la historia se traduce por la imprecisión de la voluntad y la indeterminación de los actos y de los hechos. Una raza que no sabe jamás qué pensar de sí misma, es una que está en una crisis transitiva, que está por perecer. Es lo que llamaríamos la duda racial.

En un estado semejante, la historia toda de una nación parece como afecta de una ataxia general de movimientos y direcciones. Existe una aparente ausencia de lógica en todos sus hechos. Se presentan acontecimientos cuya razón de ser escapa a toda investigación. Se pregunta uno: ¿qué ha pretendido esta nación al obrar de esta manera? ¿Cuál ha sido su móvil y su objeto? Y el investigador que necesita llegar a conclusiones definitivas, queda sorprendido de establecer que no ha habido móvil ni objetivo.

Por poco que en estas condiciones la raza posea una sangre ardorosa y un temperamento vivo, los males se agravan en la misma proporción.

Con estas ideas demasiado sumariamente apuntadas y que están pidiendo volumen aparte, ¿queréis ahora

extender una mirada retrospectiva sobre la historia de Bolivia?

Examinad un poco todo su período convulsivo. No es seguramente la energía ni la voluntad que faltan. Al revés, a veces el investigador se encuentra con un tal derroche, que es de asombrarse cómo se puede despilfarrar la energía durante tanto tiempo, sin mostrar históricamente una fuente y un proceso visibles de reparación. En este sentido, podemos decir que la historia de Bolivia es una de prodigalidad.

Pero, volviendo a la cuestión, preguntémonos, ¿dónde está el mal fundamental? Todos los miopes no lo ven sino en las exterioridades palpables y visibles. Se habla de aislamiento geográfico, de dificultades orográficas y deficiencias fluviales, etc. Se olvida que Inglaterra no ha sido más que una yesera y los Países Bajos un pantano, y que es un hecho frecuentemente confirmado en la historia que la grandeza de una raza está en proporción directa de las dificultades vencidas en su lucha con el medio y con los elementos ambientes...

No, aquel criterio no es justo, y al revés, es un síntoma de los estados de duda, de los períodos de inconsciencia nacional y de depresión volitiva, el de buscar el origen del mal en las condiciones exteriores y desfavorables que rodean la nación. Este criterio no es más que un resultado del mal mismo, y no sirve más que para agravarlo.

El remedio tiene que ser tan radical como el mal. En vano se pretenderá aplicar medios artificiales y exóticos que en el mejor caso darían un resultado paliativo y pasajero. En

este punto, nuestros contradictores, que casi siempre han entendido absurdamente nuestras ideas, tendrían razón al pretender que no es la simple importación de profesores extranjeros la que resolvería la cuestión educativo-racial en Bolivia. Tampoco lo hemos pretendido; y al momento de concluir en fórmulas netas nuestras ideas lo mostraremos más claramente. Otra es nuestra razón de pedir profesores extranjeros.

Mientras tanto la cuestión central para nosotros queda siempre: despertar la conciencia nacional, que equivale a despertar las energías de la raza; hacer que el boliviano sepa lo que quiere y quiera lo que sepa. Como se ve, este es un problema y una cuestión más trascendental que la cuestión instructiva, la cual a su vez es menos fundamental que la educativa. Bien decía el maestro: ninguna nación merece un juicio sino desde el momento en que ella misma es capaz de juzgarse.

Hay naciones tan atrasadas en punto a instrucción privada o pública y que como un signo exterior os diríamos que a comenzar del emperador, todos van con los pies desnudos: tal es Abisinia, y sin embargo Abisinia, como nación, cuenta mucho más en el mundo que Bolivia y el Perú juntos. Y es porque en esa nación de negros existe una conciencia de sí misma que como primer e inmediato resultado, da a la nación toda la posibilidad de obrar con lógica y de dar una unidad a toda su historia. ¿Existe tal cosa en nosotros? No hablemos del conjunto en que siempre la conciencia racial y nacional es más o menos nebulosa; tomad al azar cuatro de nuestros hombres de Estado y preguntad: ¿qué es

lo que creen y piensan sobre lo que un poco pomposamente llamaríamos la misión histórica de la raza? ¡Ya veréis lo que se os responderá, si es que se os responde!

Tal es la capital importancia de la cuestión.

Bueno es pedir fórmulas concretas (que vendrán a su tiempo) y exigir minutas de reglamentos y borradores de leyes para resolver una vez más la instrucción pública en Bolivia; pero por otra parte, es absolutamente necesario que haya hombres o siquiera uno que abrace el problema total y conciba la cuestión final y definitiva; y sea dicho de paso, sin menoscabo para nadie: esta es más tarea de hombre de Estado que de pedagogo.

26 de julio de 1910.

Capítulo XII

Tercera grande orientación: la provocación de la conciencia nacional, que es más un sentimiento que un concepto general el boliviano debe hacerse consciente de su fuerza como hombre y como nación y esto sin metafísicas complejas y apriorísticas. Debe hacerse un concepto claro y nítido de su vida y de la vida en general, más ajustado a la realidad de la lucha por la existencia que a la idealidad de una armonía metafísica.

Aquí cabe destruir una vez por todas las fantasías con que se aduerme la energía personal y colectiva, y que se ha bebido en algunos ideólogos modernos (Tarde, Fouillée, Guyeau, Amiel).

Tratándose de la pedagogía nacional y del modelamiento de un alma racial, se habla con una seguridad dogmática y doctoral del ideal de la humanidad, y se le detalla en las sonoras y hermosas palabras: altruismo, verdad, belleza, etc.

Preguntamos, ¿dónde ha existido, no diremos ya dónde se ha realizado este ideal de la humanidad, si es lícito saberlo? Se habla de las grandes naciones y de su apogeo histórico. ¿En cuál de ellas ha existido ese famoso ideal humano de altísima moralidad? ¿Tal vez en Inglaterra a

propósito de Irlanda y de la India? ¿Quizás en Alemania y Rusia, a propósito de Polonia? ¿Quizás en Italia a propósito ¿o Abisinia?

¡Ideal de la humanidad! Esa es una irrealidad que no ha existido nunca sino como un producto artificial y falso del romanticismo francés (¡oh, ingratisimo Rousseau!) y que las naciones no han practicado jamás, ni hoy ni antes. Imaginaos un poco el imperio romano o el imperio británico teniendo por base y por ideal el altruismo nacional. ¡Qué comedia!

El ideal humano, si existe, es la preparación de las fuerzas de la nación, no en vista de un imposible y necio siglo saturniano de paz y concordia universales, sino en previsión de que la vida toda es lucha sin tregua, lucha de intereses, lucha en todo terreno y de todo género, en los mercados lo mismo que en los campos de batalla.

Debemos destruir de raíz esa necia y pueril orientación que nuestros pedagogos plagiarios e impotentes pretenden imponer al alma y a la energía boliviana. ¡Altruismo!, ¡verdad!, ¡justicia! ¿Quién las practica con Bolivia? ¿Tal vez Figueroa Alcorta o Río Branco?

La cuestión es que se ha leído a los ideólogos franceses, enfermos todos de moralismo sentimental, y se ha viajado por Europa con los ojos vendados; y en vez de ver y palpar la cruda realidad de la vida y su organización en las grandes naciones, se ha preferido plagiar los sueños consignados en libros necios y que las leyes de la vida desconocen. ¡Hablad de altruismo en Inglaterra, el país de la conquista sabia, y en Estados Unidos, el país de los monopolios devoradores!

El nuevo oráculo delfico que habrá que gravar sobre la portada de nuestras escuelas, no será el de *haceos sabios* sino el de *haceos fuertes*. Esta es la solución del problema total de la vida; este es el sentido del siglo en que vivimos; esta es la realidad de las cosas como las practican las más grandes naciones del pasado y del presente. Los pedantes vienen a orientar falsamente nuestra educación y nuestra pedagogía nacional, y vienen a hablarnos de un ideal de la humanidad que no ha existido jamás ni se ha realizado en ninguna parte. Se preguntaría: ¿quién ha definido ese famoso ideal? ¿La Biblia? ¿Cuál de nuestras infinitas filosofías?

En el terreno de la realidad, ¿cuál de las naciones?, ¿cuál de las razas? ¿Es tal vez el sensualismo estético y espléndido del Renacimiento italiano? ¿O el egoísmo sabio, triste y puritano de Inglaterra? ¿O el imperialismo brutal, erudito, minucioso y hambriento de Alemania? ¿O el pompadourismo afeminado y refinado del siglo dieciocho francés? ¿En cuál de estas formas humanas se encuentra ese famoso ideal de la humanidad?

¡Y es hacia un embuste semejante que se pretende orientar la educación y la pedagogía nacional!

Lo peor del caso es que el embuste no solamente es tal, sino que es infinitamente peligroso y nocivo para nosotros. Significa para nosotros el adormecimiento de nuestras escasas energías; la pérdida de tiempo en la contemplación de una irrealidad; el alejamiento voluntario de una filosofía sana y simple, como es siempre la verdad. ¡Cómo no! ¡Eduquemos carneros altruistas que sólo sepan de justicia, y que no sepan de luchar ni de vencer, la sola ciencia que es

capaz de engrandecer una nación! ¡Y esto se llama orientar la pedagogía nacional!

Definamos un poco nuestras ideas educativo, pedagógicas de las de nuestros sabios pedagogos. Definamos nuestros papeles: mientras ellos instituyen en doctrina el ideal de la humanidad y hablan de altruismo, de belleza, de justicia, etc., todos conceptos infinitamente elásticos, vagos, todas ideas generales demasiado generales; mientras ellos se instituyen en maestros de ideal y de belleza, nosotros nos instituimos en profesores de energía nacional.

Y esta es la cuarta grande orientación de la pedagogía nacional.

27 de julio de 1910.

Capítulo XIII

Ciencia se compra; la energía no.

Esto es lo que hay que enseñar no tanto ya a los niños en las escuelas, cuanto a los gobernantes en sus gabinetes (porque hay que saber que, cuando hablarnos de instrucción pública en Bolivia, no sólo son los niños y los gobernados los que la necesitan).

¿Paradoja? No; historia y realidad.

Mirad los Estados Unidos: hace ochenta años que están comprando la ciencia a Europa, como tantas otras cosas. Sin duda ahora comienza a existir una ciencia americana, y de vez en cuando, rara vez, se cita en los centros científicos europeos un nombre americano célebre ya.

Pero es preciso haber visto lo que pasa en los Estados Unidos con la ciencia aplicada, con aquella parte de la ciencia de la que la humanidad saca un verdadero y palpable provecho. Es preciso haber visto en los grandes establecimientos fabriles cómo se distribuye el trabajo de creación y aplicación científicas. En medio de la baraúnda de máquinas y competencias, el ingeniero, nueve veces sobre diez es europeo. Hay todavía un producto del todo

europeo, o que llamaríamos el obrero científico. Sin llegar a las alturas del ingeniero politécnico o del sabio de laboratorio, el obrero científico como lo produce Europa, sobre todo Francia e Inglaterra, es algo que no existe aún en Estados Unidos ni en parte alguna. El obrero científico es el tradicional del trabajo. No sé si el concepto es bastante claro: pero se trata de un obrero que ha aportado a la rutina estrecha de un trabajo dado, tal dosis de propia iniciativa, tal suma de amor y de consagración, tal espíritu de bien hacer, que la rutina se ha como transfigurado. La humilde mano de obra ejecutada en tales condiciones, llega a pagarse cuatro veces más que cualquier otra; y esa mano de obra así, sólo existe en Europa, y los americanos la compran sin mirar a la tasa, y la razón es que esa mano de obra es el producto de un cultivo secular de ciencias aplicadas que no se encontrará por mucho tiempo en las naciones nuevas, por ricas y grandes que sean. Como se ve, hay algo en las ciencias aplicadas que no reemplazo al tiempo.

Bien pues: la ciencia se compra, cualquier ciencia, toda ciencia; y si en Bolivia no hubiese otro problema que el instructivo, ya nuestros viciosos que sólo creen en el poder del oro, tendrían razón al pretender que nuestro mal central está en la pobreza de oro, y no se piensa que el oro solo nada puede, cuando no es naturalmente el representativo, el símbolo de la energía nacional. Se olvida o no se conoce un célebre ejemplo. La riqueza, la plata americana riqueza ajena) ha matado la energía española. Ni Alba ni el Potosí han bastado para fundar nada estable en Flandes. Todo ha pasado como hojarasca, a pesar de la más fantástica riqueza, ¿por qué?, porque esa riqueza no era el símbolo

de una real y verdadera energía. ¡Ved ahora lo que puede el oro!

Ahora nos toca decir del oro lo que hemos dicho de los métodos y procedimientos extranjeros; nos toca denunciar su utilidad relativa y secundaria; nos toca mostrar su importancia última al frente de la primordial que es la de la energía nacional. Es la energía lo que no se compra, lo que no se importa de ninguna parte, lo que no se puede plagiar jamás, y lo que justamente creemos que existe en nuestras venas.

Es esa energía que nos dará un día el oro para comprar lo útil y lo inútil, la ciencia y la que no lo es, y cuanto se puede mercar en el mundo. Es esa energía que gobernantes y gobernados deberían buscar y estudiar, y la que nosotros tratamos de despertar en la nación, cuando tratamos de la cuestión que de más cerca la toca: la instrucción pública.

¡Compréndase ahora nuestra indignación de bolivianos cuando vemos que la pedagogía nacional, no consta, según nuestros teorizantes, más que de dos elementos: uno negativo, los vicios de la raza, y otro positivo, el metodismo exótico! ¡Y en esta labor gastamos el tiempo y el dinero!

¿Un ejemplo abrumador y definitivo de lo absurdo de estos caminos y de lo razonable de los nuestros? Helo aquí:

El presidente Montes no ha visto en su vida una escuela ni un pedagogo europeo en función; no tiene más idea de kindergarten, polígonos y otros embelecos, que la que un hombre generalmente culto puede tenerla en la lejana América; y, sin embargo, el presidente Montes, en cinco

años ha hecho por la instrucción pública lo que todos los pedantes no harán seguramente en cincuenta, revolviendo otras tantas veces la legislación y la reglamentación del ramo. Ahí están las cifras de la instrucción primaria al final del gran quinquenio.

Esto es lo que puede la energía; esto es lo que significa buscarla y perseguirla en sí mismo y en la propia raza; esto es realidad y no simulación de trabajo; esto es gobernar, tratándose de instrucción.

Y con esas cifras, al buen entendedor, ¡salud!

28 de julio de 1910.

Lo que se debe enseñar

Capítulo XIV

Habíamos pensado indicar las dos direcciones fundamentales que, según nosotros, hacen y componen nuestro carácter nacional. Pero en verdad la exposición en rápidos artículos de prensa es demasiado sumaria y sintética. Se indican ideas, se las señala de lejos y se pasa adelante. Este método periodístico por excelencia, no se acuerda bien para tratar de principio una cuestión que nadie ha tocado aún en Bolivia, ni directa ni indirectamente.

Además, señaladas ya las verdaderas orientaciones que según nosotros debería darse a la instrucción pública en Bolivia, orientaciones que hemos expuesto más en vista de los que gobiernan y encauzan la instrucción pública que en la de los que enseñan (pedagogos propiamente dichos), creemos oportuno descender al detalle mismo, y comenzar ya a hablar de las maneras de hacer prácticas las grandes orientaciones indicadas en nuestros anteriores editoriales.

No todo se puede hacer a la vez.

Hay para nosotros un trabajo primordial y de gobierno, y es el de concebir una idea maestra para toda la instrucción pública. Es lo que hemos llamado orientarla. No se habla aún de métodos ni de medios; se pregunta

simplemente por una dirección total; los caminos se indican después.

La parte fundamental es siempre la manera cómo conciben la instrucción pública los que la dirigen y la reglan.

Se pregunta: ¿Qué es lo que pretendéis hacer del boliviano: un soldado, un ciudadano, un sabio, un hombre modestamente útil o un refinado superior?

¿Perseguís verdaderamente una cultura? ¿Cuál? ¿Será ésta sobre todo científica, moral o religiosa?

Los pedantes nos han prevenido ya que persiguen todo esto a la vez, como si eso fuese posible, como si jamás lo hubiese sido para los pueblos más grandes y más ricos de naturaleza. Pretenden que es cuestión de tiempo y de labor. Que se comenzará por las letras elementales para acabar enseñando las más grandes artes (¡enseñar el arte!).

Porque ellos piensan que existe una armonía preestablecida, tratándose de instrucción y educación públicas, armonía dentro de la que caben todos los ideales, y que verdaderamente es posible tomar a cada siglo y a cada nación sus cualidades superiores para hacer un ramillete de maravillas humanas e implantarlas en Bolivia, sin más ni más. ¡Cómo no! Si los ideólogos franceses sueñan con ello, aunque la realidad se ría siempre de ellos.

Es en este sentido que la primera labor era sin duda la orientación de esas grandes cuestiones. Lo hemos hecho en conjunto y sintéticamente. La labor ahora es bajar al detalle y responder a la pregunta: ¿Qué se debe hacer del

boliviano? Esta pregunta, naturalmente, no se han propuesto siquiera nuestros pedagogos, y en verdad que sería cómico oírles responderla. Por lo poquísimos que han escrito antes de ahora, seguramente la octava maravilla: darle el ingenio francés, la fecundidad italiana, a superioridad muscular y moral inglesas, la riqueza yanqui, el valor japonés, la cultura de ideas helénicas y la pregunta queda en pie ¿Qué se hará del boliviano?

Queremos investigar y ese estudio entra dentro del capítulo sobre lo que se debe enseñar.

La gran cuestión de la definición de nuestro carácter nacional, fecunda si las hubo, queda para el fin como la explicación y última razón de nuestras ideas sobre las grandes orientaciones de la pedagogía nacional.

29 de julio de 1910.

Capítulo XV

• ¿Cuál es el valor de la enseñanza universitaria en Bolivia?
¿Cuál el de llamada secundaria?

Es igual a nada.

En primer lugar la gente que profesa en todas las universidades bolivianas es notoriamente imprevista. Alguna vez muy rara, se encuentra en una cátedra un abogado, un médico o un farmacéutico con cierta reputación profesional; pero, aun en estos casos, se sabe que el mejor profesional está lejos de ser ni mediocre profesor.

Dos casos de experiencia personal. El que esto escribe ha visto un abogado pretendiendo cualquiera cátedra de derecho, la vigésima o a centésima, para no precisar demasiado, y obtenerla al fin; y ante el asombro de semejante procedimiento, sentar el principio: enseñando se aprende y adelante.

Segundo caso. El profesor de Historia de la Filosofía del Derecho y autor de una obra sobre la materia, que llegado al capítulo de Platón ¿creéis siquiera que fue a buscar una mala traducción del filósofo? No; un extracto publicado por Alcan fue suficiente para ejecutar al filósofo. Y estos

hechos, que no solamente denuncian la ínfima condición de nuestras universidades, denuncian también el ínfimo grado de nuestra moralidad pedagógica; porque es un fraude recibir un estipendio para enseñar lo que no se sabe, y no contentos de ello pretender todavía con estas condiciones orientar la pedagogía y la educación nacionales.

Y ahora juzgad de la protesta de los imbeciles ante nuestra idea de pedir, en nombre de la patria y en la medida de lo posible, profesores extranjeros. ¿Cómo no, si hay el sueldo por medio, o hay la necesidad de cubrir una responsabilidad ante la nación, que hoy no queremos precisar demasiado, pero que precisaremos llegado el caso!

En este punto, permítasenos expresar un deseo. Querríamos que nuestros contradictores en esta materia que discutimos y estudiamos, estén en las mismas condiciones de independencia y libertad de juicio que nosotros. Estamos denunciando nuestros vicios de organización pedagógica y otros. ¿Qué se puede esperar, como opinión, de los que directa o indirectamente están beneficiando de estas condiciones irregulares y deplorables de la pedagogía nacional? Necesitamos poner de lado todo interés personal, y es preciso no hacer depender juicios trascendentales sobre cuestiones tan vitales, de un salario o de una reputación más o menos justamente ganados.

Continuemos.

Al frente de la impreviación de los profesores está la impreviación de los alumnos. Se llega a las facultades superiores sin más bagaje que un bachillerato cuyo detalle

es verdaderamente asombroso por su indigencia. ¿Cuál de las asignaturas de secundaria de las muchas que hay, se enseña, no pretendemos ya bien, ni siquiera mediocrementemente en cualquiera de nuestros colegios regidos por nacionales? ¿Hay siquiera una especialidad determinada que salve el honor del nombre de la enseñanza nacional? Se han dado casos en que en medio de cierta interioridad general de la enseñanza de un país, quedaba sin embargo una rama de estudios, cualquiera que fuese, que se hacía concienzuda y honestamente. Tal sucedió en Italia hasta hace años, respecto de la preparación en letras clásicas. En Bolivia, no hay excepción feliz: liceos y universidades son peores que si no existiesen.

En Bolivia hay veinte veces más universidades que en Francia y Alemania juntas, proporcionalmente a la población y a todo género de necesidades pedagógicas. Este es otro de los sarcasmos de nuestro estado. No tenemos la necesidad de insistir sobre ello, pues parece que una sana reacción se deja sentir generalmente contra este absurdo estado. Se habla de concentraciones, etc.

Pero sobre lo que insistiremos seguramente es sobre la interpretación de algunos de nuestros males. Todas estas ridículas universidades y liceos de que estamos plagados en Bolivia, no son otra cosa que traslaciones y trasplantes de similares europeos a nuestro país. Atiéndase: son métodos, organizaciones y planes europeos aplicados por bolivianos, desde hace decenas de años. Y ahora viene la pregunta. ¿Qué es lo que pretenden nuestros pedantes de hoy? Pues hacer lo mismo que los pedantes de ayer: plagiar y trasplantar las

novedades europeas de hoy, y aplicarlas e interpretarlas, como siempre, por manos bolivianas. La experiencia está hecha ya; y sabemos lo que, en estas condiciones, las semillas europeas son capaces de dar en terreno boliviano. Pero esto no lo entiende el bovarysmo pedagógico...

30 de julio de 1910.

Capítulo XVI

No es difícil hacer el proceso de universidades y liceos en Bolivia. Que en ellos se enseña todo y no se aprende nada es cosa innegable e irremediable. Por el momento el mal parece agravarse en línea ascendente hacia la instrucción facultativa en que llega a su máximo de evidencia. Todavía los liceos tienen apariencia de tales, y el contraste de la enseñanza y el no aprovechamiento es menos sensible que en nuestros institutos superiores. Y es que se dice: seguid bajando en la escala; el mal radical está más abajo aún. Y viene la cuestión de la instrucción primaria.

Seguramente el problema, bajo el punto de vista estrictamente instructivo, se formula así: la destrucción del analfabetismo nacional.

Otros han dicho ya la trascendencia universal de la instrucción primaria en toda suerte de países y naciones, y nosotros sólo añadiríamos: aun cuando la mayoría de la nación se quedase durante cien años sólo sabiendo leer, escribir y contar, ya sería tan grande beneficio, que no esperamos alcanzarlo en muchísimos años.

Pero hemos pretendido que la ciencia, que toda ciencia se compra, que por consiguiente si en vez de gastar quinientos

mil pesos el estado gastase cinco millones anuales en sólo la instrucción primaria, veríamos intensificarse y progresar a ésta en la misma proporción. Diez veces más escuelas, diez veces más maestros, y al fin de cuentas, diez veces menos analfabetismo.

¿Está, pues, resuelto el problema? ¿El oro?

¡No! La instrucción primaria como se la concibe universalmente en Bolivia no es bastante a nuestro juicio para formar la nación que deseáramos. La experiencia está allí. Tenemos una parte considerable de la nación que ha vencido el analfabetismo. ¿Sabéis cuál es? Es el cholo, el mestizo elector de nuestros comicios populares. Ese sabe leer, escribir y contar. Señores educadores y gobernantes: ¿estáis satisfechos de él? Ese, a más de vencidas las primeras letras, cuando tiene dinero llega más arriba, y alcanza a ser abogado de provincia, juez de provincia, cura de aldea. ¿Estáis satisfechos de él? Y, sin embargo, es el resultado directo, inmediato y necesario de la instrucción primaria en Bolivia.

Así, los que en Bolivia sólo ven como supremo ideal la máxima difusión de las primeras letras, llegarían con el tiempo a este primer resultado: en vez de tener treinta mil electores como hoy, alcanzaríamos a trescientos mil, todos enfermos de la misma inconsciencia política, del mismo espíritu parasitario, de la misma pereza, de la misma amoralidad de que sufren nuestros treinta mil electores actuales.

Haced por un momento un paralelo entre el cholo letrado de las ciudades y el aymara analfabeto de los

campos. Comparad bajo el punto de vista del orden y de la economía social las calidades de cada uno. El cholo a priori y en absoluto cuesta más al estado y a la comunidad. El cholo se beneficia de todos los servicios públicos, desde el hecho simple de vivir en las ciudades. Ante el fisco, ante las comunas, ante todo género de institutos privados de cultura o de beneficencia, el cholo guarda su puesto y aprovecha en su medida. Preguntaos ahora, ¿es que el cholo contribuye con su esfuerzo individual en la misma medida a la conservación del estado social en medio del cual vive y del cual se aprovecha? No; su pequeño trabajo manual, en éste o en el otro arte aplicado, se lo hace pagar bien y pronto; y ese mismo trabajo es las más veces insuficiente o malo. Podemos formular la cuestión: el cholo recibe más de lo que da. Hay, pues, parasitismo en la clase.

Por otra parte, ¿es el cholo un buen elemento de orden y estabilidad social? No siempre. Históricamente hablando, el resorte y material inmediato de todas nuestras revoluciones políticas ha sido el cholo. Sus condiciones propias han hecho siempre de él una pasta fácil que se ha amoldado a las locuras y ambiciones de nuestros más viciosos demagogos. Hoy las cosas cambian de aspecto, pero no de fondo. Hoy el cholo es ciudadano y como tal puede llevar su voluntad absurda hasta hacerla pesar sobre la solución de las cuestiones más graves del estado, por medio de su acción en la formación de los poderes públicos. ¿Ejemplos? Los tenemos demasiado frescos y demasiado crueles. Pasemos.

El cholo, en sus condiciones actuales y pasadas, no siempre ha sido ni es un sano elemento de orden y de

estabilidad social. En resumen: socialmente hablando, es o tiende a ser parasitario; políticamente, ha sido o puede ser un peligro; como factor económico su exponente es bajísimo, y está amenazado de ser aplastado por la competencia extranjera, que toca ya a sus puertas y de la manera más alarmante.

Pero aquí viene la cuestión: el cholo, en su actual condición, es la flor y el fruto de la instrucción primaria. Es la instrucción primaria que ha habilitado a la clase para posesionarse del estado que acabamos de indicar a grandes líneas. Es la instrucción primaria que lo hace elector, burgués, artesano. Es la instrucción primaria que ventajosamente lo separa de otras clases inferiores y desventajosamente de las que están encima de él. Es la instrucción primaria que le da ciertos derechos y le permite usufructuar de ciertas ventajas públicas. Es la instrucción primaria que contribuye en gran parte a caracterizar y mantener su clase.

Pero, entonces, ¿la instrucción primaria es mala? ¿Hay que destruirla? No; ese sería el exceso contrario; pero antes de continuar, estudiemos el paralelo.

31 de julio de 1910.

Capítulo XVII

¿Qué hace el indio por el Estado?

Todo.

¿Qué hace el Estado por el indio?

¡Nada!

Considerad un poco sus condiciones generales.

Comenzad por estudiar lo que el indio significa para el indio. El indio se basta. El indio vive por sí. La existencia individual o colectiva demanda una suma permanente de cálculo y de acción: el indio la da de sí para sí. Tiene, aunque en un grado primitivo e ingenuo, todo el esfuerzo combinado que demanda la vida social organizada y constante: el indio es constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estofa y cortador de su propio traje; fabrica sus propios utensilios, es mercader, industrial y viajero a la vez; concibe lo que ejecuta; realiza lo que combina, y, en el gran sentido shakespeariano es todo un hombre. Que el indio apacento o pesque, sirva o gobierne, encontraréis siempre la gran cualidad de la raza: la suficiencia de sí mismo, la suficiencia que en medio mismo de su depresión histórica, de su indignidad social, de su pobreza, de su aislamiento,

en medio del olvido de los indiferentes, de la hostilidad del blanco, del desprecio de los imbéciles; la propia suficiencia que le hace autodidacto, autónomo y porque es preciso aceptar que en las actuales condiciones de la nación, el indio es el verdadero depositario de la energía nacional; es el indio el único que, en medio de esta chacota universal que llamamos república, toma a lo serio la tarea humana por excelencia: producir, producir incesantemente en cualquier forma, ya sea labor agrícola o minera, ya sea trabajo rústico o servicio manual dentro de la economía urbana. Y ésta es la segunda faz de nuestro estudio: lo que el indio significa para los demás, para el Estado, para la sociedad, para todos. Hay que aceptar: el indio es depositario del noventa por ciento de la energía nacional. Ya se trate de rechazar una posible invasión extranjera; ya se trate de derrocar a Melgarejo o a Alonso; en todas las grandes actitudes nacionales, en todos los momentos en que la república entra en crisis y siente su estabilidad amenazada, el indio se hace factor de primer orden y decide de todo. Queda, pues, establecido que en la paz como en la guerra, la república vive del indio, o muy poco menos. ¡Y es en esta raza que el cretinismo pedagógico, que los imbéciles constituidos en orientadores de la pedagogía nacional, no ven otra cosa que vicios, alcoholismo, egoísmo y el resto! Se habla de civilizar al indio...y éste es otro de los lugares comunes que se repiten por los bovarystas que saben de todo menos de la realidad y de la verdad, y que se repite sin saberse cómo ni por qué.

Pero señores bovarystas, ya seáis pedagogos o legisladores, ¿habéis soñado por un momento lo que significaría civilizar al indio, si tan espléndido ideal fuera

realizable de inmediato? ¿Sabéis lo que daría ponerle en estado de aprovecharse directamente de todos los medios de vida de la civilización europea, de todo género de conocimientos e instrumentos? Eso sería vuestra ruina irremediable e incontenible. Eso sería habilitar al verdadero poseedor de la fuerza y de la energía, a sacudirse de todo parasitismo, a sacudirse de vosotros, como la grey refortalecida y ruborizada se sacude de la piojería epidémica! ¡Adiós todo bovaryismo pedagógico! ¡Adiós parasitismo gubernativo y legislativo! Sería el despertar de la raza y la reposición de las cosas. Porque es preciso saber que Bolivia no está enferma de otra cosa que de ilogismo y de absurdo, de conceder la fuerza y la superioridad a quien no las posee, y de denegar los eternos derechos de la fuerza a sus legítimos representantes.

Nos hemos instituido en profesores de energía nacional, y la primera condición para serlo es decir la verdad, pese a quien pese y duela a quien duela. Y una de las formas y de las causas de la inferioridad boliviana es que vivimos de mentira y de irrealdad. El trabajo, la justicia, la gloria, todo miente, todo se miente en Bolivia; todos mienten, menos aquel que no habla, aquel que obra y calla: el indio.

Pero si se pudiese aplicar un ergógrafo social y político a nuestro Estado —obra que haremos con más tiempo y mayor espacio, obra infinitamente científica—, se podría valorar y aquilatar el esfuerzo nacional y solidario de cada una de nuestras clases, y entonces seguramente se vería, poniendo en la balanza, a un lado todo el esfuerzo secular del indio y a otro la labor de todo el parasitismo colonial

y republicano, se verían las magníficas cifras del uno y el cociente sarcástico del otro.

Y esto es verdad; y de esto no se habla jamás, ni se tiene en cuenta cuando se evalúa las fuerzas de la nación, el carácter nacional. ¡Cómo ha de ser, si éste sólo consta de vicios y para curarles bastan fórmulas, plegarias y métodos bovárycos! Y con estas consideraciones suponemos que se comienza a ver que es posible, a pesar de todo, operar sobre la vida y no sobre papel impreso; que es un poco más útil y más fecundo cerrar los libros y abrir los ojos; que es posible servirse del propio espíritu observador y preferirlo al ajeno; que tratándose del juicio, nada vale lo que el propio, cuando éste brota de un verdadero trabajo sobre las cosas y la vida, y que tratándose de pedagogía nacional, los bovarystas deberían contentarse con lo lucrado ya personalmente, y no pretender orientar el porvenir nacional.

2 de agosto de 1910.

Capítulo XVIII

Entretanto, el Estado existe para el indio sólo en las formas más odiosas y más duras. Son impuestos legales que no se acuerdan con la dignidad personal; es la exigencia de servicios especiales y generales, sin tasa y sin orden; es la imposición de precios inequitativos, cuando el Estado merca con el indio; es el confinamiento absoluto de la raza a cierto género de trabajos que se consideran inferiores, aunque no lo sean, pero que devienen tales, por la fuerza de la opinión; es su exclusión de toda participación en las funciones de la cosa pública, exclusión justificada aparentemente por la notoria impreparación en que se mantiene al indio; es, por fin (y esto es lo más grave y es el mal central), la atmósfera ingrata de odio real y de ficto desprecio en que el colono español y el blanco republicano han envuelto y envuelven a la raza. Y aquí se presenta un punto de altísima fisiología y psicología raciales.

Hay dos fuerzas que la historia ha puesto en América una en frente de otra: el blanco puro y el indio puro. Han chocado las dos sangres, y entonces se ha visto el fenómeno más extraño que registra la historia de las razas. La superioridad del blanco se hizo patente en seguida; pero era una superioridad entendida y convencional. Lo que sobre

todo habilitaba al blanco era una herencia secular de cálculo y de experiencia humana. El blanco sabía más por viejo que por sabio, y prevaleía más por astuto que por fuerte. En tanto el indio poseía, como posee, la fuerza primitiva, material, y estofa de toda cultura posible; y entonces como ahora la ecuación se concreta: el indio, por su parte, poseyendo y conservando la fuerza real y fundial de la historia; el blanco, de su lado, armado y sirviéndose de expedientes históricos y tradicionales que le dan una inmediata superioridad y que lo convierten de invasor en conquistador.

Pero en este punto se manifiesta la crisis. Una raza no puede vivir indefinidamente de medios y de expedientes; se vive de real energía. Y en la lucha por la vida, cuando la propia no basta, la ajena acaba siempre por prevalecer. Este es nuestro caso. El hecho es que, históricamente hablando, el blanco no se basta en nuestro continente. De raza a raza la lucha es demasiado desigual. La energía no está de su lado; la verdadera fuerza creadora de vida no está con él, y entonces la historia le ofrece un dilema sin salida: para continuar evolucionando étnicamente y para continuar guardando algo de su primitiva hegemonía racial —en América— le es fuerza renunciar a su personalidad de raza y aceptar en sus venas la energía extraña, ausente de ellas. Para el blanco, cruzarse o perecer: tal es el dilema. Estas son las revanchas —subterráneas, diríase— de la historia.

El blanco, inconscientemente, desde Pizarro y Balboa hasta nuestros días, se da cuenta de estas condiciones fatales de la vida. Se da cuenta de su momentánea superioridad y de su irremediable declinación futura. A la segunda generación

no siente más en su sangre la grande energía creadora, y al revés siente que ella está intacta en el autóctono oprimido y deprimido. Atiéndase a que hablamos del blanco que pretende establecerse y se establece en el nuevo mundo, y pretende evolucionar como raza y predominar como tal.

Ahora bien; es de este contraste histórico, de esta lucha de sangres que ha nacido el actual estado de cosas en América. ¿Cómo explicar el odio real y el desprecio aparente del blanco por el indio? Es el rencor previo de quien se sabe condenado a claudicar y plegar un día ante el vencido de ayer; y es este sentimiento malsano que se ha traducido en inhumanas leyes coloniales y, lo que es peor, en absurdas costumbres privadas y públicas; y es él que ha creado, tratándose concretamente de Bolivia, este incomprensible estado, de una nación que vive de algo y de alguien y que a la vez pone un empeño sensible en destruir y aniquilar ese algo y eco alguien. Diríase el rencor suicida.

Esta es la significación de nuestro actual Estado y de la presencia de razas autóctonas en nuestras actuales nacionalidades. Por lo demás, estamos tocando los resortes más recónditos de la Filosofía de la Historia, y quizás este no es el lugar, dada la manera sumaria y rápida con que forzosamente debemos tratar estas cuestiones. Además, debíamos indicar siquiera someramente una base sólida sobre que reposen nuestras disquisiciones en materia de educación nacional e indicar también los elementos que sirvan a una de las grandes orientaciones de la ciencia futura: la formación de la conciencia nacional. Esto hacemos hoy.

Entretanto y volviendo al punto de partida —la significación de la instrucción primaria en Bolivia— ¿cuáles son sus relaciones actuales y futuras con el indio, que aparece ahora, según nuestras disquisiciones como un inmenso factor de progreso y de vida bolivianos?

Nuestros pedagogos, creyendo haber alcanzado un progreso inmenso en el campo pedagógico sobre las ideas de hace cincuenta años, pretenden que la panacea universal que cure todos nuestros males es la difusión máxima de la instrucción primaria. Hemos llegado al punto de examinar esta idea, y teniendo siempre en cuenta lo que hemos profesado en nuestros editoriales anteriores procuraremos estudiarla honesta y atentamente.

3 de agosto de 1910

Capítulo XIX

He aquí que en la actualidad de cosas que el Estado debe al indio y que el Estado rehúsa al indio está la instrucción primaria.

Seguramente el Estado deniega al indio otros derechos más importantes y primos, si no *de jure, de facto*; y se puede afirmar que el más elemental *habeas corpus* y *habeas domun* no existe para el indio, a pesar de todas las constituciones y de todas las doctrinas. ¿Qué extraño que la instrucción primaria fiscal no exista absolutamente?

Fue el presidente Montes quien comprendió el primero la necesidad de crear la instrucción primaria del indio (escuelas rurales) y a la vez de comenzar a hacer positivas las garantías constitucionales respecto del mismo (Circular de 22 de diciembre de 1908 y otras). Era preciso poner una valla a todos los excesos del militarismo y del civilismo habituados secularmente a desconocer toda personalidad jurídica y moral en el indio. ¿Cuáles son los progresos que estas iniciativas del gran quinquenio han hecho hasta hoy?. Un concilio de obispos en el siglo XV puso en duda y en discusión la humanidad de los indios americanos; nosotros hacemos mejor: la hemos

consagrado en nuestros códigos, y la hemos cancelado de hecho en nuestras costumbres. Evidentemente es más expeditivo.

Pero volvamos a la instrucción primaria.

¿Se mide la extensión y comprensión de la instrucción primaria del indio? No; todos creen que la cuestión es única, y que ella consiste en instalar escuelas rurales o cantonales gerentadas por maestros más o menos buenos. La cuestión no es una; es un encadenamiento de cuestiones. La instrucción primaria supone antes otra cuestión más trascendente, tal vez porque se refiere a la formación de nuestra nacionalidad misma: la difusión de la lengua española entre los indios, problema de que nadie habla ni encara seriamente. Para aprender a leer y escribir precisa saber antes hablar y comprender la lengua. Pero se dice o se pretende tácitamente que enseñando a leer y escribir se enseña también la lengua española.

Pero entonces, señores orientadores, la cuestión es muy diferente: la cuestión no es solamente de instrucción primaria, sino de enseñanza de lenguas vivas, cosa muy varia y más compleja que la enseñanza de las primeras letras. Ahora bien, ¿creen los que gobiernan la materia que el sólo maestro de escuela, cuyo arte se reduce a hacer deletrear y a hacer dibujar palotes, basta para la compleja labor de enseñar una lengua viva?

La cuestión de difundir la lengua española entre los indios no es punto simplemente pedagógico, si se quieren hacer las cosas seriamente. Es por esto que hemos dicho

que la instrucción primaria supone un encadenamiento de cuestiones, unas más difíciles que otras, y que no han sido ni propuestas por nuestros teorizantes y pedagogos. ¡Claro! La cuestión sólo se había presentado en Bolivia y no en Europa; y como los pedagogos europeos nada dicen de un problema que no han columbrado siquiera, los nuestros tampoco dicen nada de él. Y siguen hablando de alfabetizar al indio, como si todo se redujese a eso.

Ahora bien la cuestión de alfabetismo indígena supone la de hispanización del indio; y ésta, según nuestro entender y nuestras experiencias, sale, debe salir del marco estrictamente pedagógico, y caer de lleno en el terreno de las costumbres.

La sola manera eficaz de difundir la lengua española entre los indios, es acercarlos de una manera constante y consciente, al elemento, no diremos español, pero que habla y posee normalmente la lengua. Sólo este contacto y este constante comercio puede asegurar una gradual y segura difusión de la lengua.

Imaginaos el humilde maestro de escuela en medio de cien niños aymaras en las actuales condiciones del indio. O el maestro profesa en español, y nadie le entiende; o profesa en aymara, en el cual caso no hay enseñanza de primeras letras castellanas. ¿En qué quedamos? En que el maestro de escuela tiene que dejar de ser tal para convertirse antes de toda enseñanza primaria, en Ollendorff o Berlitz, tarea que está muy por encima de la humilde y relativamente fácil de maestro de primeras letras.

Trasmutando las cuestiones de previa en previa queda lo siguiente: La cuestión de instrucción primaria en Bolivia es una social y ética; y es un problema que estudiado a fondo cambia de lugar y de dirección. Según nosotros se trata nada menos que de la reeducación de aquella parte de la nación que tiene en sus manos la dirección de toda cosa pública, ya sea en el orden estatal, ya sea en el sentido social. Se trata de reeducar a todos los que por la ley, por la sangre, por la educación, por las costumbres y a veces por la sola casualidad, están por encima del indio autóctono. Se trata de destruir un prejuicio secular que ha abierto un abismo entre todo lo que es indio y lo que no lo es.

Se trata de modificar una manera de concebir absurda, según nosotros, en aquella parte de la nación que se dice y es en realidad más inteligente y más cultivada. Se trata de destruir la barrera insensata e injustificada que divorcio a la nación de sí misma, que la divide y la subdivide, y al hacerlo destruye la unidad de fuerzas nacionales indispensable para la grande lucha por la vida. Se trata de crear nuevos criterios sociales y éticos para rehacer una nación que no es tal, y crear una escala de nuevos valores, como diría Nietzsche, más humanos, más razonables, más comprensivos y digámoslo sin escrúpulo— más sabiamente egoístas, bajo el punto de vista de la nacionalidad.

Y este trabajo, grande si lo hubo, y que significa la reeducación nacional, la refección de la historia y la comprensión superior y verdadera de las leyes de existencia, no está llamado a hacerse en ese terreno humilde e irresponsable que es el indio, sino en todo lo que no lo es,

en aquella parte que en Bolivia se llama dirección, cultura, educación, gobierno, etc.

Y esta es otra de las grandes orientaciones de la educación y pedagogía nacionales; y es en este sentido que, sin haber sido jamás pedagogos profesionales, nos hemos sin embargo instituido en profesores de energía.

4 de agosto de 1910.

Capítulo XX

El paralelo es flagrante y altamente sugestivo. A primera vista y para un observador superficial, sería la condenación plenaria de la instrucción primaria en nuestros países.

Nótese que a lo largo de todo nuestro estudio, instrucción primaria es concretamente sinónimo de destrucción del analfabetismo nacional “Su acción es enseñar a leer, escribir y contar. Nadie ignora que la instrucción primaria en Europa como alcance y resultado, es muy superior a nuestras instrucciones primaria y secundaria juntas. Pasemos.

Para el cholo boliviano y en las actuales condiciones estadísticas de la instrucción, hay una secreta virtud que se desprende del hecho simple de leer y escribir. Entre el cholo letrado y el analfabeto, hay una distancia psíquica inmensa. La letradura parece producir en él y de inmediato, una aguda intensificación de la personalidad. Y la razón es que el alfabetismo es el primer grado y el primer resorte de la propia reflexión y de la conciencia intelectual. El cholo que se alfabetiza comprende instintivamente que va poniéndose en estado de servirse de una fuerza dormida en sí mismo cuyo desarrollo importa toda la historia humana.

El alfabetismo es la primera piedra de una pirámide cuya cima son los más altos nombres de la humanidad.

En este punto se produce una evolución psíquica que no hesitamos en llamar malsana. La naturaleza primitiva del cholo despertada a los primeros ejercicios de la propia razón y de la propia reflexión, torna en seguida un sesgo jactancioso y adquiere luego un pliegue de presunción. Lo primero que siente es una superioridad (que de hecho existe) sobre la grande masa analfabeta de la nación. Un falso miraje interior le hace dar a la letradura una importancia muy mayor de la que realmente tiene. Establece de hecho una distancia y una diferencia entre sí y el indio, que en verdad no son tantas ni tan grandes, y que si existen tal vez existen desventajosamente para el cholo.

Por otro lado el psicólogo se pregunta ¿qué nuevas aptitudes y capacidades que sirvan la vida ha despertado la letradura en el cholo? ¿Se sirve de la lectura para cultivar su yo interior? ¿Se sirve de la escritura para cultivar sus sentimientos y necesidades de sociabilidad? ¿Hay verdaderamente un provecho positivo para él, para la comunidad? No; la letradura es como un arma puesta por el Estado en manos de un niño avieso. En síntesis, todo lo que se ha conseguido es un elector, es decir un tardígrado, sino un estacionario, de escaso valor si se trata de formación de la riqueza privada o pública, de la conservación y mejoramiento de la moral individual o social. La letradura en estas condiciones no sirve más que para votar. Verdad es que en este punto el absurdo viene de la ley que basa los derechos absolutos de la ciudadanía sobre la simple letradura. El cholo se da cuenta en seguida de que es una fuerza pública, puesto que

los demagogos se lo prueban periódicamente; y esta condición no hace más que empeorar el mal.

Por otra parte, el indio, como no sabe leer ni escribir, no presume nada, no tiene ciudadanía de qué envanecerse, ni posee el signo civilizador que clasifica dignificando. Ve el arma en manos ajenas, y la considera tan lejana de las suyas, que ni siquiera la desea, habiendo como hay entre ella y él, el abismo de la lengua. Su naturaleza está intacta de la influencia de la letradura, que como hemos visto despierta de suyo el primer estadio de la conciencia intelectual.

Esa fuerza volitivomental que es la conciencia de la personalidad, duerme en el indio intocada e insospechada por él. La letradura no lo ha hecho aún más fuerte; pero tampoco lo ha hecho aún más vicioso. Conserva sus virtudes ingenuas y limitadas, y lo único que siente es la gradual opresión de las clases superiores que gravita sobre él y sus cosas. El indio vive en un exilio ideal. Trata con todos, pasa por las ciudades, se codea con las leyes que lo lastiman siempre, con los hombres, que lo explotan siempre; pero en el fondo, a pesar de esa comunicación aparente, queda su yo interior eternamente incomunicado. Se ríe hoy de las imposibles excomuniones católicas, por absurdamente crueles; en Bolivia esa excomunión existe para toda una raza.

¿Y la instrucción primaria?

Cuando el indio la adquiere, es el primer paso que da hacia la comunidad nacional. Pero aquí viene lo crítico del caso. Por una ley imitativa, el indio letrándose, pierde

gran parte de sus virtudes fundiales en cambio de las ventajas personales y sociales que adquiere. Ya hemos visto rápidamente lo que la escuela hace del cholo, y de qué manera modifica su naturaleza interior. El indio que ha pasado por la escuela, ha sufrido la misma disciplina.

La primera manifestación es la pérdida de las virtudes características de la raza: la sobriedad, la paciencia, el trabajo. (Nota: tenemos que consagrar capítulo especial sobre alcoholismo indígena, para responder a todos los difamadores de la raza). El indio ve cuánto aventaje la letradura, y por contagio natural, ley de imitación —y sobre todo en razón de la ínfima y paupérrima condición de donde sale—, luego acepte el nuevo régimen; y luego se hace del ser infinitamente grave y respetable que era a los ojos del sabio, el jimio vicioso, ambicioso e insustancial que es el elector boliviano en su gran mayoría.

¿Queréis que os diga, señores bolivianos, una asombrosa verdad insospechada e infinitamente fecunda en consecuencias para nuestra educación nacional?

El indio se desmoraliza y se corrompe al aproximarse a vosotros, a vuestra civilización, a vuestras costumbres, a vuestros prejuicios; y de honesto labrador o minero, pretende ser ya empleado público, es decir, parásito nacional. Y su nuevo ideal es ser ministro, coronel u obispo; y como no todos pueden serlo, nace allí el hormiguero de sentimientos envenenados, la envidia insomne y la ambición insatisfecha.

Pero entonces, ¿qué es lo que se debe enseñar?

5 de agosto de 1910.

Capítulo XXI

Y antes de precisar definitivamente la gran cuestión, debemos rectificar la absurda incompreensión que ha acogido nuestras ideas, de parte del bovarysismo pedagógico, que ha hecho de la educación nacional su hacienda y su usura.

Nuestra labor es doble. Lo hemos dicho ya: tenemos que destruir antes de edificar. Tenemos que expulsar de la inteligencia y de la acción boliviana toda ciencia falsa e interesada, todo parasitismo astuto e infecundo.

Hemos pedido, como pedimos y deseamos, la introducción de profesores extranjeros, para toda asignatura y para toda instrucción, y en la medida de las actuales fuerzas y posibles del estado.

Los pedantes han introducido esta idea como nuestra suprema y última orientación pedagógica.

Como respuesta a esta ridícula interpretación hemos preferido obrar y mostrar lo que creíamos y creemos oriente y dirección.

Pero hoy necesitamos explicar nuestra idea de profesores extranjeros. Vamos rápidamente.

El Estado paga una suma determinada, y creemos que considerable, a profesores nacionales, para enseñar todo género de ciencias y doctrinas en las universidades y liceos de la república. ¡Invitamos a quien quiera hacer la experiencia, a asistir en seguida a cualquier punto liceal o universitario de la república y ver cómo se enseñan las ciencias naturaleza las matemáticas, las lenguas vivas y muertas y todo género de humanidades!, ¿Sabéis quiénes enseñan la química o los tres Cálculos, la botánica o la trigonometría? ¡Son bachilleres y bolivianos discípulos de bolíviano graduados ayer y profesores hoy, caros aun para pasar por buenos escolares primarios en Suiza o Alemania! ¡Lo cómico es que a veces estos profesores tienen a su cargo tres o cuatro asignaturas cada una de las cuales demanda en Europa al profesor que la enseña, para una sola de sus subdivisiones años de preparación y de práctica! ¡De tal manera la ciencia se ha extendido y desenvuelto!

Y uno se pregunta al frente de la conciencia nacional: ¿Hay gente capaz de cobrar un estipendio para eso y que es peor, hay estado capaz de pagarlo?

Pensad ahora en profesores extranjeros.

Nada se diga de la enseñanza universitaria nada de las grandes disciplinas de la inteligencia. ¿Será lícito saber Cuántos profesores de derecho en toda la república han leído el texto íntegro y original de una sola ley romana? Pero se enseña derecho ¿Será lícito sabe cuántos profesores de filosofía en toda la república han leído un solo filósofo de veras antiguo o moderno en sus mismos textos, y han dejado de contentarse con los extractos imbéciles de editores

franceses o españoles? Pero se enseña filosofía, filosofía del derecho y de todo....

¿Desearíais revistar un poco nuestras clínicas médicas y sus correspondientes cátedras? Si habéis pasado alguna vez por La Charité, por St. Thomas u otro gran hospital sabéis sin duda, cómo se llama una Clínica. Id ahora en Bolivia a escuchar una lección y a ver una mesa operatoria ¡Visitad la biblioteca del mejor profesor médico y ved cómo y dónde bebe su Ciencia!

Y luego atreveos a pensar en profesores extranjeros.....

¡Se ha dado en la república el caso de un nuevo instituto científico regentado y organizado por titulares europeos, y que ha caído en el odio sistemático de un diario logrero, porque no se sabe qué barberos y barchilones dueños del diario, pretendían las cátedras de ciencias naturales concedidas hoy por el gobierno a profesores debidamente doctorados y titulados en universidades europeas!

Volviendo al caso, hemos pensado que el dinero que anualmente se despilfarra pagando profesores que no lo son, se emplearía con mayor resultado pagándolo a profesores de veras, que por poco que conozcan el carácter y el alma nacionales (base de toda pedagogía definitiva); por dispares que sean sus métodos europeos, por ajenos que sean educativa y tradicionalmente a nuestro país, siempre enseñarían un poco más y un poco mejor que todo el bovaryismo liceal y universitario que fatiga a la nación en este momento.

¿Razones?

1° La moralidad pedagógica es diez veces superior a la nuestra en cualquier universidad europea; y el profesor diplomado allá, por escasa que sea su ciencia, la tiene siempre, y la enseña siempre con toda honestidad

2° La incapacidad profesoral del boliviano está fuera de toda discusión y de toda duda. ¿Habría alguien que nos contradiga? ¡Pruebas! Las nuestras se reducen a mostrarnos la nación que en ochenta y cinco años de república ha formado y modelado el profesorado exclusivamente boliviano.

3° ¿Puede el Estado, consciente ya de estas cosas, continuar pagando una ciencia que no existe ni ha existido jamás, y continuar mintiéndose a sí mismo y mintiendo a la nación, pobre ya, paupérrima e ingenua cuanto cabe?

Con todo, los que han creído (ingenuos bovarystas) que toda nuestra orientación pedagógica consiste en traer profesores extranjeros, se engañan demasiado. Sería hacer como ellos. Sería confiar en medios extraños y no en nosotros mismos. Sería buscar expedientes objetivos y exóticos, nunca del todo seguros, y no ir a la fuente eterna: la propia energía, la energía nacional.

El profesorado extranjero no significa para nosotros más que: 1° una manera más inteligente de gastar el dinero; 2° una manera más honrada de parte del Estado, de gastarlo, puesto que al fin se gasta siempre.

Otra cosa es que la impreparación de los que gobiernan la materia, provoquen fiascos y desilusiones en este punto. No

basta ser ministro y pedir profesores. Hay que saber cómo se pide. En el caso concreto, en esto consiste, y no en otra cosa, el arte de gobernar. Y éste es otro punto en que de nuevo hemos tropezado con la eterna incomprensión pedantesca.

Mañana nos ocuparemos de él, ya que, fatalmente y de suyo, entraña un concepto trascendental en la materia.

9 de agosto de 1910.

Capítulo XXII

Otro punto de incomprensión de parte del bovarysismo pedagógico en las ideas que hemos removido, es la acción del Estado en la instrucción pública.

No hemos querido responder antes de exponer parte de nuestras ideas sobre la materia, en general, como ya hemos hecho. Hoy explicamos nuestras supuestas contradicciones.

Decíamos dentro de una incomprensión que esperamos es definitiva en la materia: . . . el resorte de la ciencia nacional está en el esfuerzo privado. Nada esperemos de la ciencia oficial, que en ninguna parte ha existido seriamente, por lo demás el Estado lo más que puede es “organizar” la iniciativa privada, pero cuando ésta existe ya; y de ninguna manera podrá bastarse para provocar o desarrollar la ciencia, como se basta en su tarea de gobernar...

Se ha pretendido descubrir una contradicción entre esto y lo que hemos dicho después.

¿Qué significa el estado tratándose de instrucción pública? ¿Es material científico? ¿Es trabajo, creación científica? ¿Es ciencia concreta en cualquier forma? No, en ningún tiempo, en ningún país. El Estado no es otra cosa

que organización, coordinación, régimen; la voluntad hecha ley, pero nunca hecha ciencia. Este es el error de nuestros bovarystas: cuando el Estado se ocupa de instrucción, se imaginan que se ocupa de ciencia, como si esto fuera seriamente posible o lo hubiese sido nunca. Una vez en Francia el Estado pretendió hacer, tener una ciencia oficial (ministerio Cousin, 1840), e instituyó una filosofía oficial que fue la irrisión de Europa. ¡Cómo saber!

¿Qué Estado ha hecho jamás un Kelvin o un Pasteur? El sabio de todos tiempos se ha hecho siempre a sí mismo. Todo gran hombre es autodidacto.

En cuanto a la ciencia enseñable y aprendible, es siempre igual: es el esfuerzo individual el único que cuenta seriamente. ¿Qué es una educación científica? Es una edificación interior, un trabajo que hace uno mismo sobre sí mismo. Les materiales pueden venir de fuera; pero el trabajo jamás.

Otra explicación en este punto. Hemos deseado profesores extranjeros, y no como un remedio definitivo. Sobre este punto nos hemos explicado una vez por todas ayer. Pero fuera de esto hemos pedido también, y esto ya como un gran paso hacia las soluciones definitivas, una eminencia extranjera, no ya para que enseñe esta ciencia o la otra, sino para que venga a fundar el estudio del alma nacional, del carácter nacional, base, según nosotros, de toda evolución pedagógica. Para esto no se necesita ser pedagogo especialmente; se necesita ser un gran psicólogo, un gran experimentador, un conocedor de hombres y de cosas, de ciencias más bien universales que concretas,

y a cuyo servicio se pondrían los gabinetes especiales, antropológicos, estadísticos, pedagógicos, etc. De oírnos hablar del estudio del alma del niño boliviano, cierto pedagogo ha imaginado la fabricación de formularios que se distribuirían a los maestros de escuela, para que éstos recojan en aquellos sus observaciones. Preguntamos: ¿y a quién servirán esos materiales de psicología estadística de los formularios escolares ya llenos? ¿A quién se remitirían? ¿Tal vez al ministerio de instrucción, donde entre pendolistas y ministro se ocuparían de —con esos materiales— fundar la psicología nacional? ¡Qué comedia!

Para esto pedimos la eminencia europea, que sin profesar nada, acabe un día sin embargo por enseñarnos a enseñar. Así sabremos cómo acciona y reacciona el alma de nuestro niño cochabambino, pacheño u otro; sabremos qué género de resortes mueven la inteligencia y la voluntad de éste o aquél; si aquí conviene hacer predominar los juegos físicos o hay más bien necesidad de satisfacer tendencias estáticas y artísticas; o precisa fomentar el desarrollo de una naturaleza altamente moral o claramente científica; sabríamos si en esta región o la otra es una facultad que prevalece o una distinta; si aquí el niño es más inteligente que recatado, y allá más voluntarioso que comprensivo; si hay deficiencias naturales que llenar, y ventajas naturales que explotar, etc., etc.

Echad una mirada alrededor de Bolivia en este momento. ¿Quién sería capaz de hacer este trabajo?...Entre mil pedantes ni un Pestalozzi. Y si no le hay precisa buscarle fuera.

Volviendo al gobierno en esta materia: su primera y última obligación: ¡gobernar! Verdad es que ello significa la tarea por excelencia, y que para ello, si son muchos los amados, pocos son los escogidos, es decir los gobernantes de veras. Y es en este sentido que la cuestión de gobierno es tan trascendente en materia de instrucción.

¡El mejor cuerpo de profesores y alumnos, baje una mala cabeza desorganizada y desorganizadora, es la partida perdida! ¡Cuánto más si no hay profesores ni alumnos que valgan gran cosa, y que justamente hay que crearlos, como quien dice, de nada!

Y con estas explicaciones que dan un concepto claro y definido de todo nuestro mundo pedagógico, declararnos que no volveremos más sobre supuestas contradicciones, que, en realidad, no son tales nuestras sino incomprensiones ajenas, voluntarias o involuntarias. Y repetimos aquí lo que dijimos en otra parte, tratándose de nuestra obra: ¿Es buena o mala? No queremos saberlo. Tomar o dejar es el dilema, y lo demás...rosserie!

10 de agosto de 1910.

Capítulo XXIII

Hemos visto ya el valor relativo y en veces negativo de la instrucción primaria. Hemos visto cómo nuestro indio puede existir analfabeto del todo, y mantenerse, sin embargo, como el soporte más sólido de la estabilidad nacional y el factor más líquido de nuestra economía permanente. Hemos visto aún cómo a instrucción primaria puede en casos contribuir indirectamente a menoscabar ciertas calidades de carácter y de valor moral en el indio, y hacerle perder costumbres y concepciones que son garantía de la vida y resorte de bienestar.

Paralelamente hemos visto la instrucción primaria contribuyendo indirectamente a mantener en el cholo vicios de carácter social y político, sin habilitarle por otro lado y de manera concreta, a aprovecharse de las ventajas que comporta una letradura sagaz y oportuna.

¿Qué vale, pues, la instrucción primaria?

Cierto, como la concebimos y enseñamos hoy; como tendremos que enseñarla aún mucho tiempo, vale nada o poco menos.

En este punto es preciso que prevengamos las desilusiones futuras de todos los que dirigen el esfuerzo nacional en el terreno de instrucción.

La instrucción primaria, podemos decir, es un simple medio, un nuevo utensilio de existencia, un nuevo instrumento que se pone en manos del obrero humano. Pero aquí viene el punto crítico y de gran trascendencia en la orientación de nuestra pedagogía. Estamos creyendo en este momento que la solución del problema educativo consiste en poner en manos del mayor número de bolivianos ese instrumento, y estamos dando a la instrucción primaria una importancia excesiva y absoluta, que seguramente no tiene.

Siguiendo esta falsa orientación y descuidando ya muy razonablemente toda instrucción superior, llevamos nuestro empeño total a la sola difusión de las primeras letras, máxima e incondicional. De oír a nuestros pedagogos, el nudo del mal reside en el analfabetismo nacional: hay que destruirlo, y todo queda resuelto.

Este es un error. Para toda obra, educativa u otra, el instrumento es siempre secundario; lo primario es el obrero. Seguramente hay que preparar el instrumento y procurar ponerlo en manos de quien de él se sirva: seguramente debemos difundir las primeras letras; pero ésta no es la tarea fundamental de la pedagogía boliviana.

Cabe señalar aquí un espejismo de que han sido víctimas y son algunos de nuestros pedagogos que sólo saben de Europa y no de nosotros mismos. En Europa, o en gran parte de ella, la cuestión de instrucción, sobre todo primaria, es

una definitiva y última. ¡Las grandes naciones han visto durante muchos años y ven aún que todo está —tratándose del caso— en difundir máximamente la instrucción primaria en sus grandes masas populativas, y basta! Lo demás viene por sí. Pero es que en esas naciones existe un fondo étnico suficientemente preparado para recibir la semilla y fructificarla. Podemos decir extendiendo nuestra comparación: en Europa el obrero está listo ya para recibir en sus manos el instrumento de que se sirva y aproveche después. ¿Y sabéis en qué consiste esa preparación previa del europeo? Es en la existencia previa ya de un estado concienical, tácito pero cierto, en el individuo como en la nación, una organización de la mente y de la voluntad, que es a la vez herencia y tradición, y que pone al hombre en estado de considerar la instrucción primaria u otra, como un algo secundario objetivo y útil que se puede y se debe poner al servicio de los grandes facultades humanas. En estas condiciones la máxima difusión de la instrucción primaria no ha podido menos que dar óptimos resultados en Europa. En Bolivia no. Lo que nuestros pedagogos han visto ser medio y remedio final en Europa, no lo es más en nuestro país. Es insuficiente es incompleto y si se insiste exclusivamente en él, puede ser nocivo: ahí está el lado político del cholo.

Estamos tocando la finísima línea demarcadora de los dos grandes problemas: educativo e instructivo. Es en esto sentido que hemos dicho muy al principio de nuestra labor, que uno es subyacente do otro, como es subyacente toda cimentación a todo edificio. Este ha sido otro punto de incomprensión de nuestros pedagogos. Pasemos.

Dentro de esta interpretación de lo que significa la instrucción primaria en Europa y entre nosotros, necesitamos precisar ahora la cuestión misma; porque concluyendo sobre este capítulo que es como el punto central y sensible de toda la pedagogía boliviana, hemos llegado a que:

1° La instrucción primaria, como la concebimos y enseñamos ahora y la enseñaremos aún por mucho tiempo, no basta para solver el problema educativo en Bolivia.

2° La instrucción primaria y su máxima difusión en Bolivia, es incontestablemente necesaria, y no están del todo errados los que creen que, en esta materia, la principal atención del gobierno y de la nación debe dirigirse sobre ella.

3° En la aparente contradicción que nace de esta manera de concebir la instrucción primaria es preciso concretar una comprensión definitiva que sea verdaderamente oriente y dirección; en una palabra, decir la que se debe enseñar.

11 de agosto de 1910.

Capítulo XXIV

Lo que hay que profesar en las escuelas bolivianas es la energía nacional.

Es verdad que hemos aceptado que, en principio, cuando ella no existe, la energía no se enseña, ni se aprende, no se imita ni se improvisa. Pero si por profesión y enseñanza de energía se entiende: 1º la aceptación de la existencia de esa energía, a priori, en la raza, energía latente y dormida; 2º que la escuela es uno de los mejores medios para despertarla y sacarla a luz, educándola; entonces podemos decir, usando de un tropo comprensivo y justo: profesemos en nuestras escuelas la energía nacional, e instituyamos en doctrina la fuerza de la raza y la plenaria manifestación del carácter nacional.

Hay que enseñar el orgullo personal y señorial, que más tarde se traducirá en orgullo nacional hay que enseñar el dominio de sí mismo, e instituir el culto de la fuerza en todas sus formas; hay que enseñar el gusto de vencerse el desprecio de los peligros, el desdén de la muerte, y de todo lucro de vida que sea enervador de la misma; hay que enseñar el amor de la acción en todas sus formas, y combatir la pereza de la raza, secular y tradicional. Este es uno de

los lados más vulnerables de nuestra naturaleza. Sufrirnos de una ataraxia crónica y endémica, individual y colectiva, física e intelectual, y de la que nacen infinitos males en todo orden. Necesitamos crear el culto de la acción innúmera, incondicional, ilimitada. Es la grande acción organizada la que ha hecho las Romas y las Britanias. Hay que enseñar que es vano esperar cosa alguna de otro que de nosotros mismos, y que sernos nuestra propia fuente y debemos ser nuestra propia brújula. Hay que enseñar a reaccionar de la histórica depresión en que vivimos. La raza está deprimida, encobardecida y estupefacta. Nuestras faltas y las ajenas han envenenado nuestra historia. A esto se añade las prédicas imbéciles de los impotentes que vienen a hablarnos de no se sabe qué viejo moralismo enervador y deprimente, de ideal de la humanidad, de compunción de modestia, y de justicia eterna, de altruismo nacional, y otros embelecos, todas idealidades huecas, destructoras de la energía, adormecedoras de la verdad y de la necesidad de la vida. Hay que enseñar que no hay más que una doctrina la máxima expansión de la vida, como individuo o como nación; hay que enseñar que no hay interés que esté por encima de la vida; que hay que sacrificar la misma vida en pro de un interés superior y más trascendente de la vida. Es así como el soldado muere voluntariamente por la patria que entraña un interés más vasto y trascendente. Hay que enseñar que sobre el mundo las cosas más graves y más fútiles, todo existe nada más que para servir la causa de la vida, y que las filosofías las religiones el arte, la ciencia y todo, son nada más que sus obreros y sus servidores. Hay que enseñar la audacia sabia y la osadía inteligente, que son

como una fecunda irreverencia de todo. Las cosas quieren ser dominadas y la naturaleza quiere ser vencida. Allí están nuestros bosques vírgenes y nuestras montañas intactas invitándonos a la gran batalla del hombre y de las cosas, y de la que tantas naciones han salido ya victoriosas. Hay que osar, hay que perseverar, y el atrevimiento es cosa que hay que comenzar a enseñar en las escuelas.

Hay que enseñar a decir y a decirse la verdad. El último mal no es el mal mismo, cuando existe: es conocerlo y ocultarlo, es verlo y callarlo. Hay que hacerlo respirar al grande como al pequeño, al fuerte como al débil, al pobre como al rico, y su acción no puede menos que ser depurativa y fecundante. Fijaos bien: es otro mal que viene del encobardecimiento nacional: no se gusta de la verdad; se prefiere bogar en una corriente de mentiras convencionales en la que nadan admirablemente bien todas las medianías interesadas o las inepticias astutas. Lo hemos dicho ya: vivimos de mentira y todo miente en Bolivia.

Ahora bien: de enseñar todo esto no se ha hablado aún en Europa; al menos dentro de un cuadro estrictamente escolar; pero nosotros osamos hablar en Bolivia; y aunque es posible que la grande incomprensión que nos rodea quiera no ver los alcances de una pedagogía así, nosotros pretendemos fundarla suficientemente para hacerla un día viable. Es en este sentido que nos hemos instituido en profesores de energía nacional; es en este sentido que, contrariamente a todos nuestros pedagogos del día, concedemos una mínima importancia al dinero, y preferimos confiar ante todo y sobre todo en las fuerzas vivas de la nación; es en este sentido

que, si consideramos el profesorado extranjero como un bien inmediato, no lo consideramos nunca como un bien definitivo y radical; y es en este sentido, trascendental, si jamás lo fuera, que hemos hablado de crear, fundar y orientar la pedagogía nacional, que considerada así, importa nada menos que una refección nacional.

Llegada la obra a este punto, necesitamos aproximarnos más a la cuestión, y ya que hemos visto lo que se debe enseñar, tiempo es de que veamos cómo se debe enseñar.

12 de agosto de 1910.

Cómo se debe enseñar

Capítulo XXV

En este nuevo capítulo en que se deben examinar los procedimientos y maneras de la enseñanza que hemos indicado, siguiendo la grande dirección ya señalada, volvemos a encontrar la cuestión de la raza, como base de estudio, y volvemos a encontrar la necesidad de tomar por punto de partida al niño mismo, que hemos considerado y consideramos el verdadero y primer terreno de estudio y de todo trabajo pedagógico.

Nuestras ideas indicadas a grandes líneas sobre las actuales condiciones sociales y políticas, sobre los principales caracteres psicológicos de nuestros grandes factores populativos, tienen necesidad de precisarse y concretarse, de manera de hacer brotar de su estudio las condiciones precisas y concretas también de la futura pedagogía, y de modo que ésta no sea más que la resultante de la naturaleza íntima de la raza por educar.

Y aquí volvemos a tropezar con la más completa ignorancia de los directores de nuestra pedagogía nacional, y con sus prejuicios y lugares comunes eternamente infecundos y destituidos de toda base experimental. Son varios los errores: sobre los métodos por aplicarse, sobre los procedimientos

pedagógicos, todo consiste para ellos en plagiar lo europeo sin mayor consideración. Porque en Europa se hace esto o aquello, no hay más que hacerlo también en Bolivia. ¡Qué plaga libresca y qué infecundidad mental! Si, por ejemplo, en Europa no se hubiese imaginado batallones escolares, ¿lo habrían soñado siquiera nuestros pedagogos?

Es una cosa infinitamente desconsoladora buscar en el farrago de toda nuestra literatura pedagógica una sola idea verdaderamente fecunda para la enseñanza boliviana, una sola idea nacida de la propia observación sobre el terreno mismo que se ha de cultivar, una sola experiencia que sea verificación de una ley racial, social, política o cualquiera, y que sirva de base y punto de partida para nuevas experiencias, nuevas investigaciones, nuevas inducciones; y no encontrar sino plagio europeo, calco europeo, caricatura europea. De aquí viene que cuando se pide el resultado de las comisiones pedagógicas y otras simulaciones de trabajo, lo primero y único que se nos responde es una petición de dinero. Dinero para realizar todas las fantasías pedagógicas que hemos encontrado en libros europeos; dinero para comprar todo el aparato pedagógico europeo que entregaremos naturalmente a manos bolivianas, las cuales sabemos ya lo que pueden y saben hacer; dinero para pagar a los pedagogos de ayer, que por el solo hecho de cambiar la fachada literaria de la pedagogía nacional, por el solo hecho de introducir en los reglamentos y leyes de la materia las fórmulas librescas, la tecnología y las novedades pedagógicas europeas, habrán de hacerse más sabios, más metódicos, más observadores y más laboriosos. Es una manera muy llana, sin duda alguna, de resolver toda dificultad, pedir dinero es una pedagogía de

mendigos viciosos, que en vez de buscar el trabajo fecundo y eficiente, prefiere extender la mano. Y el contribuyente se pregunta: ¿Si yo pudiese a mi vez un poco de trabajo verdadero y no simulado, un poco de esfuerzo real, en cambio de esta eterna demanda de dinero?

Hay que destruir de raíz el prejuicio del dinero; hay que mostrar su valor limitado y relativo. Es el dinero que ha matado a Cartago en la antigüedad y a España en la modernidad. Seguramente el dinero es cosa útil y buena para quien sabe: 1º producirlo; 2º servirse de él. Seguramente la pedagogía nacional necesita dinero; pero más necesita de la propia energía, del propio trabajo del esfuerzo personal y colectivo, de la propia confianza y de la propia suficiencia. Esta es la verdadera riqueza definitiva y eficiente.

Y con esto, entremos un tanto en la cuestión.

13 de agosto de 1910.

Capítulo XXVI

Hoy debemos preguntarnos a quién debemos enseñar y cómo debemos enseñar.

La cuestión es de las más importantes, y no ha sido aún propuesta no diremos ya en Bolivia, pero en ninguna de nuestras naciones sudamericanas. La cuestión atañe a nuestra nacionalidad misma, y es la más personal, la más humana y la más fecunda en consecuencias, tratándose de la educación nacional. Es uno de los estadios de lo que hemos llamado la propia conciencia nacional.

Además, la cuestión no es aislada. Despierta y comporta consigo una gran diversidad de problemas a cual más graves y de difícil solución para la ciencia y la historia. Así, la ciencia superficial, escasa de observación pobre de espíritu inductor, bordeando ciertos puntos de la compleja cuestión, que en el fondo es una, ha llegado a conclusiones prematuras e injustificadas, respecto a la formación y leyes de nuestra nacionalidad, bajo el punto de vista estrictamente étnico. Se han visto vivir contemporáneamente grupos raciales que no constituían unidad, ni la constituyen aún, si sólo se atiende a los superficiales caracteres físicos. Se ha visto coexistir al indio, al mestizo y al blanco, y de su aparente variedad

física se ha deducido definitivamente la imposibilidad de una unidad racial en el presente ni en el futuro, y, por consiguiente la imposibilidad de un carácter que podríamos llamar nacional.

Este error viene, como hemos dicho, de una absoluta falta de espíritu observador; de la secuestación de la inteligencia dentro de la esfera libresca y extranjera, tan estéril siempre, si se trata de la creación de una noción nueva en cualquier terreno científico; del descuido y olvido con que se ha pasado siempre al lado del objeto y materiales vivos de toda ciencia, en el caso concreto, al lado de lo que se llama nuestras razas; del vagabundeo a que nuestra inteligencia se ha entregado siempre en otras almas, otras geografías, otras historias, mientras descuidábamos las nuestras, y olvidábamos volvernos a ellas con toda la sed de saber y de descubrir. En verdad se nos dirá: los más grandes pueblos han hecho como nosotros; han comenzado ignorándose, inconscientes del instante que vivían, sin ponderarse a sí propios, sin penetrarse y sin reflejarse en sí mismos; pero después, por natural evolución, han pasado a un estado superior de mayor personalidad, de más clara conciencia, de mejor posesión de sí mismos, lo que diríamos hoy, de más positiva conciencia nacional. El tiempo puede muchas cosas y el hombre sabio se confía a él. Así es la verdad, así lo hemos dejado comprender en los muy primeros editoriales de este grave estudio. Hemos dicho que no había por qué avergonzarnos de nuestro actual estado, y que nación incipientísima como somos, nuestro primer empeño debe ser conocerlo sin injusta afrenta, para según ello esforzarnos con noble anhelo. Pero desdichadamente no hemos podido

prescindir ni prescindiremos de una fecunda cólera; pues tales son las pasiones y los intereses de los hombres, que es sabido de antes ya, que ni la misma ciencia, tal vez ella menos que nada, puede desenvolver sus fuerzas y su acción en paz y libertad, sin encontrar hombres o grupos que se sientan amenazados en el goce de no se sabe qué lucros intelectuales y materiales. Los hay que creen que la ciencia es su exclusivo patrimonio, y se sienten de que alguien se permita opinar de modo vario y libre; los hay más ruines, aunque al combatir el pensamiento nuevo sólo piensan en su condición de científicos, de a que usufructúan como de una hacienda, y por salvarla ahogarían cualquier otro esfuerzo, por noble que fuese; los hay aún más necios, quienes por fatuidad contradicen todo cuanto no entienden, para después, si a entender llegan, caer en el contrario exceso, y hacerse fanáticos sectarios del pensamiento antes combatido; los hay, en fin, envidiosos, y son los peores, los más infecundos y los más nocivos, en quienes la sola protervia es principio y razón de todo empeño. Por esto la voluntaria cólera que ha colaborado en nuestras públicas meditaciones. Y en este sentido, ella es fecunda, útil y fuerte, y puede considerársela, aunque inferior, como un complementario elemento de las grandes construcciones ideales. Es la *juvenalica indignatio*. No basta decir la verdad, hay que defenderla y cuando son la indiferencia y la ineptitud sus verdaderas enemigas, hay que clavarla a martillazos en las cabezas rebeldes.

Y otro vicio nuestro que hay que señalar a tiempo es la festinación y la impaciencia en todo y para todo. También en este trabajo hemos sufrido de él. Se ha imaginado que estos graves pensares podían desenvolverse en dos o cuatro

editoriales, y que podían tratarse como se han tratado siempre las más graves cuestiones en Bolivia, de paso, superficialmente, y haciendo chacota denigrante o elegante de las cosas y de los hombres. De aquí las interpretaciones absurdas y las conclusiones prematuras y ridículas. Idos con calma y sosiego; las mejores cosas tienen por padre al tiempo y por madre a la sabiduría. La impaciencia lo pierde todo; y fijaos cómo la ceguera y la precipitación han enloquecido y maculado toda nuestra historia de bolivianos.

Preguntémonos ahora quiénes aprenden y en qué condiciones aprenden; si es preciso conservar esta dirección con éstos, o adoptar otra con aquellos; en fin, si los que enseñan deben quedarse como están o precisan de nuevos elementos, y en este caso, cuáles y cuántos.

17 de agosto de 1910.

Capítulo XXVII

En el presente pedagógico de Bolivia, el niño mestizo es primero cuyo estudio se nos ofrece no sólo porque numéricamente es en el momento el principal factor de nuestras escuelas, sino que por ese hecho mismo, se supone que es el que más experiencias y datos ha suministrado en el cerrado terreno de la escuela.

Hay, además, otras consideraciones que ponen al niño mestizo en primera línea en el campo de nuestras investigaciones, y son las de raza. Sin establecer una seclusión étnica —el mestizo—, como pretenden algunos, y atribuirle caracteres del todo propios e infusibles con los de otros de nuestros elementos populativos aceptamos, sin embargo, que el mestizo es una de las formas especiales de nuestra nacionalidad, y que tal vez, bajo el punto de vista de la raza, es una forma destinada un día a realizar una síntesis biológica de nuestra nacionalidad, dados los fenómenos permanentes de cruce y mezcla, que con caracteres de ley histórica han venido irónicamente repitiéndose a lo largo de nuestra historia colonial y republicana. El mestizo no es un azar; es una fatalidad. Al revés de la América sajona, la ley étnica de la nuestra parece ser el cruce, y nuestra historia tiene necesariamente que contar con él.

Ya hemos indicado antes que, según nosotros, para el blanco el cruce en nuestra América es una condición de vida y de permanencia. Es posible que una ley semejante se pueda también encontrar respecto a nuestras razas autóctonas. La situación biológica del indio es de las más extrañas en América. Por su gran vitalidad, por la incontestable superioridad energética latente e innegable de su sangre, parece el indio destinado a perdurar como raza y a mantenerse en la historia. Pero por lo que sucede desde hace 400 años, desde la venida del blanco; por el extraño o incontenible desequilibrio que se ha acusado siempre en desfavor del indio, formando así el más inexplicable contraste histórico, parece que el indio está, como el blanco, por otras razones en parte conocidas, en parte desconocidas, condenado a un cruce paulatino y fatal, que le permita permanecer como raza y no desaparecer del todo.

En tales condiciones, habría un movimiento y una dirección de mestizaje que se cumpliría irremediabilmente en América, y que a ser verdaderos importarían la verificación de una ley histórica, verificación fecundísima en consecuencias de todo género; porque cuando una nación ha llegado a interpretar su verdadera regla histórica, sucede que el esfuerzo unánime de la nación se dirige ya conscientemente al cumplimiento de la fatalidad histórica que es su destino y es el más sólido cimiento de la conciencia nacional. Tal es la importancia de la cuestión que por primera vez estamos indicando en América.

Entonces el mestizaje sería la etapa buscada y deseada a todo trance, en la evolución nacional, la última

condición histórica de toda política, de toda enseñanza, de toda supremacía; la visión clara de la nación futura; el encarrilamiento, de parte de los directores, de toda acción y todo movimiento nacional hacia la etapa y el objeto descubierto.

¿Es todo esto verdad?

Nos inclinamos a creerlo muy seriamente; y en riesgo de las dudas y probabilidades que la cuestión ofrece de suyo, necesitamos examinar más de cerca al mestizo mismo, y procurar sorprender los dos o tres grandes caracteres de su sangre mezclada, que ya es desde luego un verdadero enigma histórico, y en cuyo estudio desdichadamente tenemos que ir sin el auxilio de las ciencias antropológicas de gabinete y laboratorio, que si es cierto, por lo demás, que tienen una importancia relativa de hecho y de detalle, no la tienen nunca absoluta y definitiva, al frente de una intuición sagaz y penetrante.

Ya se ve cuánto la tentativa de un estudio así debe importar para la fundación de una pedagogía nacional. ¿Cómo se puede saber lo que se debe enseñar al mestizo, y la manera cómo, si no se trata antes de ver que es lo que le sobra en el conjunto de sus capacidades físicas, morales y mentales?

No hemos encontrado aún el lugar justo para indicar, como lo tenemos prometido, las dos grandes direcciones de lo que llamamos el carácter nacional. Tampoco hemos podido explicar aún la manera cómo éste existe, a pesar de la aparente diversidad infusible de razas, que, en verdad,

a primera vista, haría comprender la imposibilidad de la existencia de un carácter y un alma nacionales; pero ya hemos dicho que éste es un simple espejismo, y ya iremos viendo cómo.

Mientras tanto, queda señalado como el punto central del estudio pedagógico en Bolivia, por lo menos en el instante actual, el niño mestizo, sin que por ello, tratándose de letradura, el niño autóctono deje de pesar en la balanza de las ponderaciones de manera considerabilísima.

18 de agosto de 1910.

Capítulo XXVIII

Dos cosas características se presentan en el mestizo: la persistencia de rasgos físicos de origen autóctono; la aparición de formas y caracteres intelectuales de origen y naturaleza europeos.

Lo primero que el mestizo revela como heredero de sus padres blancos es la inteligencia. Estudiemos primero este punto, que consideramos relativamente secundario, dejando lo que creemos principal, para el capítulo en que estudiemos los factores fundamentales de lo que suponemos el carácter nacional.

Cuando hablamos de la inteligencia europea, son sus formas y moldes mismos que volvemos a encontrar en el mestizo. No se trata simplemente de la importación más o menos artificial de nociones y conceptos extranjeros dentro de una mente indígena y distinta. El mestizo, aún antes de ponerse en directo contacto, sea por los libros, sea por el trato de hombres, con las ideas europeas ya lleva en sí una inteligencia nativa, cuya estofa prima no se diferencia de manera sustancial de la europea. El mestizo americano, aunque no haya salido de América ni haya cultivado su inteligencia, apenas comienza a concebir, tuerto o derecho,

común u original, lo que concibe tiene siempre un módulo y un sello europeo. Esa es una de las razones (hay otras) de la característica *imitatividad* del pensamiento americano respecto del europeo. El vasto elemento mestizo americano constituye como una lejana colonia intelectual del pensamiento europeo, sobre todo respecto de naciones como Francia y otras, que nos son más accesibles por razones de lengua u otras. Hay que haber visto lo que es el pensamiento provinciano, por ejemplo, en Francia, ver la gran similitud de naturaleza y de formas que guarda con el nuestro. Coged un diario de villorrio francés, un tomo de versos o un tratadillo escrito y editado en una de aquellas recónditas provincias, y os quedáis asombrados de reconocerlos en La Paz o Santiago, en Lima o Tucumán. En este sentido somos como transatlánticos provincianos europeos.

Podemos pues, decir que el pensamiento mestizo que es el único que existe con alguna seriedad en América, es del todo europeo; infantil, incipiente, desordenado, pero del todo europeo. Y decimos que es el único que existe, 1º porque el indio por sus íntimas condiciones sociales, económicas, educativas, etc., no piensa, y 2º porque el blanco puro, nacido y crecido en América, aceptamos que por desconocidas de la ciencia, alcanza una rápida degeneración que parece anularlo pero todo esfuerzo serio, mental u otro. Es el más desfavorecido, como lo hemos indicado en otros editoriales.

¿Cómo se manifiesta esta herencia europea en el mestizo americano? En primer lugar, ¿guarda sus condiciones generales de amplitud, de maleabilidad, de facilidad, de accesibilidad y de espontánea vivacidad, que han hecho a la

inteligencia europea, en general tan superior en el mundo? En segundo lugar, ¿guarda sus características disciplinarias, volitivas, energéticas, ordenadoras, que han sido el resorte primo de lo que hoy se llama la cultura y la civilización europeas? En una palabra, ¿conserva en el mestizo heredero la inteligencia heredada también su primitivo carácter?

Seguramente en la inteligencia mestiza se encuentran las más brillantes calidades y las más varias. Fijaos bien: la facilidad comprensiva, la espontaneidad, la vivacidad, el sentido de las formas, la misma fecundidad, que no siempre se manifiesta, por falta de cultura; son todas calidades que indiscutiblemente existen en la inteligencia mestiza. Aceptamos que el mestizo puede comprenderlo todo, tan bien como el celta o el eslavo; es cuestión experimental y de hecho, y desde nuestras escuelas hasta nuestros parlamentos públicos, pasando por nuestros talleres de artes y oficios y nuestros cuarteles, tenemos cien terrenos de estudio y de comprobación. Además tenemos la observación de varios viajeros eminentes, que en este punto concuerda con nuestra teoría. A priori y en general, el mestizo americano es inteligente, e inteligente de una manera europea. Pero aquí viene el segundo punto. La inteligencia europea no sólo es inteligencia; es también voluntad característica: ¿la ha heredado también el mestizo? ¿Su inteligencia posee también, junto a las demás calidades, la misma atención, el mismo espíritu de continuidad, el mismo régimen que son como la afirmación y comprobación de la inteligencia del blanco? En una palabra, la indiscutible inteligencia mestiza, ¿tiene carácter?

Podemos decir, siempre dentro de un terreno estrictamente experimental y sin necesidad de una prueba erudita, que no.

El mestizo nace poseyendo una inteligencia como prestada e inútil; posee una especie de espejo brillante que puede reflejarlo todo, pero del que no quiere o no sabe servirse. Es un cristal desordenado cuyas luces y fuegos dispersos acaban por anularse y esterilizarse, por falta del lazo coherente y conector que es la voluntad orgánica, régimen y dirección. En estas condiciones, la inteligencia resulta, en América, lo que siempre ha sido y es, un lujo inútil, que si rara vez hace bien, puede frecuentemente hacer mal. Además, la falta de función ordenada atrofia y paraliza el órgano. El instrumento intelectual, de no usarse y ejercitarse consciente y metódicamente, acaba por parecer nulo o insignificante; y entonces se llega hasta a dudar de su existencia o de sus verdaderas buenas calidades.

19 de agosto de 1910.

Capítulo XXIX

De esta falta de carácter en la inteligencia del mestizo vienen todas las formas de despersonalización e imprecisión que en seguida se notan en todas las manifestaciones de su actividad ya sea teórica ya práctica. Sus actos no tienen carácter, sus pensamientos no tienen estilo. Sin embargo, obra y piensa. Ya sea el mestizo obrero o artista, escritor o arquitecto, soldado o legislador, sus concepciones y sus obras, sus actos y sus palabras están siempre desnudos de la personalidad característica que da un sentido superior a todas las cosas de la existencia y las hace realmente fecundas y trascendentes. Su inteligencia parece siempre vivir de prestado, y así es, porque realmente no sabe adueñarse de los materiales y elementos que la vida ofrece y hacerlos suyos para su propio servicio y provecho, e imponerles de veras su sello y su voluntad.

Esta indirección crónica y congénita en la región de las ideas, se traduce luego en la historia en un desorden y desorientación permanentes e irremediables. Un ilogismo sustancial reina siempre allí. La historia nunca está en el justo medio: o son las exaltaciones violentas o son las violentas depresiones. Y es sabido que nada fatiga y

agota más y más pronto la vida que estas intermitencias extremadas, ya sea en el individuo o en la nación.

El freno y la medida no existen aún en la inteligencia mestiza. Llegamos a esta conclusión, que debe ser y es también una de las grandes orientaciones de la enseñanza nacional, tratándose del niño mestizo.

Ya que hemos penetrado un poco en la naturaleza intelectual del mestizo, y he mas visto sus lados positivos y negativos, podemos entrever ya la pedagogía que le conviene. Preciso refrenar y regimentar en la inteligencia mestiza todas aquellas facultades morbosamente desarrolladas por diversas causas. Precisando: necesitamos contener el frecuente desborde imaginativo, tan característico en la raza; necesitamos combatir el diletantismo intelectual, que es el más seguro signo de inatención crónica, y acusa una tendencia centrífuga de nuestras fuerzas interiores; necesitamos enseñar a concentrar el esfuerzo en uno o muy pocos puntos, y especialmente para el mestizo debe valer el proverbio: *non multa sed multum*. En este lugar creemos absurda la idea practicada hace tantos años de pretender enseñar, dentro de un bachillerato imbécil, todo género de contenidos y doctrinas; y plagiando rancios modelos franceses (su último origen está en el enciclopedismo del siglo XVIII) pretender formar cabezas universales. La idea fundamental de nuestros bachilleres modernos es disociadora de las fuerzas mentales del individuo, y no puede menos que contribuir a debilitar la acción intelectual, y contribuir también a desarrollar todo género de vicios intelectuales: la superficialidad, la falta de intensidad en las nones amones y

consecuentemente, dar nacimiento a otros vicios morales: la vanidad, la petulancia, la improbidad intelectual, etc., etc.

En este sentido, la clásica enseñanza de humanidades, por ejemplo, salmantina, es muy superior como concepto pedagógico, a nuestras modernas elucubraciones universitarias y locales. El enciclopedismo instituido en régimen pedagógico es una verdadera desmoralización mental.

La regla debe ser poco y bien, y no mucho y mal.

Es todavía problema obscuro averiguar las causas de todo orden que han contribuido a formar las actuales condiciones de la inteligencia mestiza, tal como la hemos indicado. Esa destitución característica de la innegable inteligencia del mestizo, que la debilita y la anula, ¿es el resultado de una fatalidad fisiológica, independiente de causas externas, o es más bien el producto de históricas influencias exteriores, ya educativas, ya políticas u otras? Desgraciadamente no es este el lugar para intentar un estudio de psicología retrospectiva, que nos permita contemplar el mestizo de mediados de la colonia al frente y en paralelo del contemporáneo. Digamos de paso que el daño causado en las dos últimas centurias, en los países que han sufrido intensamente de su influencia, por la excesiva difusión de ciertas ideas francesas, es en verdad profundo e incalculable. Nada ha socavado más y sigue socavando la moralidad intelectual de muchos países, en el sentido altamente biológico, como aquella influencia y aquella corriente. Soltamos desconfiados este pensamiento tan contrario al común sentir de todos los americanos, y

que probablemente no será comprendido en América en muchos años.

Continuemos.

Ya se ve algo de lo que la inteligencia mestiza debe sobre todo esperar de la nueva pedagogía. Es un trabajo de concreción, de limitación, de especialización, de individualización, si cabe decir. Los programas deben eliminar todo lo superfluo, lo no inmediatamente necesario, lo lujoso, bajo el punto de vista cultural. ¿No es una ironía no tener el pan del día seguro, y ocuparse gravemente de Artajerjes o de *la cosa en sí*? La futura pedagogía no debe mirar mucho a los medios de despertar y azucar la inteligencia del mestizo. Por sí es lo bastante despierta y lo bastante vivaz. Hay que emplear esos medios donde la inteligencia es tarda y dormida, y donde por un exceso de concentración de las facultades mentales, éstas no se abren lo suficiente hacia el mundo exterior, de manera de ser fácilmente fecundizadas y ejercitadas por él. Otras son las deficiencias de la inteligencia mestiza, y una pedagogía sabia a ellas debe dirigirse para colmarlas, tomando por base y elemento de acción las otras condiciones ventajosas que pudiese ofrecer esa misma inteligencia.

20 de agosto de 1910.

Capítulo XXX

Es así como quedan delineadas las trazas fundamentales instrucción pública del mestizo americano, tal como la entendernos.

Hemos visto que la calidad fundamental del mestizo, en este terreno, es la inteligencia; hemos visto que esta inteligencia no se distingue de manera sustancial, en sus formas y en su naturaleza, de la general inteligencia europea; que es una ley de herencia que ha transmitido del blanco al mestizo esta inteligencia en esas condiciones, y que también por una ley desconocida de mestizajes étnicos, esa inteligencia se ha transmitido desnaturalizándose o desvirtuándose en parte, de manera que se la encuentra en el mestizo heredero, si guardando las cualidades aparentes y perspicuas, destituida en cierto modo de aquello que en Europa y en el blanco nativo hace su fuerza castiza y su resorte personal. Hemos visto además que ciertas influencias históricas, posiblemente han contribuido a acentuar modalidades predispuestas y presuntas, y hemos dejado entrever en este punto la posibilidad de modificar también esas influencias por medio de una sabia pedagogía que parta siempre de la naturaleza íntima y de las actuales condiciones de la psiquis mestiza.

Juzgamos que la verificación de estos principios es de altísima trascendencia para la pedagogía del mestizo en general. Dentro de una psicología en general, se sabe cuál es el valor emotivo de las ideas sobre la voluntad. Se sabe de qué manera suscitando imágenes interiores se puede influir directamente sobre el fondo moral del individuo y de la raza, y cómo unas razas más que otras son sensibles a este género de influencias. Un solo ejemplo: el ateniense clásico pasaba fácilmente del crimen al heroísmo y viceversa movido por un resorte de orden puramente lógico. Se puede decir que en Atenas eran las ideas que gobernaban las pasiones públicas. Esto importa la grande accesibilidad intelectual cuando ella existe en la grande masa de la nación. Cuando estudiemos al indio en este mismo punto veremos el paralelo opuesto. Mientras tanto resulta que el pedagogo que ha descubierto en su educando mestizo un resorte suficiente del cual puede servirse para mover todo género de fuerzas interiores, morales como intelectuales, está ya en posesión de una gran conquista, porque esto le habilita científicamente a llevar su enseñanza por un camino mucho más seguro y firme que ir a tientas. Es por la inteligencia del mestizo que tenemos que llegar hasta su recóndito fondo volitivo? Es una puerta de razonamiento, de persuasión y de convencimiento por donde la pedagogía sabia podrá entrar en el alma del mestizo. ¿Queréis llevar una noción a la inteligencia mestiza?, razonad; ¿queréis modificar una costumbre, una tendencia viciosa o flaca del mestizo?, convencedle; ¿queréis mover los sentimientos y pasiones más profundas con que se realizan y alcanzan los grandes hechos?, persuadid, sobre todo. Este es el camino para el mestizo. Otros son los caminos para

los que no son mestizos y que pronto tendremos ocasión de estudiar.

Estas verificaciones iluminan nuestra historia con una nueva luz. Delicadísimo y sensibilísimo como es el resorte intelectual del mestizo, daos cuenta de la gran facilidad con que el mestizo ha estado siempre sujeto a cambios bruscos y radicales a lo largo de toda nuestra historia. Basta la menor fluctuación, la más tenue vibración en la atmósfera de las ideas universales, para que la inteligencia del mestizo, sometida a su influencia, sufriese el contragolpe y reaccionase en la misma medida. Ahora mismo es así. Decíamos hace tiempo ya: somos un país de moda por excelencia, y en ninguna parte se cumple tan bien lo que Tácito decía de la Roma imperial: *omne novum pro optimo habetur*; estamos crónicamente enfermos de novelería, y lo nuevo tiene un prestigio invencible sobre toda nuestra vida. Este es un vicio que viene de la excesiva movilidad de nuestro pensamiento, de su gran sensibilidad reactiva. La inteligencia es nuestro punto crítico, y como tal es para nosotros a un mismo tiempo amenaza y promesa. Por ella podemos vencer, por ella podemos perecer. Ella arrastró nuestra historia a los mayores excesos, ella puede restaurarla. Bien se sabe ya que no hay calidades ni leyes absolutas, y el mismo vicio colabora a la construcción de la historia.

Y esperamos, ahora, que comienza a comprenderse lo que entendemos por conciencia nacional y su importancia. Son trabajos reflexivos como el presente los que contribuyen a su formación. Es este movimiento de reflexión sobre la

naturaleza viva; y es a este trabajo a que hemos invitado a todos los educadores y gobernantes, para hacer de veras y por justos caminos una verdadera pedagogía nacional; y es todo esto que hace parte del saber cómo se debe enseñar. Más tarde vendrán los especialistas que precisen estas observaciones, que las clasifiquen, las cataloguen y las ordenen; más tarde también los profesionales que apliquen las leyes verificadas y los gobernantes que uno tras otro guarden el mismo norte y lleven la misma idea: *quasi cursores...*

Tal es. Mientras tanto, no nos hacemos la ilusión de ver próximamente no ya aplicadas, pero ni discutidas seriamente las ideas expuestas en estas públicas meditaciones. Por lo demás no es el tiempo aún. Necesitamos esperar que se haga un lento trabajo de infiltración de ciertas ideas en ciertos espíritus; necesitamos llamar a colaboración al tiempo, obrero indispensable para los grandes trabajos de carácter nacional. Lentamente una generación y otra irán tornando conciencia de lo realmente útil y de lo realmente superfluo o nocivo; es entonces, cuando las ideas verdaderamente fecundas y renovadoras se hayan impregnado en un suficiente número de cerebros activos y sanos que podremos esperar un cambio feliz y duradero.

21 de agosto de 1910.

Capítulo XXXI

Henos otra vez en frente del indio, considerado ahora como sujeto educativo, dentro de una pedagogía general y particular.

Lo primero que debe considerarse en este punto, como hemos hecho ya con el mestizo, es la inteligencia ¿cuánta y cómo es ésta en el indio?

La inteligencia no es la facultad eminente y dominadora del indio. En vano se buscará en la raza los matices típicos de una inteligencia superior, como se la encuentra en otras stirpes. Ni el ingenio y sutileza helénica, ni la claridad y brillantez gálicas, ni la fecundidad y facundia italianas, ni la profundidad española, ni la solidez británica nada de ello existe de manera sobresaliente y típica en el pensamiento indio. Téngase en cuenta que no estamos mirando al indio con los ojos del cretinismo miope de todos los tiempos, que no ve ni ha visto en la raza otra cosa que una nativa y definitiva estupidez. Por un fenómeno de inversión frecuente en estos casos, los que así han visto, han confundido su propia estupidez con la ajena, y han creído vacía la cabeza india, porque la suya propia lo estaba.

Tratándose de la inteligencia del indio, tenemos que andar en un camino muy estrecho, y más bien difícil, de inducciones e intuiciones. Cuanto más concentrada e inaparente es aquélla, tanto más difícil es penetrarla y sondearla. Se anda sobre un suelo de finísima psicología intuitiva. El ensueño lírico parece no existir en el indio, y tampoco el sonambulismo metafísico y admirable del alma búdica. Sin embargo su inventiva y sus concepciones dejarían, como dejan, boquiabiertos y estupefactos a los sabios de todos los tiempos y de todas tierras. Dos solos hechos de diferente orden, uno histórico y otro prehistórico, os darán la medida. La organización política, social y religiosa del imperio incásico, el cual en punto a una ética trascendente y a una final endemonia humana, deja a las repúblicas de Platón y de Roosevelt tan atrás y tan lejos, que la una se queda como un ensueño genial de niño y la otra como un violento y sufrido esfuerzo de hombre. El otro hecho revela una tal potencia arquitectónica, conceptora y constructora, que literalmente desborda y sale de los límites de la inteligencia europea: he nombrado Tiwanaku. Este es el indio y esto ha podido su inteligencia creadora y organizadora un día; y es en esto, asombro de los viajeros y pensadores más eminentes, que el cretinismo de todo tiempo no ha visto sino una estupidez de acémila ¡Triples cretinos!

Necesitamos combatir con todas fuerzas y de todas veras esa labor altamente anticientífica y barbarizadora de los difamadores de la raza que en su mal tartamudeo científico y en peor castellano osan poner su opinión de *vulgum pecus* al frente de la de un D'Orbigny o de un Middendorf.

Continuemos.

El indio parece haber dejado siempre de lado todo lo que en la inteligencia humana puede llegar a ser fuente de cace mental o estético. Parece no haber concedido jamás una importancia excepcional y superior a las fuerzas mentales, de las que se ha servido como de cualquier facultad humana, sin predilección ni especialización: Pensar es útil cuando es necesario y basta. En cuanto a adormirse en la contemplación de imágenes y entregarse al fecundo *far nulla* en que germinan los castillos sistemáticos y los edificios ideales, el indio nunca quiso entender nada. Porque el indio no es ni ha sido probablemente jamás, lo que hoy en ridículo estilo se llama un intelectual y que constituye hoy, digamos de paso, la forma más repugnante de la pereza sudamericana Siempre dentro de las probabilidades inductivas, buscad entre los indios cualquier cosa, pero nunca hombres de letras a la moderna, poetas de oficio, (¡qué antifrase!), pensadores a sueldo, filósofos asalariados y toda esa flora morbosa de intelectualismo que es hoy el signo más irrecusable de la degeneración europea. Lo que se podrá encontrar en el indio retrospectivamente, son tal vez estrategos, legisladores, ingenieros (las grandes estradas incásicas sólo comparables hoy con los grandes trabajos de Suez, del Simplón o del Nilo, y que superarían a los similares romanos), profetas tal vez edificadores de imperios, rectoras de razas, y nada más, o poco más. Buscad en el alma primitiva del indio algo de la simplicidad y grandeza romanas, algo del espíritu sesóstrico; pero nunca el histrionismo del gréculo decadente o el hedonismo del muelle bizantino. Eso no existe en el indio de hoy ni en el de ayer, y es en esto justamente que

se diferencia su humanidad de la histórica civilización desarrollada en la taza del Mediterráneo.

Una extraño rigidez y una superior severidad ha debido ser siempre el fondo de la naturaleza interior del indio. Aun en los momentos de mayor prosperidad y grandeza pública, el indio ha debido conservar siempre, ante los juegos y cambios de la vida, esa actitud de que habla Hamlet: *as one, in suffering all, that suffers nothing*, y de la cual encontramos hoy mismo señales evidéntísimas en el genio estoico y resignado del indio moderno. Y este también era el irrealizable ideal del Pórtico, entrevisto pero nunca alcanzado por el admirable genio helénico.

Se necesita una grande experiencia en el manejo de las ideas para darse cuenta retrospectivamente de las condiciones de la inteligencia del indio a través de su actual depresión. Los que benévolamente se imaginan que el indio, en los momentos de más alto florecimiento histórico, ha sido jamás lo que en lenguaje patológico-literario se llama hoy un cerebral, se engañan demasiado. Su facultad maestra no hay que buscarla en esa dirección, y por consiguiente una pedagogía sabia iría camino tuerto si se empeñase en semejante camino.

23 de agosto de 1910.

Capítulo XXXII

Una comprensión recta y directa, incompleja y sana de toda forma y de todo principio de casualidad, tal es la característica del indio. Lo que podríamos llamar la trascendencia imaginativa de la intelección, no existe en el indio. Lo que alcanza a ver, lo ve llanamente pero lo ve del todo. En vano buscaríamos en él los arabescos ideales en que naturalmente se enreda, en la especulación científica o artística, nuestro pensamiento moderno. Ni la más remota huella de sofismo griego, de *concetti* italianos, de *esprit* francés, de agudezas españolas. Todo eso que es como el desarrollo excesivo e hipertrófico de una facultad, no existe en la naturaleza íntegra y fuerte de su pensamiento. (Nota: el que esto escribe se promete tentar un día el estudio psicológico de las grandes lenguas autóctonas de América y su paralelo con las principales ramas de origen indoeuropeo; y acepta también que es en estas venerables reliquias lingüísticas donde se puede encontrar aún restos de la grande antigua alma americana).

La inteligencia india parece haber estado antes en posesión de pocos criterios, fundamentales y eficientes, y sobre que se apoyaba todo su vuelo ideal. Lo que llamamos criticismo, duda filosófica, y que se ha traducido en el

moderno tormento del pensamiento encarnado en Faustos y Manfредos, parece no haber significado nunca cosa alguna para el indio. Jamás ha sufrido ni gozado directa y exclusivamente por su pensamiento. Se servía de él como de cualquier otra facultad, y nunca ha visto en él otra cosa que un instrumento útil de cálculo y subputación. El *pathos* moderno no existe en el cerebro del indio.

Estos caracteres fundamentales se han conservado hasta hoy a través de la historia trágica y de la miseria presente. Los que han observado de cerca las funciones dianoéticas del indio, saben la gran simplicidad y rectitud, justeza y fuerza de ese pensamiento. No hay blanco americano que conciba con la intensidad y rectitud con que concibe el indio, lo que concibe. Ya raros pero eminentes viajeros lo habían observado. En la cosa intelegida, del indio no ve más que la cosa y no sufre de esa dispersión de fuerzas atentivas que tan frecuentemente se encuentra en nuestra modernidad. Ahora bien, esa unidad de la acción cerebral, que es más hecha de voluntad que de pensamiento, constituye la calidad típica del pensamiento indio. Pueden los psicólogos profesionales sacar ahora la consecuencia de una calidad semejante. Todas las taras y vicios modernos, neurastenia, desviaciones mentales, psicosis, etc., no existen para el indio Su salud mental es una de las cosas más admirables que hemos visto. El equilibrio es tan perfecto que su función, aunque primitiva y elemental, es muy superior a la del cholo y a la del blanco americano: de tal manera posee el orden de la manera funcional y no del alcance intelectual.

Una inteligencia en estas condiciones carece del prestigio que sobre todo los greco-latinos están habituados a buscar y atribuirle. Una inteligencia sin pasión y sentimiento, considerada facultad secundaria e instrumento dócil del interés de la vida, y hecha para servirla; una inteligencia que no es fuente de placeres de ningún orden, al menos directa y exclusivamente, y que está en manos del hombre lo mismo que nuestras modernas máquinas aritméticas, para subputar y evaluar las probabilidades de éxito o de ruina de la existencia, y esto fríamente, libremente; una inteligencia que tiende a divorciar higiénicamente las pasiones de las ideas, y lo que en este camino pierde en estetismo lo gana en independencia y fuerza; una inteligencia así, decimos, no es seguramente una realidad contemporánea, por lo menos en nuestro mundo latino europeo; pero podemos decir que se acusa de manera muy sensible, como fondo y como tendencia, en la naturaleza de nuestros principales indios americanos. En un proceso de histórica reconstitución inductiva de los grandes imperios autóctonos, podemos atribuirles una inteligencia así como principio de organización de esos grandes edificios sociales y políticos, ya que, como residuo histórico, hoy encontramos los mismos elementos en el alma del indio contemporáneo.

En este punto debemos señalar la gran diferencia que existe entre las inteligencias del indio y del blanco americano. Esta disimilitud no hace más que distanciar moralmente a ambos, y es la razón principal del injustificado desprecio del blanco por el indio. Nunca aquél pudo encontrar en éste sus desbordes intelectuales, que son su flaco y su predilección; y el indio, por su parte, si admirando ingenuamente la

variedad y derroche inútiles de ideas del blanco, jamás pensó ni intentó la asimilación de una facultad semejante, tan contraria a su íntima naturaleza. Sin embargo, como veremos al tratar el carácter nacional, la historia les ha hecho vivir juntos, les ha impuesto rasgos de alma comunes, al cabo de largo tiempo, y por fin se ha llegado al extraño resultado de dos elementos distintos, impenetrables e impenetrados, por un lado, han llegado sin embargo a ser y sentirse solidarios comunes y fraternos, obedeciendo a una fatalidad histórica y sin poder escapar a una superior ley biológica. Este es el actual estado étnico de Bolivia y de parte considerable de la América meridional.

24 de agosto de 1910.

Capítulo XXXIII

Ahora necesitamos ver el recóndito fondo de moralidad del indio que consideramos como la trama admirable y superior de lo que un poco metafóricamente se diría el tejido psicológico de la raza.

Es en este punto que se encuentran las calidades prominentes y características del indio. Aquí entramos a un camino de verificaciones ancho y fácil, pues son hechos que se manifiestan constante e isocrónicamente, y no sólo tenemos la testificación histórica, sino también, la comprobación contemporánea. Desde el momento que el indio aparece en la historia su acción en toda forma, es idéntica a sí misma. Una grande unidad reina en su manera de ser y de obrar. En esa pendiente inclinada y gradualmente depresiva que es la historia de sus relaciones con el blanco, y en la que pierde como anegadas por un diluvio de infortunios, todas sus ventajas y conquistas sobre la naturaleza exterior, penosa y secularmente adquiridas, la sola cosa que sobrenada es el carácter, bronceado e indeleble, y que de hecho establece su superioridad sobre todos los demás elementos étnicos que le rodean y pretenden ahogarlo.

En verdad, es preciso aceptar una prodigiosa vitalidad en el indio, para poder explicar esta tenaz supervivencia contra todo género de influencias históricas a cual más destructores y mortales. No hay que hablar del régimen conquistador y colonial, del cual el republicano no ha sido más que lógica consecuencia. Ya en otras partes se ha visto la rota y desaparición de la sangre autóctona bajo regímenes semejantes; el indio nuestro no sólo sobrevive, sino que después y a pesar de centurias inenarrables, resulta que sigue siendo el fondo más sólido el elemento más fuerte de las nacionalidades que al presente contribuye a construir. Es la vitalidad asombrosa de su sangre. Y esa supervivencia es una verdadera victoria. De hecho el indio esta reconquistando o llamado a reconquistar su puesto usurpado. El mestizo que en nuestra América constituye numérica y cualitativamente el elemento superior y válido de la raza, ese mestizo siente en sus venas la sangre india invencida e invencible, a pesar de todas las apariencias históricas. Lo hemos dicho ya: son las revanchas como subterráneas de la historia. Id a nuestros parlamentos, a nuestras universidades, a nuestros cuarteles, y examinad las pocas cabezas que realmente dan o prometen dar algún positivo, y no un simulado esfuerzo biótico; examinad su color sus rasgos fisonómicos: esa sangre india que estalla en la mirada y en la palabra; es la sangre india que es realidad escasa y promesa óptima; y es como la resurrección del genio de la raza, encaminándose lenta y seguramente a porvenir. Donde esta verificación se manifiesta más y mejor, es en aquellos terrenos históricos, que no demandan la manifestación de una superioridad

intelectual para probar la superioridad positiva de una sangre: me refiero a la guerra. Es cosa axiomática que en Sudamérica no hay más que dos soldados, al menos grandes soldados—, el boliviano y el paraguayo y esos dos soldados son indios del todo o casi del toda. Esta es el indio; y el resto... degeneración irremediable y fatalmente condenada a perecer, por lo menos en el sentido de las hegemonías étnicas.

En este movimiento de evolución ascendente que estamos mostrando en el presente estudio, no hay que desconocer jamás el punto inicial y la estofa prima y primordial: esos son el indio puro, el aymara, y el quechua aborígenes, y que como hemos visto antes, de hecho son actualmente los grandes depositarios de la energía nacional. Hay que ver estas cosas sobre la realidad y tomar conciencia de ellas; y esto es lo que no han querido o no han podido ver los que tratándose de explicar nuestro problema étnico, van a buscar explicaciones o interpretaciones pueriles, plagarias o absurdas. Y el mal es todo bováryco; y viene de no observar nunca las cosas mismas, sino los libros que tratan de las cosas, de donde resulta que se hace una ciencia de símbolos extraños, vacíos de sentido y totalmente intrascendentes.

¡Ruido!

Y ahora necesitamos disociar los elementos íntimos que constituyen esa alma que estamos acusando en el indio, y que tiene tal importancia, según nosotros, en la formación de nuestras nacionalidades- Debemos hacer con su fondo moral lo que hemos hecho con su fondo intelectual: mostrar sus características, sus relieves salientes y sus deficiencias.

En este punto, como en otros, desgraciadamente no podemos enviar al lector a biblioteca alguna en que consulte iguales o semejantes observaciones que las nuestras, porque en éste como en otros puntos también nada hay en los libros consignado como experiencia y comprobación.

Por lo demás, la ceguera en que respecto de nosotros mismos hemos vivido durante tanto tiempo, es una ceguera española. Es herencia del colono español, el cual jamás ha debido querer ni podido penetrar en el alma india, en la que nunca ha visto sino algo que explotar o aniquilar. Su política ha sido siempre tan uniforme en este sentido, que no hay excepción apreciable.

¿Quién podría hacer en este momento el catálogo de todo lo que al presente queda en América de herencia española, como sentimientos, como ideas, tendencias, aspiraciones y lo demás, y hacer también al frente lo que del alma autóctona sobrevive en la modernidad americana, y contribuye directa o indirectamente a mantener y desarrollar la vida en un sentido bueno o malo, superior o inferior?

Eso realmente sería abrir los ojos sobre la vida y sorprenderla palpitante y real.

25 de agosto de 1910.

Capítulo XXXIV

¿ En qué consiste una moralidad superior?

Toda moralidad es un régimen interior, una sumisión voluntaria a un principio de razón y el acuerdo de actos y pensamientos con él.

En vano pretenderíamos dar una concepción nueva tratándose de moralidad. La última palabra y la más sublime se ha dicho ya hace cinco mil años: el divino evangelismo cristiano es un pálido y lejano reflejo de ella, y Kant y Spinoza son niños balbucientes a su lado. Es el búdhico Tat twan así del Upanishad, presentado por el admirable genio helénico en la doctrina estoica. Pasemos, porque éste no es el lugar de contemplar tan de cerca tan sublimes asuntos.

Si por la manifestación de una superior moralidad se entiende ese gasto de gravedad en el hombre, con que se encaran todos los eventos de la existencia y un sentimiento profundo de justicia, y más que de justicia de equidad, y aún más que de equidad, de amor; si la moralidad consiste en ser su propio amo, y sólo salir de sí mismo y de su propio interés, por amor y servicio del prójimo; si una gran moralidad se manifiesta por la acentuación de la personalidad, sin perjuicio y más bien con provecho de los demás; si es,

especificando un poco más, la expresión de ciertas virtudes generales, tales como el trabajo, desde que se puede hasta que no se puede más, la mentira y la regla en las costumbres, y que se traduce luego en una ordenada salud corporal; la ausencia de toda maldad radical, la veracidad, la gravedad, la ausencia de todo espíritu de chacota, la mansedumbre, como condición general, la humanidad y la inocuidad; y al lado de esto como cualidades intelectuales, la simplicidad, la rectitud, la exactitud y la medida: si todo esto, decimos, es manifestación de una moralidad superior, nadie más que el indio del que hablamos la posee, y esto, en condiciones muy superiores a todos los elementos populativos que le rodean; porque aceptamos que tratándose de moralidad pura y en sí, el indio es muy superior al blanco y al mestizo que conviven a su lado. En más de una página de estas graves meditaciones ha debido entreverse la prueba de esos aciertos.

Entre los centenares de pruebas que en este instante podríamos aduciros sólo daremos dos que patentizan la grande e increíble honestidad del indio.

Existe un comercio anual entre Yungas y La Paz de más de 20 millones de Bs., de cambio y recambio; y los porteadores de esta considerable mercadería son exclusivamente indios, en una región desnuda de toda vigilancia policíaca, a través de bosques y encañadas salvajes y desiertas; y el contrato de porteo se hace sin una pulgada de papel que lo garantice, sin un gendarme que lo resguarde. ¿Y los 20 millones de mercadería se mueven sin más amparo ni mayor garantía que la palabra grave y simple del indio analfabeto?

El otro ejemplo es la grande paz y seguridad que reina en nuestros dilatados y poco poblados campos. El blanco que en ellos se aventura está siempre seguro de su bien y de su persona. Si comparásemos un poco nuestros campos con la campiña chilena.

Esto es la moralidad del indio. Y esta moralidad aparece siempre en todos los terrenos en que su actividad se manifiesta.

Se ha hablado y se habla del alcoholismo indígena, y, de tanto repetirlo, los mismos extranjeros que observan se dejan influenciar del prejuicio ¡Pero abrid los ojos! Si hay alcoholismo boliviano es, sobre todo, alcoholismo blanco y mestizo. El alcoholismo sabio, sistematizado, hecho costumbre social, hábito elegante y medio de sociabilidad, existe sobre todo en nuestras tabernas, en nuestros clubs, donde se bebe metódicamente, elegantemente, diariamente, y donde a la vez se hace la mejor filosofía sobre el alcoholismo indígena. ¿La prueba de esto, irrecusable, abrumadora? Comparad un poco el aspecto físico de la salud urbana, como pulula en nuestras calles, con la admirable salud rústica de nuestros valles y de nuestro altiplano, donde jamás ha existido un módico ni una farmacia, y donde el constante trabajo humano no tiene más compañías que la intemperie y la pobreza. ¿Son blancos o indios quienes han hecho y ganado el último admirable concurso de resistencia, en la carrera Tiwanaku-La Paz? ¡Pero el eterno cretinismo no ha parado siquiera mientes en ese admirable *tour de force* que habría sido una verdadera estupefacción en Inglaterra o Francia, y la prueba más elocuente de la superioridad de la

raza! ¡Claro, esa maravilla no estaba en los libros, y apenas si estaba en la realidad! ¡Y qué graciosa comedia sería incitar al pedagogo blanco que habla de educar al indio, de gimnasia sueca, de cultura física y otros embelecos, invitarle a tomar parte en un concurso semejante! ¡Qué cosa amena! Y esto se llama conocer la raza, pretender educarla y dirigirla, y de no poder más, reducirse a difamarla.

La base de toda moralidad superior está en una real superioridad física; y en este sentido, lo que hay más moral, es decir más fuerte en Bolivia, es el indio después el mestizo, por su sangre india, y en el último término el blanco, que en el instante histórico que vivimos es diputado, ministro, juez, poeta, profesor, cura, intelectual... y, para decirlo todo de una vez, ¡parásito!

26 de agosto de 1910.

Capítulo XXXV

Nosotros decimos: el indio es todo energía; la ciencia europea (Chervin) dice: el indio es todo músculos. Los primeros depósitos grasos que acusan una fisiología gradualmente inferior, comienzan a mostrarse en el tejido mestizo. Su moralidad sigue una gráfica estrictamente paralela. La moralidad del indio, incomparablemente superior a la del cholo, y mucho más a la del blanco; es indiscutible. Nuestro criterio de basar una moralidad superior sobre superiores condiciones físicas, se cumple y comprueba aquí rigurosamente. No hay necesidad de una notación ergográfica para llegar a esta noción: el esfuerzo y exponente kilogramétrico del indio sobrepasa muy lejos al del cholo, y el de este al del blanco. Ya el cholo acusa una tendencia invencible a las ocupaciones sedentarias, es zapatero o sastre, y en el mejor caso, cerrajero. En cuanto al blanco, no hay que decir; ya sabemos que es intelectual de vocación, consumidor de oficio, y se queda siempre *rond-decuir y gratte - papier*. Entretanto, el indio es minero, labrador viajero a pie, albañil, zapador militar, soldado incomparable, consume el mínimo, se basta a sí mismo y basta a los demás, produce cuanto da la nación, y ha como monopolizado el esfuerzo múltiple y la grande acción.

Actúg. Naturalmente, las condiciones salubres del indio con este régimen son espléndidas, y diez veces superiores a las de cualquier nación europea, bajo el punto de vista limitado de la resistencia primitiva y antimorbose de la raza. Tuberculosis, escrofulosis, artritis polimorfas y todas esas maravillas monstruosas que diezman al europeo, a pesar de su ciencia, no existen para el indio. Naturalmente, las plagas se abaten de vez en cuando sobre él, irremediablemente, y son la viruela, la difteria, y otras semejantes, y hacen el consiguiente estrago. El Estado debería mostrarse aquí. ¡Pero cómo ni para qué ha de pensar jamás en vacunas y sueros, en médicos rurales y hospitales ambulantes! Tratándose del indio, él no está más que para beberle la sangre y comerle la médula; y seguramente para el indio, la peor plaga es todavía el Estado. Además, no hay dinero para estas cosas. Verdad es que lo hay, y a centenares de miles, para pagar premios imbéciles, festejar centenarios grotescos y construir monumentos ridículos; pero, por ejemplo, para este fácil y baratísimo trabajo de vacunar al niño indio, jamás de jamás ha habido un maravedí.

¿Se entiende ahora nuestro pensamiento de comenzar nuestro trabajo pedagógico por los gobernantes? ¿Hay paradoja? ¿Hay exageración? Nos han hablado últimamente los necios, y a propósito de estas polémicas, de las escuelas para adultos, a que hemos asistido en Europa, por vía de estudio: ¡son estas escuelas que habría que instalar en las más altas reparticiones públicas del Estado! Y ya que nos hemos impuesto la grande tarea de decir la verdad y de echar los fundamentos de la ciencia y de la conciencia bolivianas, digamos de una vez: no es el indio que debe aprender nada

del blanco en ciertas materias, las más importantes y vitales, cerne son las de moralidad pública y privada; es el blanco quien debe ir a aprender del indio una ética superior y práctica, el respeto de los hijos a los padres, el de los padres a los hijos, la fidelidad conyugal, el trabajo constante hasta la más extrema vejez, la sobriedad en las comidas, la mesura en el discurso, la paciencia, paciencia secular y heroica, la seriedad en los tratos y contratos, el respeto de la propia palabra, la obediencia a la ley, la reverencia de la tradición, la tradición que es la grande fuerza centrípeta y conservadora de la vida, sobre todo cuando de nacionalidades se trata, y, en fin, todo el catálogo de virtudes indias que se contraponen al catálogo de vicios blancos, en el instante histórico que vivimos.

¡Y ahora, señores pedagogos, continuad sosteniendo que la actual condición del indio es toda bestial! Pero si es verdad que tenéis alguna noción de la ciencia europea, o de lo que sucede en el viejo mundo, si habéis estado allá y habéis penetrado en lo que consiste la verdadera grandeza europea, bien sabéis que los grandes moralistas o sabios, las glorias legítimas que apenas se cuentan en los dedos de la mano, y no el logrenismo científico, alcánico o sorbónico; bien sabéis que los Ruskin, los Schopenhauer, los Poincaré, tratándose de una superior moralidad humana, pasarían reverentes y conmovidos ante el aymara de todos los tiempos, mientras escupirían su desprecio, como lo escupen actualmente, sobre la frente del blanco americano, que es lo único que de nuestra América conocen, por haberle visto arrastrando en los bulevares y *squares* no otra cosa que sus vicios, su miseria donada, su espíritu de chacota, su inopia

mental, su sed insaciada de placeres y su insignificancia en todo sentido altamente humano. Porque es también preciso preguntarse, lo que nadie osa preguntarse públicamente del sentimiento despectivo y la razón de ese desprecio de parte de los europeos de Europa para con nosotros. Este existe, esto es real; y lo peor de todo, este es justificado. Y para los americanos que van a Europa, es esto, entre otras cosas, lo que hay que ven altamente importante, como experiencia fecunda de enseñanzas, porque esto ayuda a formar la conciencia privada, que un día será conciencia nacional.

27 de agosto de 1910.

Capítulo XXXVI

En estas condiciones históricas y étnicas que hemos mostrado, ¿se puede pretender todavía practicar una pedagogía europea basada en abstracciones generales y que no acuse una relación directa, mejor dicho, que no sea la resultante precisa y directa de nuestras condiciones raciales? ¿Cómo se puede aplicar los mismos criterios pedagógicos a nuestro cholo que a nuestro indio? ¿No hemos visto que ambas almas, si tienen un fondo común, si están destinados a construir la misma historia y si están sujetos a la misma fatalidad, en el momento presente, sin embargo, por sus condiciones políticas, sociales y de todo orden, demandan una diversa superior comprensión de su naturaleza y necesidad, en el orden pedagógico, cosa compleja que no sólo es cuestión de enseñanza, sino también de gobierno?

Y es así como con las sugerencias de todo orden que hemos provocado, cabe preguntar cuál es la pedagogía necesaria para el indio. Hemos comenzado por sentar el gran principio que el objeto de toda pedagogía y de todo esfuerzo bolivianos, no debe ser, en último término, ni la ciencia, ni la riqueza, ni la misma felicidad nacionales, sino la energía nacional, a todo trance, a pesar de todo, en todo y para todos. Hemos negado la posibilidad librescamente

imaginada de una pedagogía romántica y pueril que sueña con armonizar todas las pedagogías, y dar al boliviano todas las superioridades y todas las ventajas. No todos pueden ser todo. Los pueblos como los individuos, tienen un solo camino y una sola fatalidad, ¡y guay de ellos si se apartan de esa fatalidad sin comprenderla y en una loca dispersión de esfuerzos y de intenciones! El genio de un hombre o de una nación consiste justamente en devenir conscientemente su destino y ayudar voluntariamente a la realización de su fatalidad. Es en este sentido que el hombre se aproxima verdaderamente a los dioses, porque aceptando así su voluntad suprema, se hace en cierta manera consciente y copartícipe de ella, y reviste en cierto modo una especie de divinidad.

No basta la buena voluntad y la dedicación para hacer pedagogía, mucho menos para gobernarla, y aún menos todavía para fundarla. Si a esto se añade el espíritu de lucro, sea cualquiera, lucro de honores o de dinero, entonces la partida está realmente perdida para el interés nacional.

Ya ha debido verse que el presente estudio, grave y sincero si los hubo, no se dirige tanto a los profesores o maestros que se ocupan directamente de los niños o de los jóvenes, sino más bien a aquellos que se ocupan de los mismos maestros, a los directores de todo el movimiento pedagógico del país, y que en verdad son los que mayor cargo de almas tienen. En nuestros escritos no se encontrará seguramente la mejor manera de enseñar el ABC o el mejor método para enseñar las cuatro reglas; pero los pensadores podrán consultarlos cuando se trate de concebir fundamentalmente nuestra alma

nacional y nuestra historia y cuando se trate de traducir últimamente esas concepciones en el terreno y aplicaciones pedagógicas. No todos pueden ser todo.

En medio de la batahola periodística que ha rodeado esta campaña pedagógica, entrevemos en el fondo un profundo silencio de incompreensión e impreparación, que ha sido la verdadera atmósfera en que nos hemos desenvuelto. Y lo peor es que son pedagogos profesionales o pensadores de la materia los que han desconocido totalmente nuestra acción y nuestro pensamiento. Pero si aquélla y éste son falsos, el tiempo lo dirá y destruirá inexorablemente su falsedad; pero si son verdaderos y sinceros, si es un trabajo legítimo y no simulado, honesto y no bováryco, toda la gritería de nuestras ocas plumitivas no podrá nada contra él, y la vendad quedará siempre diciendo: *e pur si muove*.

Tal es la doble faz de la cuestión en nuestro país. No solamente hay el lado alto y difícilmente científico también hay el lado moral, diríase del esfuerzo científico, y que no es el menos importante. ¿Qué vale una verdad nueva en un país o ciego naturalmente o voluntariamente cegado? Guardémonos sin embargo de un pesimismo excesivo. Los que sobre todo conocemos la acción del tiempo y la asombrosa fuerza de la verdad, debemos esperar todo de él y de ella. Además, ¿no es nuestra doctrina desconfiar siempre de todas las filosofías, siempre inseguras, de todas las fes interesadas y sólo confiar en la vida, fuente eterna de toda filosofía y de toda fe? El viento ciego lleva toda semilla, aun la de la verdad, allá donde el mejor y superior interés de vida le depara el mejor terreno.

Una sola cosa hay que pedir, y es la buena voluntad de decir y de hacer bien. Casi siempre existe un paralelismo entre la calidad de un pensamiento y su fondo moral. Una grande idea, fuera de su valor puramente intelectual y especulativo casi siempre comporta consigo una como atmósfera de benefacción. Un gran espíritu no solamente es clarividente sino benefactor; y las grandes verdades, casi siempre, por caminos indirectos, se convierten en grandes bondades. Y cuidado con no confundir también este optimismo superior con el mezquino y graso contento del Sancho universal que es rémora de la vida y miseria humana.

28 de agosto de 1910.

Capítulo XXXVII

Ya se ve el lado débil de la pedagogía del indio: la inteligencia. No solamente sus fuerzas mentales están lejos de haber sufrido el menor desarrollo en el sentido europeo, sino que sus formas mismas pueden que no concuerden del todo con las del blanco. Una sola sugestión daríamos: bien se sabe que el lenguaje es una de las más directas y genuinas manifestaciones de la vida cerebral. La fisiología y la patología del lenguaje son característicamente cerebrales. Ahora bien, no hay indio puro que, por más de haber aprendido el español desde la primera infancia, llegue jamás a pronunciarlo con la pureza y precisión de tono y acento que el mestizo o el blanco. En esto como en muchos otros puntos, la personalidad india se acusa con tal intensidad y con tal fuerza, que sólo es comparable a la del inglés bien se sabe lo rebelde que es éste a la total y completa asimilación de una lengua extranjera; el inglés, háblele lo que hable, y hable como hable, se queda siempre inglés. El indio es lo mismo; y lo extraño es que no solamente en este punto se puede establecer paralelos con la nación insular, como tal vez veremos tarde.

En este sentido, la pedagogía del indio es cosa más bien difícil. Existe una especie de nativa inaccesibilidad en la

poderosa y personal naturaleza del indio. Toda cultura es un desgaste; diríamos, toda cultura es escultura; y el alma del indio parece hecha del granito de sus montañas. Esta es su dificultad y su grandeza.

El indio pide más una enseñanza, el cholo más una educación, este sería el verdadero matiz psicológico y pedagógico de ambos. Lo que hay que impedir es que la enseñanza comporte para el indio una desmoralización, como ha sucedido hasta ahora. Nuestros absurdos intérpretes tampoco nos han comprendido en este punto. La letradura española no puede menos que ser buena en sí para el indio como para cualquiera; lo que es malo es que el indio, al letrarse, se aproxima al cholo y al blanco, y al aproximarse a ellos pierde parte de sus buenas costumbres y adquiere parte o casi todos los vicios del blanco y del cholo. El ideal sería letrar al indio aproximarlos a las clases superiores, por medio de esta letradura, y hacen que a la vez conserve sus grandes cualidades morales y características. Esta y no otra es la cuestión. Necesitamos de una pedagogía profiláctica, respecto del indio; y en este sentido nuestra idea primitiva, aparentemente paradójica, y profundamente científica, tratándose de la creación de una pedagogía nacional, queda en pie: no sólo hay que comenzar la pedagogía por los pedagogos; necesitamos trabajar sobre toda aquella parte que se pretende la más culta de la nación, y que justamente es la más desfavorecida en el sentido nuestro. Necesitamos comenzar reeducando a todos nuestros blancos o pseudo-blancos; educar en seguida a nuestros mestizos, y acabar entonces instruyendo a nuestros indios. Sólo así destruiremos el veneno moral

que significa para el indio su contacto con el blanco, y un poco menos, con el mestizo.

Y aquí cabe destruir otro gravísimo malentendido. Se nos habla citándonos autoridades científicas europeas de la necesidad de aproximar al indio hacia el blanco históricamente superior. De acuerdo. Pero entendámonos un poco, señores pedagogos, ¿de qué blanco estáis hablando? ¿Del que está haciendo la grande Alemania futura, del que ha hecho la grande Inglaterra de hoy? ¿O habláis del blanco sudamericano, pobre, vicioso, degenerado perezoso, chacotero e insustancial? Allí tenéis otro de los inconvenientes del bovaryismo libresco. La ciencia europea habla de superioridad blanca aria; y sin más criterio, sin mayor examen, sin abrir los ojos sobre la vida, os estáis imaginando que la ciencia europea también se refiere a los blancos de Sudamérica! Pero abrid los ojos; comparad los factores y comparad los resultados. Podéis hacer la experiencia en Europa y en Sudamérica. En cuanto a la primera, ya lo sabéis, ya os lo hemos dicho, qué hace y qué significa el blanco sudamericano en Europa; en cuanto a este continente, comparad un poco a los des blancos, y ved la increíble diferencia. Ahí están Buenos Aires, Santa Catalina, Valdivia, para no citar más: todo lo que hay de esfuerzo creador en todo sentido, grande o pequeño, pertenece al inmigrante europeo —blanco—; todo lo que hay de pereza y atraso endémicos desde hace trescientos años, pertenece al autóctono sudamericano blanco—. Esto va de blanco a blanco, señores pedagogos. ¡Y es ver estas cosas que también se llama operar sobre la vida y no sobre papel impreso! Así, pues, todo cuanto se diga en Europa

del blanco europeo creador y mantenedor de su actual civilización, no se puede aplicar en ningún sentido a nuestro blanco, destructor de toda civilización, como ha hecho en México y en el Perú, e incapaz de orear cosa alguna, como que nada ha creado en tres centurias.

Pero entonces se nos dirá: es llevar la pedagogía demasiado lejos. Sin duda; pero hay que ir así tan lejos para fundar algo estable y definitivo. ¿Os imagináis que con maestros rurales y reglamentos plagarios hemos de poder fundar de veras la pedagogía de indio? Os he de decir otra verdad probablemente nueva también para vosotros: el mal primordial y la principal carencia, tratándose de pedagogía india, no está en el indio, no reside en él; está y reside en nosotros, los que nos llamamos y somos de hecho los directores y gobernantes de toda la vida nacional. El fundamento de la resurrección nacional está en la reeducación de sus masas superiores, que haga una sólida educación de su gran fondo étnico, esto es, los indios. Sólo entonces podremos aproximar al indio hacia nuestro elemento blanco, sin temor y sin escrúpulo del contagio moral, que es una realidad, por mucho que su verificación nos duela. Sólo entonces podremos esperar que el indio letrándose y comunicándose con el mestizo primero, y con el blanco después, no ha de perder sus grandes cualidades características, y al revés, conservándolas, sólo ha de adquirir un nuevo instrumento, todo intelectual, para desarrollarlas y practicarlas. Y entonces este será verdaderamente el primer paso de la verdadera grandeza nacional.

30 de agosto de 1910.

Capítulo XXXVIII

Probablemente el indio es una inteligencia secularmente dormida: en medio de las magníficas condiciones morales que han caracterizado siempre la historia del indio, se encuentra siempre una deficiencia de organización mental y la falta de un superior alcance intelectual. La verdad es que el indio ha querido siempre y ha pensado poco. Históricamente el indio es una gran voluntad y una pequeña inteligencia. Sobre todo el aymara, desde su legendaria y prehistórica resistencia a todo yugo político, hasta su actual condición de trágico aislamiento, en medio de su miseria y su infortunio, siempre ha mostrado una voluntad inquebrantable que ha contrastado extrañamente con la falta, en toda su evolución histórica, de un principio rector y organizador de vida. Es esta inteligencia india que es problema para toda pedagogía del porvenir. Nótese que esta inteligencia limitada y no desenvuelta, ofrece sin embargo innegables condiciones de superioridad, en lo que llamaríamos la calidad del pensamiento. El indio sabe pocas cosas, pero lo que sabe, lo sabe mejor que nadie. Hemos hablado ya de la precisión e intensidad con que el indio concibe sus pocas concepciones. Cuando el indio aprende a hacer un trabajo lo hace siempre sin la versatilidad del

cholo y sin la superficialidad del blanco; el trabajo es igual y su calidad es siempre la misma. Esta es una condición totalmente mental y muestra el sólido mecanismo de la inteligencia india. De aquí que el indio sea el obrero ideal para ciertos trabajos rutinarios en las artes y oficios. Enseñad al indio a hacer una cosa y la hará igual hasta su muerte. La cuestión es enseñarla; y entonces el problema pedagógico, respecto del indio, se concreta: hay que despertar la inteligencia del indio, y toda pedagogía debe ser para él sobre todo instructiva y profiláctica. Porque aceptamos que tratándose de educación, si por ella se entiende la formación del carácter y su máximo sabio desarrollo, las condiciones nativas de carácter del indio son tales, que bien podría el indio servir de paradigma educativo a todos los pedagogos blancos, y educarlos, caso de poseer los medios culturales que no posee, y no viceversa.

Y esta es otra de las grandes orientaciones, ya que así se llama, de la pedagogía nacional.

La grande base pedagógica del indio debe ser su carácter y su moralidad. Es sobre ese terreno que el pedagogo debe construir. Y resulta entonces que la pedagogía del indio debe ser más bien una obra de paciencia y de método, que de inteligencia y de razonamiento puros. Si queréis llevar algo a la inteligencia del indio, dirigios sobre toda a su voluntad y a su sentimiento. El indio más que nadie demanda un pedagogo ante todo psicólogo. Este necesita conocer sobre todo el arte de mover la voluntad y de plegarla a las necesidades de la instrucción, tratándose del indio. El indio demanda una pedagogía de amor y de paciencia;

el mestizo una pedagogía disciplinaria, regimentativa e intelectual debemos precisar más, la una debe ser pedagogía más instructiva, la otra más bien educativa. La base de operaciones en el indio es su carácter; en el mestizo su inteligencia; y por otra parte, la pedagogía de ambos debe dirigirse a las deficiencias de cada uno. Así, tratándose del indio necesitamos contener su tendencia al aislamiento interior y exterior, a la concentración morbosa que se traduce en sentimiento antisociable. La soledad es útil; pero es bueno también comunicarse con sus semejantes; y si es cierto que una excesiva sociabilidad despersonaliza al individuo, no es menos cierto que el espíritu de asociación es el que en gran parte ha contribuido al desarrollo de las grandes naciones europeas, en todo sentido. Hay que despertarlo en el indio. Ese exceso de asociación es el que en gran parte ha contribuido a desarrollar la personalidad indeleble en la raza, ha llegado a producir un embotamiento mental, que más de un viajero inexperto ha tomado por estupidez. Una sola mirada a la historia y a la prehistoria india bastaría para destruir este prejuicio contra la raza, y de que tan puerilmente participa toda nuestra miopía pedagógica y no pedagógica.

Ya se ve los grandes lineamientos de la cuestión. Una íntima y profunda concepción de estos estados habilitarían al gobernante de toda la pedagogía nacional para encauzarla fundamentalmente; y ya se ve de todo punto, tratándose de dirección y mando.

Se cree generalmente que existe en Europa o en otra parte una ciencia pedagógica; que el problema educativo está

resuelto definitivamente por los sabios europeos. Este no es cierto. Es más fácil y menos erróneo aceptar la existencia de ciencias pedagógicas que de una Ciencia Pedagógica. Justamente la cuestión educativa es una de las más debatidas y problemáticas —hoy mismo— en el mundo entero. Es tan absurdo aceptar principios dogmáticos en materia pedagógica como en cualquiera otra. Últimamente se nos ha hablado de Cefalemetría, a propósito de los indios. ¿Se ignora que la misma ciencia europea está a oscuras tratándose de las conclusiones definitivas sobre *dolikhos* y *brakhys*? ¿Pero qué hablamos de cuestiones tan fácilmente oscuras! ¡Todas las ciencias físicas están construidas sobre el famoso principio de la permanencia e indestructibilidad de la materia: y ese mismo principio comienza hoy a aparecer falsa e insuficiente, a la luz de las nuevas investigaciones sobre la esencia de la materia! ¡Imaginad el resto! Para quien la conoce a fondo, la cuestión braquidolico-cefálica es una maraña sin solución actual, toda enredada de contradicciones, de datos que se destruyen entre sí, y que por el momento no sirven sino para establecer esta verdad: nada se puede concluir aún; nada hay definitivo.

¡Mucho cuidado en valorar la ciencia en su justo valor! La ciencia de veras es cosa muy relativa, y en las más de las cosas, al menos, en las más trascendentales, estamos tan ignorantes como lo estaba Adán o sea el Antropopiteco de nuestras observaciones ha sido, tiempo ha, que no entontece menos el fetichismo científico que el religioso.

31 de agosto de 1910.

Capítulo XXXIX

Letrad al indio si queréis y podéis. No puede menos que resultar un bien de semejante trabajo. Y aquí hay otro punto de incomprensión de nuestras ideas de parte de los que las critican. No pensamos que la letradura en sí sea mala para nadie. Esto sería ridículamente absurdo. Lo que sostenemos es la insuficiencia de la letradura para el indio, fuera de los peligros que ella comporta, en las condiciones en que hoy puede alcanzarla. La grande evolución social que perseguimos no tendrá seguramente por única base la letradura del indio. Otro y más vasto es el trabajo necesario para ella; y este trabajo hay que ejecutarlo no en el indio mismo letrándolo, sine en las clases socialmente superiores y que hoy tienen por la fuerza de las cesas, el destine del indio entre sus manos.

Necesitamos provocar un grande y nuevo movimiento en esas clases. Necesitamos comenzar a hacer lo que hace trescientos años no hacemos y debíamos hacer. Se trata de una acción colectiva, sabia, consciente y razonada, a más de altamente justificada. Se trata de rectificar una manera de concebir torcida y mal interesada respecto del indio y su significación dentro de la nacionalidad boliviana. Estamos plagados de prejuicios anticientíficos y en el fondo altamente

inmorales y disociadores de todo espíritu de nacionalidad. La verdadera bestialidad está en concebir al indio como una bestia, desconociendo sus calidades raciales superiores en muchos sentidos a las de las clases dominantes; y esta concepción viene justamente de los mismos directores de todo movimiento pedagógico en el país. Fue esta manera de concebir absurda que ha sido la causa principal de la ruina de los españoles en América. Esta comprensión imbécil y ruin cuanto cabe, es la verdadera clave histórica con que se explica toda la política colonial y sus trágicos y fatales resultados para la metrópoli, desastres de los que hemos heredado nosotros. Estamos vociferando nuestra independencia y manumisión del yugo español; pero fijaos bien, el yugo existe aún sobre nuestras frentes, y consiste justamente en que aún no podemos sacudir la carga de prejuicios absurdos que nos han impuesto y de la que no podemos liberarnos todavía. Y esos prejuicios fueron su ruina y serán la nuestra ¿La conquista salvaje y la colonia insensata han desaparecido de América? Ostensiblemente sí; pero se han quedado en nuestras venas, y de allí no las han sacado todavía los Murillo y los Sucre. Allí está palpitante con todos sus vicios e inferioridades.

Es este lo que hay que rehacer. Tenemos que librar aún la última campaña de la independencia, y destruir definitivamente el espectro español que aún domina nuestra historia. Es entonces que comenzaremos a poseer una verdadera personalidad que no existe aún en nuestra América. Fijaos bien: si el marcan una personalidad y un carácter definidos es prueba de una superioridad étnica y biótica, ella no existe en el americano predominante

actualmente; pero existe en nuestro autóctono indio, y de la manera más vigorosa y típica. ¿Y no es la más famosa locura cerrar los ojos ante las verdaderas fuentes de la energía, y aún más, negarlas, denegarlas y peor aún, tratar de destruirlas, como ha hecho el español imbécil? Es esa energía que comienza a circular en nuestras venas.

¿Y quién ha de ejecutar este movimiento, esta acción que no hesitamos en llamar la refección nacional? No es el indio directamente; somos los pensadores, los directores, los gobernantes, quienes empezamos a tomar conciencia cabal de nuestra vida integral y de nuestra verdadera historia natural. Debemos comenzar por ver cuánto hay de dignidad humana por nosotros ultrajada en el indio; cuánto desconocimiento de sus verdaderas facultades y fuerzas; qué abyección por nosotros creada, y qué ruina de los primitivos señores de la tierra que hoy poseemos. Debemos comprender entonces que toda esta injusticia acaba por volverse contra nosotros; y que si aparentemente la víctima es el indio, final y trascendentemente lo somos nosotros que en realidad destruimos las únicas fuentes de vida y de energía que nos ofrece la naturaleza.

Y entonces, lo que hay que dar al indio, al darle la lettradura, es sobre todo, respeto, justicia, dignidad, nuestra consideración y nuestro amor, pensando que en muchos sentidos su miseria es nuestra obra, y que su resurrección es nuestro salvamento. Es entonces que la pedagogía india tendrá un sentido real y positivo; es entonces que será una obra altamente sabia y científica de la que podremos esperar resultados innegables y matemáticos. Lo demás es

bovarysismo infecundo, y continuar haciendo lo que hemos hecho con nuestra política, con nuestras finanzas, y con todo: apariencias de cosas y ruido de palabras.

¿Se comprende ahora dónde buscamos las bases de nuestra pedagogía? No en las fórmulas librescas y plagiarias; peno en el esfuerzo nacional, en la energía constante e infatigable, en el trabajo de todos para todos, en la buena voluntad en el calor del alma patria, en la fuerza y potencia de nuestra sangre. ¿Es útil la ciencia europea? Tanto mejor; pero sola jamás bastará para edificar nada en nuestro suelo ni en nuestra conciencia.

1º de septiembre de 1910.

Capítulo XL

Y llegados a este punto, necesitamos volver la vista de este estudio, y señalar lo que no hemos hecho todavía, el objeto final de toda pedagogía y educación nacionales.

Al fondo del aparente desorden con que forzosamente ha habido que exponer estas ideas, y que en más de un momento dado han revestido muy a pesar nuestro un carácter polémico, al fondo decimos, existe una idea maestra y una grande unidad de pensamiento. Sin embargo, a lo largo del camino recorrido han quedado algunos puntos interrogantes, sin respuesta todavía de nuestra parte, y que siguiendo un método preconcebido, bueno o malo, según se entienda, hemos querido reservar para el fin.

Una cosa que nos ha asombrado y entristecido siempre es la absoluta exorbitación e indirección en que se ha desarrollado siempre toda la acción de nuestros pedagogos, directores y cuantos oficial y extraoficialmente se ocupan y se han ocupado de este tan grave asunto. ¿A dónde se conduce la pedagogía nacional? ¿Cuál es el plan? ¿Qué se quiere hacer del boliviano? ¿Cuál es el objeto perseguido?

Porque verdaderamente responder a todo esto que lo que se persigue es llanamente enseñar las primeras letras

a quien no las posee aun, y dejan el resto como se está, a más de ser infinitamente pueril, no es tarea de directores, ni de hombres de estado, ni de nada. Por otra parte, siguiendo un método bováyco ir a todos los países e importar de ellos todas las formas educativas, que en el fondo no son sino todas las formas humanas, por contradictorias y anacrónicas que sean, por dispares y ajenas que se manifiesten, y pretender hacer del boliviano aquel famoso ramillete de maravillas de que hemos hablado ya, es tan infinitamente anticientífico, y revela tan poco conocimiento de la psicología de la historia de sus leyes y de la naturaleza humana en general y en particular, que hemos visto siempre en ello la causa principal de nuestros errores de nación y de hombre.

Hay entre nosotros hombres conocedores de muchas cosas bolivianas y extranjeras; los hay también de buena voluntad y honesto patriotismo; pero que no existe aún son hombres sólidamente cultivados que hubiesen traspuesto aquel estado que llamaríamos de neofitismo científico y que consiste en aceptar sin control todo lo que en el mercado de las ideas lleva sello europeo, o peor aún, yanqui; porque aceptamos que la condición *kat'exokhen* de toda cultura y especialmente de toda dirección, es la más completa libertad de entendimiento y de razón y esa independiente elevación criterial del hombre que le pone en estado de juzgar todo y decidir en orden a su propio discernimiento. Hace muchos años escribíamos refiriéndonos a otro género de disciplinas: un grande artista es siempre más grande que su arte. Este mismo pensamiento tendríamos que transmutar y aplicar a la presente cuestión. Todo fundador y director de la educación nacional tiene que estar por encima de toda la

materia de manera de poder dominarla y no dejarse envolver y ahogar por ella.

¿No se ve acaso en todo lo que oímos y leemos sobre educación nacional una total indirección de ideas y aspiraciones y de pensamientos? ¿Qué es lo que se revela de toda nuestra literatura pedagógica, política e cualquiera otra? Que cuando todo ello no es una fantástica niñería, nuestros escritores y pensadores saben mucho más de Europa y de la China que de nosotros y de nuestra tierra.

Volviendo a nuestra materia, ¿quién se ha dado cuenta en Bolivia, de las grandes corrientes contrarias y contradictorias que embargan en este momento el pensamiento europeo tratándose de la cuestión educativa? Se cree ingenuamente que en Europa hay una completa armonía de métodos y de objetivos, y que los pensadores y teóricos viven allá en un pacífico pensil de especulaciones donde las ideas crecen unas junto con otras, todas como sanas y provechosas legumbres. Este es un grave error, y viene de la inexperiencia en el manejo de las ideas, y de lo que hemos dicho ya — de la falta de una sólida cultura intelectual. Nuestra cultura no tiene fundamente de ninguna clase. ¡Lo más que podemos llamarnos es lectores aprovechados!, pero esto no basta para crear una sólida cultura intelectual. Una verdadera cultura supone un doble trabajo de asimilación y eliminación. Hay que saber escoger, y escogen bien; concretar los estudios y abandonan resueltamente cuanto no entre dentro de un plan previo y sabio. No todo lo bueno es útil, y es todo un arte saber renunciar oportunamente. Es este régimen interior, que falta y ha faltado siempre e toda nuestra inteligencia

sudamericana. Lo que da un valor a los conocimientos, es la inteligencia voluntaria y consciente que los ordena; y es esto sobre todo que en verdad se llama cultura de ideas.

Cuando hemos hablado de la raza, de su fondo concien- cial y típico, de sus fuerzas y elementos de vida particulares y peculiares —se nos ha venido con que todo eso no existe que seamos conglomerados étnicos incoloros e indistintos, y que por consiguiente es absurdo tratar de fundar pedagogía ni nada sobre esas pretendidas bases.

Ahora bien, todo este es inexacto. El que no la vean los demás, no es razón para que una cosa no exista. Nuestra idea maestra ha sido derivar nuestra pedagogía de nosotros mismos. Entonces hemos buscado nuestras propias fuentes, y hemos establecido que todo movimiento en este terreno debe partir de nosotros para llegar a nosotros mismos. ¿Y cómo?; tomando por base el carácter nacional para manifestarlo y desarrollarlo en toda su trascendencia histórica y material.

¿Y en qué consiste el carácter nacional?

Esto hemos de decir en esta última parte.

2 de septiembre de 1910.

El carácter nacional

Capítulo XLI

El grande error de aquellos que no han encontrado una manifestación característica en nuestra nacionalidad proviene de que siempre han considerado como objeto de sus observaciones y deducciones a nuestro blanco sudamericano y especialmente boliviano, o puno del todo o casi puro (no se sabe). Como es el único que hasta ahora habla y escribe y manifiesta una apariencia de vida sobre todo política, ha embargado siempre la atención de los pocos pensadores que de nosotros se han ocupado.

Reconstituyamos un poco la historia.

En el primer momento de la colonia, que también es el primero de la conquista, el blanco recién desembarcado en América, significaba y era de hecho todo para el blanco. Entre el colono y el autóctono existía mayor distancia que el mismo océano entre sus dos patrias. Una incomprensión radical separaba a las dos sangres. No sólo existía la grande disparidad de razas que comportaba consigo la disparidad de historia, de educación y, en una palabra, de la organización misma de las fuerzas étnicas de cada uno; había también, según nosotros, una inferioridad radical y obstaculizar, bajo el punto de vista sintéticamente humano, de parte del español, y que le hacía

inapto para servir cualquier interés de la vida más o menos trascendente. El español, doquiera iba, llevaba consigo un germen de inmoralidad y de descomposición históricas, que por lo demás no sólo se manifestó de su parte en América, sino en toda su historia contemporánea de entonces, y que se puede comprobar todavía en su misma historia contemporánea de hoy. El español no solamente ha hecho en la América lo que en la América ha hecho; también lo ha hecho en Flandes, en Sicilia, en Italia, ha pretendido y tentado hacerlo en Inglaterra, y donde ha puesto históricamente la mano, se han dado los mismos resultados y se han comprobado las mismas experiencias. ¿Y qué era ello? Aceptamos que el español llevaba consigo a donde iba una sombría pasión destructora de la vida, y que era ceguera de inteligencia para concebir un interés superior y altamente humano.

Seguramente con los reyes católicos se abre en España un período de expansión vital para el hombre y para la raza; pero hay algo malsano en este brote de fuerzas que más tarde han de transformar la historia. Si se examina en un momento semejante a cualquiera otra raza realmente superior, pronto se ve que el momento histórico de su florecimiento coincide también con la aparición de una grande idea o de un gran sentimiento que se encarna directamente en la raza, y que constituye misión histórica para ella, y es a la vez por sí y en sí un grande elemento resorte creador o conservador de vida. Tomad a los griegos o a los ingleses. Siglos los separan; sus sangres son distintas; pero tienen en común que ambos alcanzan instantes de expansión histórica que les dan una real supremacía sobre parte considerable de la humanidad. ¿Y qué hay en la

sangre de cada una de estas naciones? ¿Cuál es el resorte maestro de toda su historia? Grecia es todo el pensamiento humano, hoy más vivo que nunca; Inglaterra encarna toda la acción humana en su grado supremo; y pensar para la una, y obrar para la otra, son dos misiones históricas, a cuya realización consciente y subconscientemente se subordina toda la historia de las dos naciones. Y es esto que ellas llevan, cuando llega el momento expansivo, a sus colonias y a sus conquistas, *et in hoc signo vincunt*.

En España no existe cosa semejante.

Nos preguntaríamos ¿cuál es y ha sido la misión histórica de España? La flor de su pensamiento es el molinismo; y su obra maestra es la conquista de América. Buscad en su historia la gran misión jurídica como en Roma, o el fondo étnico del alma germana o el instinto y vuelo metafísico-religioso del hindú; nada encontraréis que se pueda traducir como contribución honesta y directa a la obra solidaria de la especie y como colaboración a la grandeza o a la felicidad humanas. España no encarna ningún ideal, y si lo encarna tal vez es uno negativo, el de crear el sufrimiento y tender a destruir la vida, lo que podría servir oblicuamente los intereses de la vida, interpretándose como tónico y reactivo de la misma.

Este significa el blanco español en Sudamérica; porque también es preciso concretar las denominaciones; y cuando hablamos de la influencia blanca en el continente, no hay que confundir dentro de un ancho concepto genético del ariano, las diferencias específicas, que en cierto modo son sustanciales, como lo hemos visto y lo vemos.

Y penetrando un poco más en el alma conquistadora encontramos un extraño conjunto de ideas y pasiones que hacen de la colonia la cosa más típica y trágicamente interesante de la historia. Hay la sensualidad característica; hay también la melancolía superior; hay el orgullo infecundo perezoso, y la fantasía desordenada; hay la religiosidad que pronto es fanatismo, y que da las más extrañas flores como pasión y sentimiento cuando se combina con la sensualidad propia de la raza; hay también el espíritu de aventura; pero no es por saber ni gozar de lo nuevo y lo ignoto; es simple sed de oro, y que no es jamás un alto ideal humano. Hay también la crueldad helada y consciente junto a la pasión más ardiente y ciega. Quedan sin embargo en el fondo algunas calidades que compensan todo lo negativo de la raza. Una invencible tendencia a la grandeza que cuando no hay suficiente seso, se traduce en quijotismo, y cuando lo hay, en cierta probidad moral, que hacía decir a Montesquieu que el mercader más honesto era el español. Luego un raro sentido común para comprender las cosas, aunque no para aplicarlo en la vida diaria y ordinaria. La pasión o la pereza ha anulado siempre en el español la clara visión de su buen sentido, que en su tiempo ha sido uno de los más altos de Europa.

No resistimos a la tentación de señalar aquí una observación que podría ser de algún interés para la psicología de la historia: históricamente, el español ha debido digerir siempre mal.

3 de septiembre de 1910.

Capítulo XLII

Decíamos que desde el principio, sólo el blanco ha existido para el blanco, y toda la vida americana ha sido juzgada con criterios blancos, y considerada, históricamente hablando, materia exclusivamente blanca.

Esta manera exclusiva de concebir la historia tenía al comienzo alguna justificación, porque la primera colonia pudo considerarse como una europeización de las tierras nuevas. La sangre europea fluía sobre América, como fluye hoy sobre Buenos Aires o Nueva York, y mientras se conservó intacta y pura pudo seguir cubriéndose como un movimiento de europeización de América. Pero he aquí que en el curso del tiempo y en virtud de leyes fisiológicas e históricas desconocidas, y que quizás acusarían la superioridad fundial de unas sangres sobre otras, aquel movimiento de europeización es profundamente modificado por los elementos de vida autóctonos, y resulta que en la parte meridional del continente comienza a delinearse toda una evolución étnica que acabará un día por ser histórica. La sangre española comienza a perder su pureza y a mezclarse con la sangre nueva, y gradualmente se produce un cambio contrario que de hecho transmuta la primera europeización de estas tierras en una verdadera americanización de

la sangre europea en el nuevo mundo. Esto cambia sustancialmente el fondo de las cosas; pero es una evolución que se cumple lenta e inaparentemente. Esta renovación y reformatión sustanciales de los elementos primos de la historia, no se ve de frente, ni se imagina hasta dónde puede ir. Es el mestizaje gradual y secular. El elemento blanco que sigue viniendo constantemente de Europa, y que no hace más que contribuir vigorosamente al cumplimiento de esta superior ley biológico-histórica no se da cuenta de él, y sigue entendiendo lo que al principio entendía, que se entendía de un simple trasplante europeo; y en este sentido, aunque los materiales sustanciales de la historia están cambiando sustancialmente los criterios de la misma siguen siendo los mismos y aquí se presenta el extraño contraste de como las formas ideales tienen mayor persistencia que la misma materia palpable el objeto y sujeto de la historia. El hombre cambia; pero las ideas permanecen Y es así cómo la colonia, después de tiempo, mestiza ya de naturaleza sigue siendo española de ideas, y encerrando su nueva alma dentro de criterios del todo ajenos.

¿En virtud de qué leyes etnológicas se cumplen estos fenómenos? No se sabe precisamente; pero el hecho del mestizaje interpretado así, es innegable. Si en la evolución que llamamos mestizaje sucede esto con las ideas, no sucede lo mismo con los sentimientos. El mestizo, que sigue ciegamente siendo español de ideas, no lo es más de corazón. Este es un punto muy importante de la Psicología americana El primer sentimiento trascendente libertario contra la metrópoli, no ha debido nacer en un pecho indio ni en uno español, sino en uno mestizo. Todo

hecho histórico para cumplirse demanda cierta razón, y las fuerzas que lo cumplen tienen que guardar cierta proporción con el medio en que se desarrollan y respecto de los elementos sobre o contra quienes operan. Para cumplir un movimiento contra el dominio europeo, el indio no estaba suficientemente próximo a él, y justamente su grande alejamiento de la civilización europea le impedía tener una justa comprensión y un eficaz alcance sobre ella, o contra ella. Pon su parte el blanco puro sufría de la falta contraria: demasiado próximo al mundo y al alma europeas, haciendo parte de los mismos, no encontraba en sí elementos suficientemente heterogéneos para realizar el movimiento disgregatorio y libertario, esa especie de fractura histórica en que consiste la independencia de América. El mestizo sí. Si seguía pensando a la española, sentía o como indio, y ese sentimiento y pensamiento combinados le hacían apto para tentar un día la empresa. La tentó, y resultó.

Volviendo al primer punto, deseamos llegar a éste: todas nuestras ideas son de blancos; pero todos nuestros sentimientos son de mestizos. El grande mal de que justamente sufrimos es este divorcio de criterios y sentimientos, que significa una verdadera disociación de fuerzas interiores, y que nuestra moderna cultura a la francesa no hace más que acentuar y agravar. Digamos de paso, y para prevenir incomprensiones, que estas verificaciones nuestras no significan la condenación de toda cultura europea ni mucho menos, pues tal cosa sería seguramente absurda. Otro es nuestro pensamiento.

El resultado directo de este estado es una constante contradicción de nuestra vida. Todo género de ideas extrañas persisten en nosotros con toda la fuerza del prestigio europeo. Dispendemos una gran suma de atención y de fuerza en la contemplación y manejo de ideas exóticas que no tienen una raíz vigorosa y profunda en nuestra naturaleza, y tampoco responden a necesidades positivas de nuestra vida. ¿Es éste un simple fenómeno de educación? ¿Es herencia? ¿Hasta qué punto podemos contrariarle?

Y aquí se presenta otro lado pungentísimo del problema: ¿debemos modelar nuestra alma toda mestiza, en orden de nuestras concepciones europeas, y forzar nuestra naturaleza toda distinta ya, a encajarse en diversos marcos europeos, como en un hecho de Procusto? ¿O debemos más bien subordinar en nosotros mismos toda tendencia toda idea, todo vuelo europeos, y violentarlos también, para hacerlos servir al desarrollo de nuestra naturaleza íntima de mestizos, y proponemos así un objetivo que de antemano parezca inferior al perseguido y alcanzado tal vez por los europeos? Concretando más: ¿debemos perseguir un ideal americano o uno europeo?

Aquí se presenta una objeción considerable

4 de septiembre de 1910.

Capítulo XLIII

La objeción es: ¿en qué medida se puede considerar al que llamamos blanco sudamericano como un elemento irremediablemente exótico y ajeno en medio de nuestras nacionalidades? ¿Hay realmente blancos puros? Si los hay, ¿en qué medida siguen siendo extraños a nuestra naturaleza estrictamente americana? ¿Hay que aceptar que en los trasplantes, con tal de que una sangre se conserve rigurosamente intacta de todo mestizaje, sigue ésta guardando su primitivo carácter étnico, más e menos atenuado o intensificado? En una palabra, ¿nuestro blanco sigue siendo un europeo generado en América, o forma una nueva entidad, sobra todo bajo el punto de vista de su moralidad?

Y en este punto de nuestro estudio del carácter nacional encontramos necesariamente otro factor que para muchos sociólogos es definitivo, y que también nosotros, con ciertas reservas, nos inclinamos a considerar tal. Este factor es el medio.

Y el medio es la tierra, para usar de un término menos áridamente científico. La tierra hace al hombre, y en este sentido la tierra no sólo es el polvo que se huella, sino el aire

que se respira y el círculo físico en que se vive. La tierra tiene un genio propio que anima al árbol que germina y al hombre que sobre ella genera. El alma de las razas está hecha del polvo de las patrias; y en este sentido el hombre no está menos arraigado al suelo, que el árbol, su hermano. Es sobre todo en este espíritu que hay que traducir el pensamiento aristotélico: el hombre es un árbol con las raíces arriba. Y es en este sentido también que se puede decir que la historia humana hace parte de la historia natural. Es la insuficiencia de las ciencias físicas que hace hasta hoy la imposibilidad de una verdadera ciencia histórica.

La tierra hace al hombre; y es en la tierra que hay que buscar la última razón de su pensamiento, de su obra, de su moralidad. Cuando se dice tierra patria no solamente hay en ello un símbolo paternal, sino que realmente existe una relación generativa entre el suelo y el hombre. Físicamente, el hombre está hecho de las sales del suelo en que vive y genera. La poética ficción de que cada uno lleva un retazo de cielo patrio al fondo del alma es una realidad. *Humus, homo*. En esto punto nada hay más flagrante que el ejemplo de los Estados Unidos. El *yankee* nativo aparentemente es un europeo boreal generado en América. Los caracteres físicos se conservan, aunque aquí mismo quizá ya se pueden entrever variaciones finísimas. Pero donde el genio de la tierra se revela irremediablemente es en el carácter. En el yankee nativo, a pesar de todas las apariencias, resucita el piel roja. La audacia, la temeridad yankee no son inglesas; Lynch tampoco. La Europa tradicional no ofrece nada semejante: el piel roja sí; y en este caso, no existiendo el genio de la especie, existe el genio del lugar: *Genius loci*. Si

tuviésemos una psicología íntima de las razas primitivas de la América del Norte, es probable que podríamos establecer un paralelo exacto con sus nuevos habitantes. Tan grande y tan permanente es la fuerza de la tierra.

Esto significa el medio, y este también debemos buscar en nuestra tierra y en nuestras razas, nativas o nuevas. El blanco nativo ya de nuestra América, por puro que se hubiese conservado, comienza al cabo de algunas generaciones a revelar y reflejar en sí esta influencia del medio. En este punto nada hay más sugestivo que la convivencia de blancos, mestizos e indios en nuestro país. Nuestros blancos que siguen viviendo una apariencia de vida europea, y como radicalmente divorciados de los indios, no se aperciben de que toda su vida a la europea tiene, en el fondo, un saber tan aymara, que es como un matiz del todo indio en que se esfuma toda la actividad nacional. Música, literatura, arquitectura, maneras, políticas, costumbres, lo íntimo de lo íntimo, en nuestro blanco acusa ya la fuerza de la tierra y el genio del lugar. Y en medio del proceso degenerativo que antes hemos señalado para nuestro blanco, justamente resulta que esto ni siquiera ha tenido, empobrecido como está, la fuerza de asimilar las virtudes propias de las nuevas tierras; sino que, lo que al cabo de nuevas generaciones revela, son los vicios y deficiencias de las razas autóctonas a cuyo lado ha convivido.

El primitivo español que no se ha mezclado ha ido perdiendo gradualmente las fuerzas de su propia sangre, y tampoco ha adquirido las calidades que las nuevas tierras prodigan a sus propias razas. Típica es en este punto nuestra

literatura de blancos. Buscad la académica o la fiscal, y veréis que en formas raquíticamente españolas, la intención y la manera son aymaras; y como el pensamiento parece haber sido y ser el lado más pobre del aymara, resulta que nuestra literatura de blancos es la más famosa absurdidad que se puede dar tratándose del arte de escribir; pues los dos genios que se manifiestan en la literatura del blanco, parecen no haber llevado a ella más que las deficiencias del uno y los vicios del otro. Verdad es que el blanco americano es el terreno más desfavorecido en que han chocado y luchado las dos influencias y los dos genios —europeo y americano— históricamente contrapuestos y opuestos en América. Y quizás ésta es la principal razón de la degeneración del blanco entre nosotros; pues su presencia en el nuevo mundo no significa otra cosa que la lucha de una sangre extranjera con un poderoso medio ambiente que impone a todo trance sus leyes y sus elementos de vida con seguro menoscabo de todo lo que no se le sujeta y adapta directamente. Y esto confirma nuestra primera idea: la personalidad del blanco está condenada a perecer en América: o se descasta cruzándose para adquirir nuevos elementos o degenera sin cruzarse. Descastamiento o degeneración tal es el dilema; y esto es lo que puede el medio ambiente, es decir, la tierra.

6 de septiembre de 1910.

Capítulo XLIV

De esta manera el medio es un crisol en que se funden las nacionalidades, y en este sentido las razas hacen parte integral del suelo en que nacen y generan. No son las naciones que poseen la tierra, sino al revés; las tiernas que poseen al hombre, del mismo modo que la madre al hijo. Cuando se nace y se crece en una comunidad así, por lejano que sea el propio origen, por dispares que sean las raíces étnicas, un lazo tanto más poderoso cuanto más invisible e insensible nos amarra el tronco común que es la nacionalidad. Es así como el hijo de dos ingleses nacido y crecido en América sigue siendo inglés en cierta medida, por la fuerza inicial de la sangre y de la raza; pero comienza a americanizarse por la fuerza actual del medio. Y aquí cabe señalar de nuevo esa verdadera lucha que se establece entre las sangres trasplantadas y los medios nuevos, y que en el fondo no es más que una lucha de medios, puesto que aceptamos que las razas no son más que el producto de los mismos. Una sangre que emigra lleva en sí una fuerza especial conservadora y multiplicadora del individuo, y que es el carácter de la propia raza impreso en ella por el propio medio. Esto es lo que consigo llevaron todos los emigrantes históricos, fenicios y portugueses, tártaros e ingleses. Y en

este sentido cada emigrado lleva en sí todo el genio de su raza, pues la influencia del medio es tan poderosa, que todo el genio de la raza está en el individuo, lo mismo que toda la encina está en la bellota.

Pero aquí viene la cuestión de los trasplantes. Nada hay más grave que esto para las razas. Significa para ellas nada menos que la renunciación a la primitiva personalidad y la sumisión a una nueva que formará en ellas el nuevo ambiente; y se produce un cheque y una lucha. La sangre resiste y el medio impone. La victoria nunca es dudosa y queda siempre para éste. Esto significa la erradicación de las razas. Pero estas evoluciones no siempre se cumplen de una manera igual y pareja. Los franceses de la América del Norte han conservado casi todas las calidades morales patrias; pero han perdido del todo las calidades intelectuales francesas. Es un asombro ver en estos franceses americanos la total ausencia de las muy peculiares formas ideales que se encuentran en Francia. Si está la lengua aún, el espíritu no está más. En cambio, en la América del Sur, los españoles han conservado casi íntegro el emporio de ideas y la manera de inteligirlas, con que habían venido de España. Eso es lo que en ellos ha perdurado contra toda la influencia del medio nuevo. En cambio los sentimientos y sus matices que se traducen en costumbres y tendencias, han cambiado del todo en la nueva tierna, o por lo menos se han desvirtuado y han perdido esa fuerza propia que les imprimía un carácter y los distinguía de los demás. En realidad, bajo el punto de vista puramente español, la colonia significa una verdadera desmoralización. Bajo el punto de vista de la energía racial y de una moralidad general, el español de América (blanco)

es en verdad muy inferior al español de España, a pesar de la gran decadencia peninsular.

No pudiendo detenernos demasiado, por la naturaleza misma de este trabajo, en cada una de las fases de este estudio, volvamos al punto principal, el medio.

Tratándose de la formación del carácter nacional, blancos, mestizos e indios de América, todos tenemos dos factores poderosísimos en común: la histeria y el medio. Son como las dos garras del destino que están amasando nuestra nueva alma americana. La tierna común y la conviven la permanente son dos fuerzas que obran sin cesar y en la misma dirección a pesar de las resistencias de las sangres exóticas y las depresiones históricas de las sangres autóctonas. La planta humana puede presentar desviaciones, modificaciones extrañas, tendencias diversas, etc., etc. No importa; una voluntad anónima y poderosa se desprende de la tierra, y en ella se funden como en un océano, todas las corrientes humanas, ya volitivas, ya intelectuales, las sentimentales. Y éste es el verdadero concepto de las patrias, y es así cómo los elementos más heterogéneos y heteróclitos, al cabo de tiempo acaban por comulgar, movido por un resorte invisible, en la misma aspiración y en el mismo ideal. A veces los hombres no se dan cuenta de ello, y lo que es peor aún, a veces un falso espejismo, una mala interpretación de la propia historia, un prejuicio hereditario, les hace desconocer el verdadero sentido de su vida, y es ello rémora de la historia y obstáculo de la vida. Así, entre nosotros, nuestro blanco se imagina tácita o expresamente, estar a una distancia inmensa de nuestro

indio; y no solamente se imagina este, sino que, en este falso criterio, va hasta no abrigar para el indio otro sentimiento el desprecio, o en mejor caso, la indiferencia. Ignora que entre él y el indio hay mucho menos distancia que entre él y cualquier blanco de Europa. Ignora que si es verdad que ha conservado en su mente y en algunos caracteres físicos, muchas apariencias españolas, existe en su naturaleza un *substratum* distinto, tan hondo y tan fuerte que es o será en definitiva el fondo mismo de su ser. Fuera de la inmigración actual y presente, en América no existe el blanco, al menos en un sentido estrictamente europeo. Lo que hay poderoso entre nosotros, es el medio natural, y no hay sangre extranjera que a él resista sin sufrir cambios en cualquier sentido, sea remodelaciones o deformaciones.

7 de septiembre de 1910.

Capítulo XLV

Hay una gran deficiencia de materiales de estudio en nuestro país para poder aplicar con algún fruto las ideas generales que hemos apuntado a lo largo de este estudio sobre la investigación del carácter nacional. Nuestra antropología está haciéndose o por hacerse; un emporio de observaciones psicológicas en las diferentes fases de nuestra vida pública y privada, no existe; nuestra misma historia es breve, y más breve aún bajo el punto de vista científico. Si se tiene en cuenta la grande noche colonial en que los documentos científicos son escasos o nulos, como observación y estudio. Sin embargo, y quizá por la misma razón de que nadie ha trabajado aun seriamente en nuestro campo: es nuestra tarea comenzar ese trabajo, y poner los fundamentos de lo que un día acabará por ser ciencia americana, y concretamente boliviana.

Ya se ve, por los criterios hasta ahora indicados, a dónde nos dirigimos. La precisión de nuestro carácter nacional tiene dos fuentes de estudio: nuestro medio y nuestra sangre. Primero es un estudio aislado de cada una de ellas; después es un estudio combinado y complementario: la tierra se estudia en la raza, y ésta en aquélla. Hemos señalado la principalísima importancia

de la acción del medio. En vano se pretenderá encerrar el estudio del gran problema del carácter nacional dentro de los límites del estudio de las sangres. Porque se reconoce variedad de colores y caracteres físicos en nuestras poblaciones, se deduce luego que no hay carácter nacional, que no existe unidad de alma, y que, por consiguiente, es absurdo fundar una especulación y una educación sobre ella. El razonamiento es falso. En el peor caso, se podría decir que si no hay una total unidad de carácter nacional, porque no la hay racial, debe haber varios caracteres que correspondan a las diferentes manifestaciones de nuestros diversos elementos étnicos. Pero ya hemos visto lo que significa en esta materia el medio, la tierra. Es allí donde las sangres diversas y aun enemigas acaban por hacer una sangre, es decir, una sola manifestación humana que comulga en la misma historia y obedece a la misma ley biológica.

Nos preguntaríamos aquí: ¿Todos los medios obran con igual energía? ¿Su acción e influencia efusivas son igualmente poderosas en todas partes? ¿Los hay a los que el elemento humano resiste más fácilmente y con mayor éxito? En una palabra, bajo el punto de vista racial, ¿hay medios poderosos y medios débiles? Si los hay, ¿a cuál de éstos pertenecería el nuestro? ¿Debemos lisonjearnos de haber nacido en un gran suelo capaz de producir una gran raza? Y si este es cierto, ¿en qué consiste la grandeza de ésta? ¿A qué otras sangres deberíamos compararnos de preferencia, en la historia? En una palabra, ¿cuál es nuestro carácter nacional?

En verdad que cada una de estas preguntas demandaría respuesta en volumen diferente: no lo podemos. Necesitamos dar respuestas rápidas y sumarias, pero suficientemente comprensivas para mostrar lo que entendemos de todo ello. Digamos de paso que, esbozando como estamos haciendo estas primeras nociones de nuestra ciencia, por mucho que no alcancemos a agotar la materia, juzgamos que ya es un gran paso de nuestra ciencia el sólo enunciar ciertos problemas, y concretan la manera de especularles.

Una cosa que engaña frecuentemente en las ciencias es su aparato formulario y técnico. Lo principal de la ciencia no está en ello. Conozco tratados científicos que son verdaderos palacios metodológicos: de tal manera la distribución es amplia y compleja: la ciencia de venas no les debe gran cosa. Hay mucha más sustancia científica en una sola observación nueva, justa y tomada sobre la vida misma, que en todos los esfuerzos sistemáticos y conceptuales de que nuestra moderna literatura científica está plagada en nuestros días. Dos líneas de observación darwiniana hacen a veces más por la ciencia que un volumen de admirable pedantesca erudición spenceriana. Extendiendo un poco más estas consideraciones, diríamos que por ejemplo el conocimiento del alma humana debe más a una página de Stendhal que a muchos y añejos laboratorios alemanes y otros. Es que se trata de cierto género de conocimientos muy superiores, y que participan más bien de la grande intuición que de un inseguro razonamiento. Siempre hemos pensado que la grande ciencia debe más a los intuitores a la manera de Lucrecio o de Bacón, que a los sistemáticos y comprobadores miopes y limitados; y si es verdad que la ciencia necesita de

éstos, de manera permanente y constante, para mantenerla y conservarla, extenderla y aplicarla, no es menos verdad que necesita más de los primeros para crearla, como quien diría, de la nada.

No creemos del todo fuera de lugar estas consideraciones en nuestro país. Siempre ayudarán a tener una comprensión justa del valor y significación sintéticos de las ciencias, sobre las cuales entendemos que existen tan falsos conceptos como inseguras nociones. Porque hay que decir también, ya que es el tiempo que nuestro infantil e impreciso liberalismo de que tanto alardeamos en todas partes, entre otras cosas, nos ha hecho cambiar de fetiches; y si hoy no hablamos ya de soberanía popular, libertad absoluta y otra infinitud de maravillas no menos necias y vanas, hoy los mejores de entre los nuestros sólo creen en la ciencia y para ellos todo interés de la vida está en ella; y es tal el exceso de su sentimiento, que basta que una cosa tome cierto aspecto teórico y sistemático, para que ante ella las más graves cesas de la vida, pública o privada, menoscaben su importancia y no se las cuente más por nada. Es lo que hemos llamado el fetichismo científico, especie de bovarysma muy particular a estas tierras nuevas, donde todo lo europeo se refleja como un miraje lejano, desproporcionado y, por consiguiente, falso. Desdichadamente para el género humano, la ciencia no es todavía lo que muchos creen o sueñan que es.

8 de septiembre de 1910.

Capítulo XLVI

Lo primero que encontramos es una tierra extraña y difícil, raramente comparable en la geografía general, rodeada de extraordinarias condiciones geográficas y políticas que a primera vista la condenarían a una irremediable inferioridad histórica.

La tierra es magra, vasta y solitaria. Son altas y dilatadas llanuras de un clima extremado y rudo para la vida del hombre, de los animales y de las plantas, y que a una salvaje grandeza de paisaje unen la más extrema carencia de los primitivos elementos de vida. El aire falta por razón de la grande altura, el fuego falta porque no hay qué quemar, el agua falta para la natural sequedad del cielo y la aridez de la tierra. En ninguna parte se siente menos la dulzura de vivir como en estas altas mesetas; sin embargo se vive. Estas tiernas están rodeadas de colosales montañas escarpadas que son como fortalezas naturales, y también como naturales prisiones. Efectivamente, si el acceso es difícil, la salida a través de los montes le es también. El mar, los caminos húmedos de que habla Homero, y por los que parece que han corrido siempre de preferencia los grandes movimientos civilizadores y culturales de la historia, el mar está tan divorciado de estas tierras por la colosal masa de montañas

que los separa, que antes, como ahora mismo, es más fácil ir de costa a costa del océano, que de estos altiplanos a las costas.

El aspecto exterior de estos países revela en seguida la naturaleza del medio en su sentido histórico. Lo primero que se muestra es la grandeza del paisaje y la inmensa soledad del ambiente. Luego, del conjunto se desprende un vago sufrimiento, que no es más que la traducción de la gran dificultad de la vida bajo de aquel cielo. El mar social y comercial está lejos; los valles cálidos y feraces están lejos, y la esperanza de una vida mejor está lejos. Tal es al menos la impresión que se desprende de aquel desmesurado aislamiento en lo alto de esas montañas.

La vida vegetal o animal en aquel medio demanda condiciones extraordinarias para persistir y mantenerse. Las plantas extranjeras faltas de ellas perecen en seguida trasplantadas a esas tierras; y lo que sucede con los vegetales sucede también en cierta medida con los animales y con el hombre, que, sin embargo, es más ubicuo.

Sin embargo, hay una raza de hombres nativa en estos planos, y que parece perfectamente adaptada a ellos. Si como se cree fueron estirpes venidas de otra parte, es fácil suponer que el trabajo de adaptación y aclimatación debió ser secular y considerable; pues al momento que aparecen en la historia, esa adaptación está consumada, y esos hombres hacen parte ya de ese suelo y es la gente natural y nativa de la región. Esa tierra es ya una patria, en el sentido histórico.

Aquí encontramos la verificación de las leyes antes indicadas. La raza en cierto sentido es el producto del medio. Para penetrar en aquélla hay que entrar en éste; y es la cosa más extraña y admirable cómo se vuelve a encontrar la misma tierra hecha hombre y raza. El alma de la tierra ha pasado a ésta con toda su grandeza, su soledad, que a veces parece desolación, y su fundamental sufrimiento. Lo mismo que esos altiplanos, el alma humana está como amurallada de montañas, y es impenetrable e inaccesible. Ahora bien, se sabe que si el aislamiento continuo es un mal elemento de sociabilidad humana, en cambio es un poderosísimo resorte para el desarrollo de la personalidad y de la individualidad. La razón es que el aislamiento continuo obliga a vivir a en sí mismo y para sí mismo. No otra causa tiene el poderoso individualismo inglés que el aislamiento insular británico; y ya Tácito lo notaba en su tiempo, a propósito de Agrícola. Y así también en el indio. La soledad andina se ha convertido en soledad aymara, y la continuidad de este estado ha hecho un trabajo de concentración de las fuerzas psíquicas de la raza sobre sí mismas, que al cabo de los siglos ha llegado a modelar los caracteres morales más típicos y marcados. El aymara representa una enorme concentración de energías interiores, tan excesiva, que probablemente ha sido en desmedro de otras facultades humanas, tales como la inteligencia, que demanda una mayor expansión y dilatación de la vida. De aquí el espíritu claustal de la raza que se acusa a pesar del contacto español. Esta concentración y retroversión de las fuerzas psíquicas del indio sobre sí mismas ha engañado y sigue engañando a todos los miopes que la consideran inferior y en un estado

de depresión irremediable. Se habla de bestia humana, y este criterio es imbecilidad pura y genuina. El indio es un deprimido aparente y un comprimido real. Guardaos de un desdoblamiento de fuerzas y un despliegue de actividad en el indio. No se puede poseer, entre otras cosas, la paciencia y la musculatura aymaras, sin ser algo verdaderamente superior y extraordinario. La tierra excepcional ha hecho también una raza excepcional. Pero el indio calla, y este callar engaña a los necios.

Aquí se manifiesta otra vez la ley del medio. Todo el silencio andino ha pasudo también al alma indina. Nada hay menos verboso interior y exteriormente que el indio, y es otra semejanza con el silencio británico. De tanto callar acaba el indio por no hablarse ni a sí mismo. No ha existido jamás para el indio esa continua distensión y dispersión de esfuerzos mentales, que en lo que consiste nuestra moderna intelectualidad y de cuyo abuso dimana probablemente la degeneración nerviosa de que sin duda está ya afecto el mundo europeo. Esa desagregación cerebral en lo muy probablemente consiste el pensamiento, y que si es un ejercicio, es también un desgaste, no ha tenido lugar aún bajo el cráneo aymara, y se puede decir que es todavía un encéfalo intacto e íntegro. Imaginad cómo una función sabia y gradual desarrollaría el órgano.

1° de septiembre de 1910.

Capítulo XLVII

Un endurecimiento gradual de todos sentimientos ha debido ser el proceso vital para el hombre en ese medio. En la pobreza general y ambiente, los hábitos de sobriedad y de mínima suficiencia comenzaron por ser una necesidad, y la lucha desigual del hombre con las cosas, le enseñó poco a poco a desconfiar de todo lo que no fuese su propio esfuerzo. La tierra hostil hizo la raza desconfiada. Ese suelo de una manera constante ha exigido más del hombre que cualquier otro. Para poder obtener de él un provecho o una ventaja era preciso una doble suma de voluntad y de acción más que en las tiernas bajas donde la naturaleza es más fácil y parece sonreír más piadosamente al hombre. Y es esta continua dureza de la existencia que ha acabado por hacer la dureza del carácter. Pronto se hace éste indómito e indócil a todo yugo extranjero, y adquiere cierto aire de salvaje independencia en medio de su inopia y de su abandono. Históricamente resulta que el colla ha sido siempre rebelde a toda sumisión, y hoy, en medio de la constitución republicana, el divorcio en que vive respecto al blanco, en parte es incompreensión de éste, en partes es voluntario alejamiento suyo.

Pero este endurecimiento del carácter concuerda con la dureza corporal del indio. La naturaleza moral no es más que la resultante de la física. La terrible lucha con el medio ha sido el más poderoso ejercicio físico; y es él que ha contribuido a desarrollar la musculatura más naturalmente vigorosa y sana de que el indio beneficia. Pocos placeres, pocas satisfacciones y un continuo trabajo no siempre recompensado: tal ha vivido el indio. Entonces su sangre ha adquirido naturalmente un vigor tal que hoy mismo, en que la raza está caída de su primitiva grandeza, es un asombro para el blanco la manera cómo puede resistir tan extraordinariamente para ciertos trabajos desproporcionados sin duda a la alimentación y al abrigo de que el indio habitualmente se sirve. Sabemos que no hay entre nosotros soldado blanco que resista las fatigas de la guerra como el soldado indio. Es un vigor que parece inagotable y una energía a toda prueba. Ahora bien, es el medio que ha dado al indio esa sangre a todas vistas superior. La continua rudeza del medio ha acabado por hacerse fortaleza racial. Paralelamente se encuentra la ausencia de vicios opuestos a una naturaleza así. La cobardía, la mala fe, la molice no existen, como tampoco existe la pereza física que provive de una sangre empobrecida o degenerada. Cientos hábitos dietéticos, grandemente simples y naturales y que contribuyen a mantener una salud física superior, se conservan entre los indios invariables: el indio es madrugador, no trasnocha jamás, como siempre igual y a horas determinadas, desprecia la intemperie y se expone constantemente a ella, y en medio de la real y antihigiénica suciedad en que vive, posee la mejor salud física que hay en la república. Si a

estas costumbres sabias cuanto cabe se añadiese por una educación inteligente nuevos hábitos, come el de la higiene de la piel, por ejemplo, se podría alcanzar indudablemente resultados incomparables. Desgraciadamente, los que se ocupan del indio —cuando se ocupan— sólo ven su pobreza y su incuria exterior, y nunca las admirables condiciones de sus costumbres, de su naturaleza física y moral que hacen de él uno de los factores humanos más ricos y considerables que puede ofrecer la historia.

Los vicios morales de las razas no son más que resultantes de vicios físicos; y éste es el criterio con que estudiamos las condiciones morales del aymara. Se ha hablado y se habla del alcoholismo indio, y los calumniadores de la raza se engañan y han engañado a pensadores extranjeros como Unamuno, ignorando como ignoran el fondo mismo de las costumbres del indio, o fiándose de apariencias ridículas que bien estudiadas irían más bien en ventaja del indio. El alcoholismo indio no existe en las campiñas, o existe en grado mínimo. Donde el alcoholismo indio comienza a aparecer es en la proximidad de las ciudades de blancos y mestizos. El indio arrancado a su campo de labranza que pide siempre un continuo e isocrónico trabajo, y aproximado a las costumbres y hábitos del blanco demasiado conocidos de nosotros para volver a describirlos aquí, comienza también a perder sus sanos hábitos y a adquirir los viciosos, y entre otros, la inclinación a beber y a no hacer nada. Esto es patente e incontrovertible en los indios de los extramuros de todas nuestras ciudades. Allí, en verdad, el indio ya es borracho, y lo es por imitación y

por contagio. Sus costumbres también cambian de las del altiplano rígido. El espíritu chacotero y poco grave del blanco, comienza ya a mostrarse en el indio urbano, y éste seguramente trabaja de una manera menos normal y ordenada que el labrador puneño. Sin embargo de esto, el indio urbano, incontestablemente inferior come costumbres, al indio campesino, y ya vicioso de un alcoholismo suficientemente acentuado, sin embargo, decimos, no acusa aún la degeneración física y visible del blanco, el cual sigue siendo inferior a aquél en todo cuanto toca a la resistencia física y corporal. En este punto, por borracho que sea el indio, vale siempre más que cualquier blanco nativo. Es posible que en el curso del tiempo, y si no se contiene oportunamente el alcoholismo indio, acabe por producir toda la secuela de tristes consecuencias que se atribuyen al vicio de beber; pero entretanto es absurdo pretender encontrar huellas de degeneración alcohólica en ningún indio boliviano. Basta preguntarse dónde están las enfermedades mentales y nerviosas entre los indios; cuántos casos de locuras, de imbecilidad, de atrofia muscular (¡atrofia muscular!), de degeneraciones grasosas en los tejidos internos, de parálisis y neurosis multiformes, etc., etc., se presentan en individuos nativamente indios. Eso no existe. Que el indio se emborracha como una bestia, es verdad, lo mismo que nuestro blanco, y no se emborracha más ni mejor que el más orgulloso inglés; pero pretenden que ya hay un alcoholismo indio como hay un absintismo francés, con todas sus consecuencias degenerativas, es la más famosa falsedad de nuestro tiempo. La verdad es

ésta: el alcoholismo comienza recién a ser un vicio indio por contagio del blanco y comienza recién a manifestarse en las proximidades de las ciudades blancas y mestizas. En cincuenta años más tal vez su estrago comenzará a dejarse sentir en la raza recién envenenada.

12 de septiembre de 1910.

Capítulo XLVIII

Los dos rasgos fundamentales de nuestro carácter nacional son la persistencia y la resistencia.

Hemos indicado ya lo más sumariamente posible las fuentes de este carácter, y hemos insistido en la necesidad de buscarle primero en el medio físico en que, si no ha nacido, ha vivido y generado la raza. Después, en la raza misma. Y justamente es del estudio del cuerpo y en seguida de las manifestaciones morales e intelectuales de la raza que hemos deducido estas consecuencias. Suponemos que, bajo el punto de vista metódico, este procedimiento es rigurosamente científico. Veamos un poco si los hechos confirman nuestra teoría.

Aceptando, como aceptamos, que por la fuerza de las cosas el fondo principal de nuestra nacionalidad está formado en todo concepto por la sangre autóctona, la cual, como hemos visto, es la verdadera posesora de la energía nacional, en sus diversas manifestaciones, venimos a que: la raza posee caracteres físicos suficientemente distintos, y marcados para constituir personalidad aparte. Verdad es que el negro y el malayo poseen también caracteres suficientemente distintos y que este hecho no basta para establecer, como

pretendemos establecer, de nuestra parte, la existencia de una verdadera superioridad racial, superioridad que ofrezca los bastantes elementos para edificar sobre ellos pedagogía, educación y todo lo que consigo comporta la formación de una nacionalidad, en el más alto sentido de la palabra. Pero aquí encentramos justamente el punto crítico y admirable. La raza posee una tal fuerza de persistencia física, a través de la historia y de los mestizajes, que es probable que ninguna otra raza la posea en grado superior.

El indio no solamente ha persistido como grupo étnico, a pesar de cuatro siglos de historia hostil y destructora para él, sino que ha salido también victorioso de la más terrible de las pruebas que se puede imponen a una sangre: el mestizaje, el cruzamiento. El mestizaje es el más fundamental ataque que se puede hacer a la personalidad y carácter de una raza. Las razas chocan en los campos de batalla y alcanzan victorias siempre efímeras y exteriores. Pero el duelo que se realiza invisible e insensible dentro de las venas de las generaciones, es el que verdadera y definitivamente establece superioridades e inferioridades decisivas para las sangres que chocan. ¡Guay de la sangre que se deje imponen caracteres ajenos a su fruto y su generación por la sangre enemiga con que se ha mezclado! Es la prueba más evidente que en la lucha por la vida, en el campo del cruzamiento, la sangre que sobrenada y resurge con sus propias líneas y formas, por encima de las extrañas, es la más fuerte, la más apta para vivir, la más capaz de conservar su tipo y su ley, y la más persistente. El cruzamiento es un verdadero duelo de sangres, un parangón, una comparación. En este punto

se ve la verdadera inferioridad del negro respecto de las otras razas. A pesar de poseer caracteres tan típicamente aparentes, la superioridad de la sangre blanca sobre el negro se hace indiscutible en el cruzamiento. Apenas se produce éste, en seguida se ve en sus mestizos los caracteres blancos imponiendo poderosamente sus propios rasgos, y a pocas generaciones esta imposición ha ido tan rápida y tan en aumento, que pronto la sangre negra desaparece en sus manifestaciones físicas. El aymara no. La fuerza personal de su sangre es tal que, sea con quien se cruce, sus caracteres físicos persisten de tal manera que sólo a la tercera o cuarta generación comienza a verse una seria desviación del tipo primitivo. La primera generación de blanco e indio acusa la más perfecta derrota del blanco. Este primer mestizo es casi totalmente un indio, por lo que toca a sus caracteres físicos. Un cincuenta por ciento de estos caracteres, que deberían acusar su origen blanco, desaparecen ahogados y vencidos por los rasgos indios. Talla, color, facciones, proporciones, todo es indio, y el blanco que concurrió de mitad a esta generación, no está más o por lo menos no se le descubre. Esta es la fuerza de persistencia de la raza; y bajo el punto de vista biológico, este es también un signo seguro de las razas destinadas a reinar en el mundo, sobre las más débiles. Naturalmente nuestros cretinos de piel blanca o semi-blanca, no han soñado todavía con este, y no saben aún la formidable mina de energía que existe en Bolivia. Pasemos.

Esta es la causa altamente científica que ha presidido a la formación de nuestra nacionalidad. Ya los europeos

inteligentes que nos han visitado comienzan a darse cuenta de este estado de cosas; y sin descubrir todavía esta gran superioridad de las sangres autóctonas (aymara) que no solamente ha sobrevivido a la espantosa colonia, sino que ha impuesto también su ley fisiológica a todo elemento blanco que se le hubiere aproximado, sin haber medido todavía, ni intuitivamente, esta enorme fuerza vital, ya indican sin embargo la posible o próxima hegemonía étnica, en la América del Sud, de las sangres autóctonas, al menos de una manera indirecta, en cuanto aparece predominante en los elementos mestizos que comienzan a ser verdaderos valores políticos, sociales y otros. Según ciertos viajeros, la América del Sud no es cosa destinada a blancos ni indios precisamente, sino a mestizos. Son ellos que acabarán por ser los definitivos señores del continente sud. Históricamente es ya una realidad en ambos puntos. Los Días, los Melgarejo, los Guzmán Blanco, los Castro, los Rosas y otros más, buenos y malos, sabios o salvajes, grandes o grotescos, pero todos dominadores, vencedores y hegemónicos, todos tienen la marca mestiza en la frente, y la energía que representan es de origen indio — es la sangre india que resurge sobre la sangre advenediza y aventurera. Porque es preciso también saben que la sangre blanca, en Sudamérica, por lo menos la de la colonia, no es otra que una de mendigos hambrientos, descastados y feroces, y que su real y positiva inferioridad biológica que se acusa en toda su historia, no es más que una prueba más que justifica y confirma su derrota irremediable en los mestizajes y cruzamientos. La verdadera nobleza, la calidad de

eugenés que decían los griegos, y de bien nacido, como dicen los españoles de casta; la superioridad de energía y de vigor, estaba como está en el autóctono de América, ante quien el colono hambriento y desnudo, bajo el punto de vista de la superioridad humana, representaba una manada de ilotas y chandales desenfrenados, puesta al frente de grandes señores sorprendidos y estupefactos.

14 de septiembre de 1910.

Capítulo XLIX

Esta primera forma del carácter nacional, la persistencia, y que hemos visto resaltar prominentemente en el lado físico de la raza, también se traduce en su lado moral, y es algo típico y constante que marca toda su actividad y la condiciona. La persistencia morfo - racial deviene persistencia práctica y dinámica. No sólo es el cuerpo que **persiste histórica y fisiológicamente hablando; también el** hombre interior, es decir, la voluntad, la intención, la acción humana por excelencia, **persiste** característicamente. El indio quiere con la misma constancia que perdura. Su permanencia en el espacio está de acuerdo con su voluntad en el tiempo y esta manera de concebir la psicología del indio explica muchas cosas de su vida y muchos puntos de su historia. Así, esta es la causa principal por qué el indio ha conservado a pesar de todas las influencias extrañas y los ataques exóticos, una personalidad muy más interesante a los ojos del filósofo y del sociólogo, que la de todos aquellos a cuyo lado convive. Porque el indio, como todas las grandes razas, es un conservador, es decir, que en la congregación de la vida, se prefiere a sí mismo y prefiere su propia ley de vida a cualesquiera otros, teniendo como tiene una especie de noción subconsciente de su verdadera

superioridad. Desconfiad de la superior personalidad de una raza que se diluye fácilmente en otra. Como tampoco nadie ha hecho por quitárselas, el aymara guarda sus costumbres, sus métodos, sus tradiciones, su dieta, su lengua, su grande y asombrosa lengua que es como un castillo de piedra en que se encierra su rudo y personalísimo espíritu. Porque hay que advertir también que no es el aymara que ha ido al español, sino éste a aquél, y que son los otros quienes aprenden la lengua india, y no el indio la de los demás: otro punto de similitud general con el inglés, similitud que se explica en ambos sólo por la grande e indeleble personalidad de razas. Una grande sangre sabe inconscientemente que sólo puede penden mezclándose, saliendo de sí misma y prodigándose. Esta persistencia que es la forma más aguda de la acción aymara se manifiesta en todos terrenos, pero sobre todo en aquellos que demandan particularmente una virtual constancia y perseverancia. Así es la guerra; y resulta que el alma aymara combinada con el suelo aymara ha llegado en todo tiempo a ser la más completa defensa que se pueda dar. Es el alma invencible sobre la montaña inexpugnable. De aquí que el boliviano debe considerar siempre todo ataque vecinal a su **home** central como un sueño ridículo y desastroso para quien lo tiene. Los más astutos de nuestros vecinos se han guardado siempre de ello; y los que no, han perecido. Este es bastante para explicar la historia y para preparar el porvenir.

Esta persistencia característica viene también del grande dominio personal que el indio posee. Si por libertad e independencia se entiende el ser en la mayor medida y proporción dueño y señor de sí mismo, en medio de nuestra

democracia un poco grotesca, - el indio es el que mayor suma de libertad posee, en el sentido subjetivo, que es el más alto, en el caso dado. La constitución de la familia y la educación individual son verdaderamente admirables. Otros paralelos: sólo en Inglaterra se ve a los muchachos independientes y autónomos desde los 18 años, reglando por sí su persona y su porvenir empeñándose en trabajos del todo libres, emprendiendo viajes considerables, y comenzando sino acabando, por bastarse a sí mismos. Sólo en Inglaterra se ve a las muchachas, desde la edad núbil, libres de darse a quien les plazca, y no en un sentido prostitutivo; pues la fidelidad femenina se distribuye tan ventajosamente para la india, que puede decirse que es total y absoluta, mientras que en la chola es inferior, e ínfima en la blanca.

Comparad estas condiciones con la extremada dependencia filial de nuestras otras familias, organizadas, diríase, sobre patrones totalmente franceses. Y la cuestión es que aquí el hijo es más esclavo de sus vicios, y necesita incondicionalmente de sus padres para mantenerlos; mientras que el indio es más señor de sus virtudes, y está más en aptitud de darse el lujo de llamarse libre, lo que no puede el blanco, esclavo de sus vicios y prejuicios. Es patente el agónico esfuerzo de las naciones meridionales generalmente llamadas latinas, para aproximarse al ideal y al tipo sajón, baje el punto de vista de la educación. Este ideal y este tipo puede concretarse: fortaleza física y formación de una personalidad interior. Sustancialmente el indio no tendría gran cosa que aprender del sajón, y tal vez más bien algo que enseñarle...

Y ahora tendiendo una mirada retrospectiva a nuestro estudio, considerad un poco lo que estamos proponiendo como fundamento de la pedagogía nacional, y considerad también nuestro clásico cretinismo pedagógico con todo su aparato de universidades, escritores, leyes, métodos, comisiones al extranjero, con más los millones que todo este parasitismo ha devorado desde hace un siglo!

No terminaremos este artículo sin insistir sobre esta trascendentísima persistencia característica de la raza. Es una forma de energía muy especial. En la lucha por la existencia ese carácter es más de conservación que de expansión. No siempre está seguro de vencer; pero sí de no ser vencido jamás, como criterio general y a priori. De la misma manera que la raza está segura de permanecen en la historia natural, tiene una confianza previa de perdurar en la historia política. Esta es una fuerza, y el hombre de estado se pregunta hasta qué punto se puede esperar y tentar la aplicación de ella a nuevas formas y direcciones de vida nacional. Se pregunta si la ciencia de gobernar estaría verdaderamente en posesión de medios para hacer evolucionar esta especial y propia energía por nuevos caminos y hacia fines preconcebidos.

15 de septiembre de 1910.

Esta persistencia en el lado positivo del carácter nacional. Significa una poderosa afirmación de sí mismo, la perseverancia en su propio sentido, la constancia de su propia ley histórica y biológica. Y en tal concepto, el carácter nacional se identifica con la raza misma y no es más que una forma dinámica de la misma la ley biológica no es más que la materia étnica en su forma energética. Y este es el verdadero fundamento y última razón de la energía nacional.

El lado negativo de este carácter nacional es la resistencia.

Es así como las calidades positivas de una alma racial afirmándose exclusiva y excesivamente pueden dar nacimiento a calidades de orden negativo. Por la naturaleza del medio que, como hemos visto, ha pasado a ser naturaleza racial, el fondo aymara resiste a toda influencia exterior, benéfica o maléfica. El alma india es un alma replegada y revertida sobre sí misma. La actividad exterior del mundo solicita al hombre, y la vida toda es cambio e intercambio: el indio está como cerrado, y si llega a dar, nunca llega a darse. Esta clausura ideal y sentimental en que vive el indio se traduce pronto en una especie de inasimilabilidad de

todas cosas e ideas vivificantes que pueden venir de fuera, como que en efecto vienen. Los demás hombres obran y sienten; pero el calor de esta obra y de los sentimientos no llega o llega muy poco hasta el bronce helado que es el indio interior. Uno se pregunta si esta inaccesibilidad es de origen geográfico, orográfico, para el indio, o más bien característico o propio de su naturaleza. ¿Se hace el indio más accesible, más imitativo y sociable, y asimila mejor apartándose de las sierras impenetrables y bajando a los llanos o las costas más populosas y abiertas? ¿O lleva consigo a donde vaya y donde baje su genio reconcentrado y amurallado, su soledad interior que no se rompe en el bullicio nuevo, y esa especie de voluntad silenciosa y orgullosa de ser y quedarse lo que se es y cómo se es? Es posible que ambas causas sean verdaderas en parte, tanto más cuanto que hemos aceptado en qué medida el medio contribuye a formar y mantener el carácter racial. En todo caso, aceptamos que el indio **resiste, y esta es una flaqueza** bajo el punto de vista evolutivo de raza. Es también un signo característico, y lo bastante trascendente para tenerle siempre en cuenta y considerarlo un factor negativo e intrínseco que puede influir suficientemente en la historia para determinarla y motivarla.

Es preciso conocer los límites y la condición de esta resistencia característica. Esta investigación demanda un trabajo todo experimental y altamente complejo. Son trabajos de ensayo y de comprobación sobre el carácter y reactividad morales del indio; y es sobre todo en el campo instructivo y educativo que deben desarrollarse. Será preciso investigar las diferentes manifestaciones de resistencia, ya para la

adquisición de nuevas costumbres, que sin duda es la parte más grave y trascendente, ya para la aceptación de nuevas nociones y concepciones. La resistencia característica no debe ni puede ser igual para todo y para todos. El indio debe resistir más tenazmente a ciertas influencias que a otras; y probablemente llegará a aceptar más pronto y más fácilmente aquellas novedades que no estén en un muy grande desacuerdo con su naturaleza primitiva. En este sentido un psicólogo y un gobernante superior tomarán siempre por base de acción en el indio las calidades positivas de su carácter para poder obrar eficazmente sobre o contra las negativas. No hay que olvidar que el indio es una máquina humana altamente simple y poderosa. Sus mismos vicios (que los tiene ingénitos y adquiridos) no aparecen a una atenta observación más que como resultantes de la excesiva acentuación de sus virtudes y como las equivalencias irremediables e inevitables que acompañan a toda manera de ser suficientemente característica. Con todo, estos dos rasgos fundamentales del carácter nacional, la persistencia y la resistencia y que se pueden traducir, el primero como la manera de ser del alma nacional respecto de sí misma; el segundo, como su manera de ser respecto de los demás; ambos, decimos, brotan tan de lo íntimo de la raza, que probablemente nada hay más constante y permanente en ella. El indio resiste con la misma tenacidad que persiste. Entonces, tratándose de la provocación de un movimiento evolutivo en el indio mismo, es cuestión de tan difícil solución, que demanda no sólo la ayuda de toda la buena ciencia europea, sino la concurrencia de una cabeza muy superior, no solamente rara en nuestro paupérrimo

medio, sino en la misma Europa. Esta resistencia en las actuales condiciones de nuestra nacionalidad, es una fuerza contraria con que nuestro múltiple esfuerzo de pensadores y gobernantes tiene que luchar. Y la lucha es tanto más difícil cuanto que hemos verificado en el fondo del indio una grande suma de energía, que en el caso dado, le sirve también para resistir.

Era preciso conducir el presente estudio, que no es otra cosa que la evaluación de nuestras fuerzas nacionales, hasta este punto, en que recién aparecen, como miradas de una eminencia, todas las líneas generales de lo que muy al principio hemos llamado el carácter y la energía nacionales. Y es recién ahora que podremos pretender a establecer direcciones finales, cuando se trata de nuestra pedagogía o de cualquier otra faz de nuestra nacionalidad. Unas pocas líneas más, y nuestra labor estará cumplida.

16 de septiembre de 1910.

Capítulo LI

Y la energía nacional está hecha de todos los elementos positivos y negativos que aparecen en el carácter nacional. Entonces, era preciso enseñar a conocer primero éste, si se pretende, como pretendemos, instituir todo ante, toda ciencia, y todo gobierno pedagógicos en resortes y despertadores de esa energía nacional. Pues es preciso comenzar a darse cuenta ya de que el boliviano, sobre todo a la nueva luz de nuestras investigaciones y estudios, y sobre todo aquel que forma el fondo mismo de la nación y de la raza, aquel que está destinado a hacer la nacionalidad — el boliviano, decimos, es una entidad aparte, tanto más especial y distinta, cuanto más profundes y personales rasgos característicos acusa en todas las manifestaciones de su vida, pública como privada. Y es vano el sueño de los bovarystas distribuidos en todos los compartimientos de la administración y de la instrucción públicas, pretendiendo hacer del boliviano todos y cada uno de los tipos de superioridad humana que se encuentra fuera de Bolivia. Es así, por ejemplo, cómo continuamos insuflando en el espíritu de nuestras generaciones, la manía del arte, y es justamente aquí donde la ignorancia de nosotros mismos y la más completa indirección de nuestras ideas se manifiesta

escandalosamente. No se hable de música, de pintura, de escultura, arquitectura u otros antes inferiores y múltiples, tratándose de los cuales la ignorancia es tan completa, que no existe ni una lejana noción de todo ello. Y así también para la orfebrería, el grabado, las artes escénicas coreográficas, la decoración, la declamación, el arte de bien decir, el mueble, el vestido, etc., todas artes secundarias de cuya cultura no existe ni el más lejano rudimento entre nosotros. Es cosa infinitamente grotesca oír juzgar a nuestros más finchados personajes, de artes grandes y menores, o encontrar a nuestros pseudo artistas arrastrando su insondable ineptia y su más completa impreparación a través de museos y academias europeas, soltando gravemente juicios ajenos y lugares comunes.

Pero vengamos al arte de escribir que es el que parece prosperar más y el que nuestra añosa educación parece favorecer y fomentar mejor. Hay tal carencia del sentido de este arte, y no sólo en Bolivia, sino también en la mayor parte del continente, que es un asombro no poden encontrar durante siglos de literatura sino rarísimas páginas — **rarinantes**—, que realmente se puede leer sin violencia y sin disgusto. En los más lo que se revela en seguida es la más completa pobreza mental. Son prosas y versos en que hay el pensamiento de todos menos el del autor. Asombra hasta dónde puede llegar la infecundidad mental. En otros en que parecería existir alguna materia propia, la falta de cultura es tal que todo género de vicios intelectuales anula o daña la producción. Es la indisciplina y desorden de las ideas, la confusión, lo incompleto o indigesto de los conocimientos, la inexperiencia en el manejo de las nociones generales

y —vicio fundamental— la falta del propio dominio en la personalidad intelectual. Luego viene otro género de deficiencias morales. Pues hay que saber que existe también una moralidad del arte, y que no se refiere, como muchos de nuestros lectores lo interpretarán a primera lectura, a los efectos moralizadores y correctivos del arte mismo, sino a la naturaleza íntima del artista mismo, del escritor en el caso, a la manera virtual con que funciona su inteligencia, en cuanto se busque en ella la dignidad, la independencia y el señorío personales. Esa superior moralidad tampoco existe en todo nuestro arte de escribir. El contraste de nuestra vida exterior con la mental es ridículo a fuerza de excesivo. El espíritu de nuestros matasietes sociales y políticos aparece sobre el papel impreso tan desgarrado y sin donaire, tan pobre y tan servil que es cosa que mueve a risa. Siendo el arte de escribir, como todo arte, un arte de formas, y careciendo como carecemos totalmente de la noción y posesión de éstas — resulta que todas nuestras prosas y nuestros versos son pedantería insustancial, caricatura literaria, desproporción formal, y —lo típico— pobreza mental, inelegante e incurable.

He insistido sobre este punto: 1º porque he querido buscar un ejemplo para probar mi teoría sobre que la raza no es apta para todas cosas y aprendizajes; 2º porque esta particular deficiencia en nuestra naturaleza especial se complica y acentúa con un vicio correlativo y excesivo, cual es la manía artística, literaria en el caso, fomentada por la tradición insensata y por leyes más insensatas todavía. Nuestros bovarystas están convencidos de que el boliviano puede ser todo: artista, pensador, profesor, comerciante

e industrial, legislador y todo el léxico epítético. ¡Y en esta ilusión se gasta el dinero, y algo mejor, la energía y el tiempo, lo irremplazable y lo irreparable! ¡Pero abrid los ojos! Mirad un poco en el fondo de nuestra nacionalidad; buscad primero cuál es la parte de esta nacionalidad la más rica y mejor dotada bajo el punto de vista de la energía y de la natural disposición. Buscad primero dónde está la estofa prima de toda evolución y de todo trabajo; estudiad en seguida las condiciones de la misma, y ved si realmente es capaz de dar incondicionalmente todas las formas que neciamente exigís de ella; estudiad luego las condiciones propias de esta estofa prima y sus leyes, para deducir la especie de actividad y de acción que puede rendir con mayor ventaja y con mejor acuerdo de su propia naturaleza; y entonces eliminad de vuestros procesos y teorías todo lo superfluo, lo injustificado, lo infundado, lo inútil y lo sin-objeto. Y esto se llama educar y esto se llama gobernar.

17 de septiembre de 1910

Capítulo LII

Y saliendo un poco del terreno estrictamente científico de las simples comprobaciones y verificaciones, y entrando en lo hipotético y lo probable —conforme a las observaciones acumuladas en el presente ensayo, el primero en su carácter en Sudamérica—, tal vez nos sería lícito proponer lo que esperamos y suponemos que una educación según nosotros podría llegar a dar en este ingrato y amado suelo boliviano. Repudiando siempre la estúpida idea de hacer del boliviano aquel famoso ramillete de maravillas pedagógicas de que ya hemos hablado ha debido ya entreverse lo que tras una educación sabia esperamos nosotros de nuestros diversos elementos populativos. Es posible que en estas suposiciones y subputaciones de lo que puede ser el porvenir educativo, haya error de nuestra parte; no somos profetas; pero en la medida de una inducción sabia y cuerda, podemos decir:

Las condiciones totales e integrales de nuestro indio autóctono, que es el más considerable y el más rico de nuestros elementos populativos, no le habilitan para ser el objeto de una pedagogía integral y comprensiva a la europea, como muelles pedagogos pretenden. ¿Qué se debe hacer del indio? Su tradición y su natural inclinación le llaman hacia

la tierna. Será siempre un agricultor de buena voluntad, mucho más si llega a conocer los modernos procedimientos. La fortaleza de su cuerpo lo capacita para ser un excelente minero: Su gran sentido de régimen y de disciplina, su profunda e incomparable moralidad hacen del indio un soldado ideal, probablemente como no existe superior en Europa. Soldado, minero, labrador, esto es ya el indio, y lo es de manera inmejorable, en cuanto puede serlo alguien que lo ignora todo, y de quien nadie se cura sino para explotarlo. Una educación sabia debería desarrollar estos tres tipos de hombre en el indio. Una educación así sería secundar las vías e intenciones de la naturaleza, fundarse en hechos existentes ya, y principian por realidades palpables, y no por idealidades plagiarias y bovárycas. Después —aquí entramos en lo hipotético y probable—, siguiendo por años el curso sabio de una educación así podríamos obtener del indio ciertos tipos de hombres especiales y de acuerdo siempre con sus calidades maestras. Su resistencia corporal y su paciencia nos darían excelentes exploradores; su sentido estricto de las realidades y su carencia innegable de imaginación nos daría matemáticos de primer orden, constructores e ingenieros; su paciencia y su espíritu metódico —el indio es lo más admirablemente metódico que existe en América—, nos daría incomparables maestros de escuela; su natural disciplinario y obediente nos daría excelentes sargentos, lugartenientes y subjefes, y más tarde tal vez tácticos y capitanes; y más tarde aún, las grandes cualidades fundamentales de la raza, el propio dominio, la suficiencia, la voluntad silenciosa e indomable y cierta dosis de fatalidad superior que comporta consigo toda cabeza hegemónica, y cine posee el indio indiscutiblemente, harían

que éste nos dé hombres de estado, gobernantes y grandes patricios. En este sentido, Santa Cruz es un verdadero **representative man** de la raza. Esto y nada o muy peco más creemos que se podría esperar y tratar de hacer del indio. El resto de inepticias pedagógicas a la francesa y a la suiza, que querrían nuestros bovarystas desarrollar en el indio, no es cosa ni de tenerse en cuenta, viniendo como vienen de la más perfecta ignorancia e impreparación pedagógicas y otras.

¿Qué se debe hacer del cholo boliviano? Hemos visto que éste es sobre todo una inteligencia. Ya hoy mismo puede ser un excelente artesano, buen comerciante (la chola tiene un admirable talento comercial) y hábil obrero manual. Una sabia educación puede hacer de él diversos tipos de hombre de acuerdo siempre con su fundial naturaleza. Su natural inteligencia, despierta y fácil, nos dará abogados, médicos, profesores, escritores y toda suerte de profesionales que trabajan y producen más con sus facultades mentales que con cualquiera otra. Más tarde, dentro de un mayor desarrollo educativo, tal vez se puede esperar que dé buenos artistas; pues ciertas calidades que hacen ya del cholo un buen artesano —la fácil comprensión, la imitatividad acentuada, cierta sensualidad intelectual que comienza ya a apuntar, etc. — llegarían sabiamente desenvueltas a provocar tal vez verdaderos temperamentos artísticos. En cambio, hay que encerrar, ahora como siempre, al cholo en un anillo de hierro disciplinario. Este es el punto prominente de toda pedagogía mestiza. Este es el lado débil de su educación, y nunca llamaremos suficientemente la atención de pedagogos y gobernantes hacia él. Nuestro mestizo, como elemento pedagógico, es tan fluido y tan inestable, que se escapa siempre

de toda regla y se pierde así. Nadie más que el cholo necesita de una educación moral, de una refección de costumbres, de una constante lección para formar el carácter y vigorizar la voluntad. Es una naturaleza floja, incoherente, desordenada. Su vicio fundamental: la pereza. Para obrar sobre el cholo, una pedagogía sabia debe aprovecharse de todos los resortes que su inteligencia ofrece, a fin de provocan en ella motivos de obrar y de reaccionar. Es preciso determinar muy bien las características de su naturaleza, los lados flacos y los fuertes, a fin de aprovechar de éstos para combatir y anular aquellos. Hay algo radicalmente femenino en la naturaleza íntima del cholo. Es un **sentimental** y puede llegar a ser con el tiempo un **intelectual**, para usar de nuestra moderna jerga científica.

Y estas condiciones no deben perderse jamás de vista ahora y siempre, porque tratándose de pedagogía, entendemos que son sus condiciones definitivas y permanentes, ya que responden, siempre según nosotros, a estados también permanentes de todo nuestro objeto educativo. Y es en este sentido que todas estas verificaciones tienen en muchos puntos caracteres de leyes generales, y que no es posible emprender trabajo serio de ninguna especie, en el caso, sin tenerlas en cuenta; a no ser que se pretenda seguir haciendo y obrando como se ha hecho y obrado siempre: en vano y en absurdo.

¿Y el blanco? Si aún existe nativo y puro entre nosotros, entendemos que rinde y rendirá siempre tan poco que será muy próximo a nada.

18 de septiembre de 1910.

Valor de la Historia

Capítulo LIII

Frecuentemente, cuando se trata de ciencias pedagógicas, se llama, expresamente o no, a colaboración y razonamiento a la Historia, y esto es un tácito entendido de que ella puede y debe traer al estudio materiales de igual orden y especie que cualquiera de nuestras otras ciencias teóricas o aplicadas. Se cree que la historia es una ciencia. Se cree, y quizás sin darse ya cuenta de ello mismo, que ‘se puede deducir de ella leyes y criterios definitivos, como de un tratado geométrico o lógico. Y entonces se hacen deducciones de orden práctico que se aplicarán después a toda materia pedagógica. Grave error si los hubo, y que viene siempre del imperfecto o incompleto conocimiento de las cosas y de las ideas que tienen curso en nuestro mundo.

La Historia no ha sido jamás ni es una ciencia; y es un error ingenuo de comtianos y tainianos pretender sorprenden leyes históricas, como se verifica leyes químicas. En rigor, todo hecho histórico queda en sí eternamente desconocido. Los elementos activos que le han constituido no sólo escapan en parte o en mayor parte, sino que los mismos pocos que alcanzamos a comprobar, nos llegan siempre tan falseados por el interés, la pasión o el prejuicio, que se puede decir

siempre que la más verídica historia es una novela, y el más concienzudo historiador un engañado y un engañador inconsciente. Tucídides o Tácito nos dan su interpretación o su pasión; Bossuet e Michelet su preconcepto o su fantasía. Pero el hecho total, integral, definitivo, no existe en libro alguno, y aun cuando existiese en cierta medida, quedaría siempre la cuestión de que, como las combinaciones elementales que lo han producido, no pueden repetirse, tampoco el hecho puede; y entonces la historia no sirve para nada, por lo menos en un sentido estrictamente científico.

¿Cuál es, pues, el valor de la Historia en materia pedagógica? Rigurosamente, nulo. Aquí está el principal fundamento de todos nuestros errores pedagógicos y otros. Se ha creído siempre (mejor, se ha deseado) que porque una cosa ha sucedido en alguna parte también debe suceder en Bolivia. Y esta creencia que no puede ser nunca un criterio y apenas es un deseo, ha esterilizado durante décadas, no sólo nuestra educación nacional, sino también toda nuestra vida. Esta ilusión histórica ha absorbido toda nuestra actividad, y no ha dejado más campo a las nuevas fuerzas creadoras de la nueva Historia. Pues hay que establecer que si ésta es todo un encadenamiento de analogías, por lo mismo no es jamás uno de identidades, esto es, la Historia se parece siempre a sí misma, pero no se repite jamás. Pero la ciencia no vive de analogías eventuales, sino de leyes permanentes, y tal vez sería más científica y más seguro establecer y aceptar la eterna y constante disparidad de la Historia, que comprobar siempre sus reales y constantes analogías. Esta manera sería más radical y menos engañosa.

Pero nosotros mismos nos hemos servido de la Historia, y hemos juzgado de ella respecto de nosotros y de otros. Este tiene un sentido relativo. Cuando se habla de leyes históricas, etc., debe entenderse sólo como una comprobación o una tentativa de comprobación de analogías más de orden subjetivo que experimental. Pero una verdadera ley que se enuncie como el cuadrado de la hipotenusa, etc., no existe en la Historia, y probablemente no llegará a existir jamás. Seguramente hay en la especulación histórica terrenos y regiones unas menos inseguras que otras. Así, la relación de los medios y del hombre, que es el punto central y más comprensivo de toda investigación histórica. Pero aquí mismo no existe cosa alguna exahuriente y definitiva. ¿Es mejor para el hombre, para una raza, un medio rico y fácil? Puede ser, porque entonces el hombre dispone de mayores y mejores elementos de vida y de expansión; puede no ser, porque entonces esa misma facilidad contribuye a excitar y desarrollan menos las actividades y fuerzas del hombre o de la raza. En este caso sería preferible un medio rígido y pobre, porque entonces el hombre estaría obligado a dar más de sí, y la mayor función expandiría más la Historia. Como se ve, todo este es infinitamente complejo e inseguro.

¿Hay, pues, entonces que renunciar a servirse de toda Historia? ¿Es su valor definitivamente nulo? Científicamente sí; absolutamente no. En materia pedagógica como en otras, la Historia tiene un valor impreciso e intuitivo, pero siempre un valor. Todos se sirven más o menos de la Historia, y no hay como prescindir absolutamente de ella; pero seguramente un Felipe II o un Richelieu, con relación a un objetivo dado, se sirve de ella un poco mejor y un poco más. ¿Cuál es el

criterio? No existe; sin embargo el hecho está allí. Y este es, sin duda, uno de los puntos más profundos y más oscuros de toda superioridad, ya se trate -de gobierno, ya se trate de pensamiento especulativo.

Y todas estas reflexiones van a lo siguiente: guardémonos de esta otra forma de bovarysismo, esto es, de la ilusión histórica, tratándose de aplicaciones prácticas, y en materia tan importante como la pedagógica. Volvemos siempre a nuestra idea fundamental y maestra: una justa evaluación de todas las cosas e ideas, en la medida máximamente posible, podrá sólo garantizarnos contra toda suerte de fiascos. Una justa ponderación de nuestros materiales de vida y de nosotros mismos; la desconfianza a priori de toda novedad no siempre eficaz; tener en cuenta más de lo que tenemos, nuestra tradición y nuestro pasado, y apartarnos un poco de este ridículo llamado liberalismo, que nadie sabría definir precisamente en Bolivia, y que sólo consta de palabras pomposas y vanas, y ni siquiera son novedades que trajesen el prestigio de tales, y que en el fondo no consiste en otra cosa que en una *debauche* de ideas desorbitadas, románticas, infecundas y casi siempre incomprendidas por la grande masa que es la que más vocifera con ellas.

¿Qué vale todo el liberalismo del mundo ante el trabajo honesto y continuo del maestro de escuela de veras o del pensador honrado que sólo busca la verdad?

20 de septiembre de 1910.

Valor de la ciencia

Capítulo LIV

Sin caer en el exceso de un Tolstoi o de un Brunetiére, se puede sin embargo poner en discusión el valor de la ciencia, y preguntarse si nuestra modernidad no ha ido demasiado lejos al atribuirle una importancia desmesurada, no solamente en lo que respecta a una final endemoníaca humana, sino a los resultados mismos de la ciencia, es, decir, a su valor positivo de ciencia, y teórica o práctica. La importancia del saber es del todo relativa a las infinitas condiciones de la existencia. Escribíamos hace años: la ciencia en sí no es un absoluto, no es buena ni mala; pero el hombre se sirve de ella como de tantas otras cosas. Esta es una justa comprensión de la ciencia.

Hay una tendencia constante en los hombres exclusivamente científicos, fisiólogos naturalistas, etc., a concebir la ciencia de manera muy diversa de ésta. La ciencia experimental no solamente sería la única probabilidad de felicidad humana, sino que sería la sola esperanza de solver un día los misterios y problemas que nos rodean. Y entonces habría que someter todos los intereses y actividades de nuestra vida a ese ente de razón que es la ciencia, y que evidentemente trasciende de modo considerable en toda nuestra existencia moderna.

Hay aquí un error que es ingenuidad de un lado, ignorancia del otro. Ingenuidad porque proviene de la sorpresa y del encanto de una continua y exclusiva contemplación de la naturaleza; ignorancia porque todos los sabios de este orden, por su mismo estado han quedado siempre fuera del alcance disciplinario de un alto criticismo que les habría habilitado a ponerse por encima de su empirismo demasiado crédulo y fácil. Es increíble la grande ignorancia que existe en los laboratorios europeos, de ciertas nociones y verdades que, sin embargo, son la obra y la invención de los mismos europeos, y que se refieren al conocimiento de los instrumentos mismos con que opera la ciencia contemporánea: la inteligencia y la razón. En los laboratorios se conoce todo menos el conocimiento. Sin embargo la ciencia propia de éste, la que lo pondera, la que ha medido sus límites y su alcance (Kant, etc.) existe ya desde años, y sería el freno más eficaz de todo género de ilusión y fetichismo científicos.

La inmensa naturaleza desconocida da un pasto inagotable a la actividad de investigación y aplicación científica. Y el desconocimiento de la naturaleza íntima del trabajo que se hace allí, trabajo, por lo demás, fecundo y siempre utilísimo, explica la miopía y la pueril ingenuidad con que los Haeckel, los Büchner y todos los fisiólogos franceses pretenden darnos a clave final y la *última ratio* de todo conocimiento.

Nosotros somos, y todavía en condiciones muy inferiores, víctimas del mismo error y de la misma ilusión. Y el error nos llega todavía abultado y agravado por un prestigio de distancia y por la misma ignorancia de las realidades

europeas. Está sucediendo en nuestra América, respecto de la ciencia, lo que sucedía hace años respecto de cierto filosofismo político, social y religioso de origen francés y del siglo antepasado. Hoy nuestra inteligencia es positivista y cientificista, lo mismo que el espíritu de nuestros abuelos era volteriano, libertario e irreligioso. Hoy nos refomos sinceramente de nuestra pasada credulidad enciclopedista y sentimental, porque nos damos cuenta de sus resultados en toda nuestra vida pública y social. Pero, en cambio, todos nuestros intelectuales que burlan de buena gana de los sueños pasados, toman muy gravemente y muy a lo serio el nuevo fetiche y la nueva manía, digo, la ciencia. Para ellos la ciencia debe resolver todos los más vitales problemas humanos (insolutos todavía en Europa), y es la ciencia que debe ocupar todos los puestos y mover todos los resortes de la existencia; y no deja de ser cómica la suficiencia política, social, pedagógica y lo demás, de esta ciencia que si es incompleta en Europa lo es todavía mucho más en América. Porque se ven las aplicaciones de la electricidad, de la mecánica, de la química, etc., todos juguetes ingeniosos y utilísimos con que la ciencia adorna y facilita la vida, se espera ya todo del milagro universal de la ciencia, y no se ve que los verdaderos grandes problemas, aquellos que de más cerca nos tocan y que se refieren a la estabilidad y permanencia mismas del hombre y de las sociedades humanas, no sólo no están resueltos, sino que están muy lejos de serlo, y es justamente en Europa, la tierra de la ciencia, donde se presentan más difíciles y más premiosos.

Tal es el estado de las cosas, y ya hemos dicho en otra ocasión que la base de toda cultura intelectual debe ser una

comprensión exacta y justa de todo, especialmente del estado y condiciones verdaderas de toda ciencia, tanto más cuanto que pretendemos hacer aplicaciones de ella en terrenos tan importantes como el de la educación nacional. Seguramente la ciencia ofrece recursos y medios que se pueden aplicar con ventaja; pero ya es preciso conocerlos del todo, y no sólo de vista o de noticia, no teniendo más criterio para su aplicación que el buen resultado alcanzado en otras partes. Asimismo hemos aplicado, sin mayor discernimiento, en nuestra pasada vida política y aún hoy, lo que hemos creído y creemos legítima y segura ciencia política; y no hay que decir ya cómo han sido los resultados. Y entonces, sin desdeñar nada y con la voluntad de servirnos de todo cuanto se nos ofrezca, es preciso buscar en otra parte el resorte constante de nuestra acción, la razón permanente de ésta, la dirección invariable, ya que la ciencia sola no es suficiente aquí ni en parte alguna para fundar sobre ella exclusivamente toda esperanza, todo movimiento, toda razón de obrar y de vivir como hombre y como nación. Digamos de paso que no hay estado peor que el de indefinición y duda. Precisa todo una voluntad concreta, un camino claro, un fin determinado. La fluctuación de intenciones y la vaguedad de ideas es peor muy más que la carencia de ideas e intenciones; y sólo así se puede vivir una vida no inferior.

21 de septiembre de 1910.

La energía

Capítulo LV

Esta es la última palabra y también la última razón de la vida. Cuando se trata del problema educativo u otro, la primera cosa: querer; la segunda: poder. Lo demás viene solo y por sí. Esta voluntad es la fuente de toda sabiduría y de toda realidad. Hemos vuelto de muchos sueños; el viento se ha llevado miles de credos; la misma ciencia nos ha mostrado sus fundamentes de arena. Sólo queda la voluntad, indiscutible e indiscutida, alma de los imperios, resorte maestro de toda la Historia y como la llama que mantiene el calor del mundo. Y esta voluntad hay que despertar en la raza y sacarla al sol. Se pretende que tenemos riquezas fabulosas en las entrañas de nuestros montes y en nuestras llanuras y valles; pero no se habla de la verdadera riqueza, que es más que oro y que todo, que es la fuerza de nuestra sangre y la voluntad de nuestra alma. ¿Por qué para crear la educación nacional sólo contamos con nuestras abscónditas riquezas minerales u otras, y no comenzamos contando con la energía nacional? Ese miraje lejano de las riquezas externas por venir sólo sirve para adormecer la voluntad y paralizar la energía, y mientras esperamos la verdadera fortuna el Hado y el Dios vive en nosotros y es la Voluntad señora del mundo.

“Nos habitat non Tartara sed nec sidera coelí Spiritus, in nobis qui viget, illa facit”.

De esa energía hay que partir; esa energía hay que buscar, y el objeto de toda pedagogía debe ser esa misma en todas sus formas y manifestaciones. Se ha dicho en esta polémica que el niño es un pequeño salvaje, entendiendo por tal un brote y un conjunto de pasiones indómitas e impulsadas que sugieren en seguida lo selvático y lo primitivo. Esta afirmación es otro estúpido apriorismo que viene de la ignorancia de lo que sucede en nuestras escuelas primarias; y es porque se le ha encontrado en los libros europeos y no en las realidades bolivianas. ¿Sabéis lo que es el niño en la escuela boliviana? Es raquítico, es cobarde, tímido, se afrenta fácilmente, y acusa todos los vicios de una naturaleza tal: la astucia precoz, la nerviosidad enfermiza, el miedo, la reserva importuna, la inclinación hacia placeres que no son propios de su edad. ¡Un pequeño salvaje! ¡Ojalá fuera! Esto es, un brote espontáneo de vigos salvajes, de energías vírgenes e íntegras, algo que en su exceso de vitalidad lo atropella todo, lo desconsidera todo, y que en la embriaguez sana y espléndida de su propia energía se desborda y rompe toda regla, como un torrente demasiado poderoso. Entonces una educación sabia encauzaría esta energía superabundante y la reglaría dentro de una razón superior. Pero fijaos en nuestras escuelas; lo que allí hay que hacer es justamente un trabajo contrario; hay que despertar la voluntad adormecida y la energía latente; hay que azucar la personalidad como a un felino hipnotizado y agonizante ya. Nuestro niño, como nuestro adulto, está enfermo de todos los prejuicios y mentiras que han hecho y siguen haciendo

nuestra educación. Basta ver la lista de desiderata con que encabezan sus planes educativos todos nuestros pedagogos bovárycos del día. Un pequeño salvaje quien le dijo no supo jamás lo que dijo. Toda educación estriba en esto: haceos fuertes de cuerpo y de alma. No hay más. Y entonces, es la energía nacional instituida en método, en doctrina, en objetivo único y final. Y entonces hay que también instituir la energía pedagógica en los maestros y en los profesores, energía metódica y energía ejemplar, que sea para el niño y para el joven atmósfera respirable y paradigma imitable; hay que instituir la energía administrativa (que no ha existido de veras sino con Linares y Montes), que se traducirá en régimen escolar, en disciplina profesoral, en voluntad pedagógica, que hoy no existe o existe apenas. Hay que instituir la energía nacional como doctrina y profesión, es decir, el maestro y el profesor enseñan todo lo que se quiera, pero primero que todo, la energía personal y nacional, y para ello, antes que su ciencia, vale su ejemplo personal que se traduce, si no siempre en una superioridad muscular, pero siempre en una conducta irreprochable, en la voluntad implacable de hacer bien y de enseñar bien; y el mejor profesor no será tanto quien enseñe más pronto a hacer o pensar una cosa, cuanto el que despierte más pronto y mejor la personalidad y la voluntad dormidas en el niño. Es difícil decirlo; pero el contacto de un profesor en esas condiciones y del niño supone condiciones extraordinarias que hasta ahora no han podido aún nuestros reglamentos en la materia. Es el calor con que se enseña; es la fe con que se trabaja, es el amor con que se cultiva al niño; es la fiebre fecunda que ánima toda la vida escolar, que brota del

profesor y que forzosamente se comunica al alumno. ¿Qué se puede hacer con un profesor que habla como una estatua parlante y con alumnos que escuchan como quien oye llover? ¿Dónde está la voluntad de enseñar y la de aprender? No existe, y lo peor es que los mismos profesores extranjeros se contagian de esta especie de muerte aparente en que vive muriendo toda nuestra pedagogía nacional. Entonces hay que crearla y preocuparse de ella antes que de toda ciencia, de toda fantasía pedagógica. Y esta fiebre creadora de vida que pretendemos despertar en nuestra educación nacional es la única que podrá dar un resultado positivo y seguro, más que la importación de ciencias, métodos y profesores extranjeros, más que todo el oro del mundo, más que todas las ilusiones de nuestros pedantes pasados y presentes.

Y en esto consiste la doctrina y la creación de la pedagogía nacional.